

VENTRUE

(Colección: *"Old World of Darkness"* ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: «Vampiro»)

(Saga: «Clanes», vol.05)

GHERBOD FLEMING

"Clan Novel: Ventrue" © 1999

Traducción: Óscar Díaz García

PRIMERA PARTE:

«HOSPITALIDAD»

_____ 1 _____

VIERNES, 25 DE JUNIO DE 1999, 11:30 H.

MUELLE 13, PUERTO DE BALTIMORE BALTIMORE, MARYLAND

La limusina circuló lentamente por las instalaciones del puerto. La luz que había no conseguía penetrar en el cristal tintado, sino que se reflejaba claramente sobre el impecable cromo y las otras superficies bien pulidas del vehículo. El automóvil se terminó deteniendo ante la plancha de un pequeño carguero; pequeño comparado con las bestias gigantescas que cada día adornaban los muelles, cargando y descargando toneladas y toneladas de mercancías. Los pocos estibadores con turno de noche no prestaron mucha atención a la limusina. No era muy extraño que un inversor acaudalado o un patrón de barco inspeccionara personalmente sus

propiedades, aunque la hora era algo peculiar.

Se abrió una de las puertas traseras del coche.

–Espera aquí –dijo Alexander Garlotte antes de saltar del refrigerado interior al salado aire nocturno. Su sepulcral rostro blanco refulgió como un faro en contraste con su poblada y negra barba y el cabello que caía sobre sus hombros. Permanecía erguido, como un señor inglés de siglos pasados inspeccionando su feudo; la limusina a su lado hacía las veces de corcel fuerte y bien atendido. La mayoría de los caballeros acaudalados habrían albergado dudas al frecuentar esta parte de Baltimore tan entrada la noche, pero el príncipe Garlotte se mostraba indiferente. Ésta era su ciudad.

Subió por la plancha al barco, *El Vigoroso*, un carguero peruano que había entrado en el puerto sin la documentación pertinente. Como mínimo se podían tardar semanas en solucionar los problemas de los papeles, con las maniobras burocráticas necesarias, y la gente de Garlotte en las aduanas y las autoridades del puerto no tenía prisa en agilizar el asunto. Mientras tanto, Garlotte había encontrado un uso adecuado para el barco y su tripulación, un triste grupo de marineros mal pagados y desnutridos, que sencillamente estaban agradecidos por no ser rechazados para que murieran de hambre en alta mar.

A bordo todo estaba tranquilo. Garlotte se abrió camino por el interior y a lo largo de unos cuantos pasillos estrechos hasta el camarote que había servido como alojamiento del capitán. El príncipe golpeó ligeramente la puerta.

–Entra.

Su voz era como la música de las mareas, aunque Garlotte podía percibir un tono desacostumbrado en ella incluso ahora. Abrió la puerta y entró con elegancia. Ella se encontraba detrás de un gran armario que había girado desde la pared para formar una especie de biombo. El camarote era estrecho y ordinario, muy necesitado de limpieza, una capa de pintura y probablemente de fumigación.

–Fuiste muy amable, Alexander –dijo ella desde detrás del armario.

–Tonterías. Haría cualquier cosa que estuviese a mi alcance...

Sus palabras se desvanecieron cuando Victoria salió a la vista. Vestía el elegante traje de noche negro que la había mandado llevar, y

los guantes de terciopelo a juego que subían justo por encima de sus codos. Como Garlotte recordaba con exactitud, ella sólo necesitaba cierta sencillez elegantemente elaborada para complementar una belleza radiante que eclipsaría cualquier prenda.

–Dios mío, estás deslumbrante –se encontró diciendo. Victoria sonrió recatadamente con un pestañeo sutil. Garlotte se apercibió del obvio peligro de su atractivo. Su belleza considerable era a la vez más y menos de lo que parecía; más que la mera perfección física; menos sincera de lo que era en realidad. Su halo de misterio era el quid de sus poderes. Garlotte sabía bien esto. Aun así, los sentimientos agitados que despertaba en él su mera presencia eran embriagadores. Se movían pasiones que no había sentido en... bueno, en muchos años. Él se acercó, como la polilla dando vueltas alrededor de una llama.

–¿Cómo podría compensarte por este exquisito traje, Alexander? –preguntó ella.

Se deslizó detrás de ella, pero entonces se detuvo. Ahí estaba de nuevo, la leve tensión en su voz que no recordaba de sus encuentros previos.

–Dejando que me regale la vista mientras lo luces –dijo–, ese es un pago más que suficiente, amor mío.

Amor mío, repitió en su mente. *Cómo me permito esto.*

Sólo porque estaba en sintonía con la tirantez misteriosa de la voz de Victoria advirtió que los músculos del cuello de ella se tensaron ligeramente con la palabra *pago*.

Tiene deudas pendientes que deben ser compensadas, especuló Garlotte. *Tal vez pueda ayudar: quizá haya algún modo de atarla a mí.* Pero el príncipe se detuvo sólo un breve instante.

–Me he tomado la libertad... –comenzó él, al tiempo que sacaba dos pendientes de oro, labrados intrincadamente. Extendió su brazo alrededor de Victoria y los puso en su mano–. ¿Me harías el honor?

–Ella volvió una mejilla rubicunda hacia él y sonrió mientras se los ponía–. Y por supuesto... –prosiguió, cogiendo el collar y el medallón a juego del bolsillo de su chaqueta.

–Alexander, menudo adúlador estás hecho.

–Estoy demasiado enamorado de tu belleza como para ofrecer

algo tan falso como la adulación. –Bajó el collar sobre su cabeza. El medallón era relativamente liso y bastante grande, del tamaño de una palma abierta. Como el traje, era elegante en su sencillez de formas, aunque compartía los mismos adornos intrincados de los pendientes. Para muchas mujeres, el medallón sería demasiado, pero no para Victoria. Garlotte lo bajó contra el valle de sus pechos mientras abrochaba el cierre tras su nuca. La piel de Victoria irradiaba calor. El príncipe aspiró su lujuriosa fragancia. No había tocado ni mirado el collar en muchos años. Había pertenecido a su esposa, a la querida compañera de sus años mortales, y llevaba encerrado junto a sus otros efectos personales desde hacía mucho. Pero había sentido el impulso –el deseo, la *necesidad*– de traerlo esta noche. Mientras Victoria se volvía para quedar enfrente de él, Garlotte suspiró como un clérigo que hubiese contemplado durante mucho tiempo el sacrilegio y finalmente se aliviara por haber cedido.

Ella posó una mano cariñosa en la mejilla de él.

–Alexander, es precioso.

Garlotte sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Se inclinó hacia delante y la besó levemente en una mejilla y después en la otra. Sus fríos labios ardieron con el fuego de ella.

No era casualidad que el barco permaneciera completamente en silencio salvo por la conversación en el camarote del capitán. Cuando Garlotte respondió a la llamada de Victoria la noche pasada, la había encontrado envuelta en vestiduras que ocultaban completamente su rostro y su cuerpo. Ella no le había permitido que la mirara, y apenas había hablado con él. No era una conducta habitual. Había sentido el dolor en su voz, el miedo, y cuando se negó a que la llevaran a alguno de sus múltiples refugios y dio a entender que necesitaba sangre, preparó este santuario poco corriente para ella. No había rastro de los catorce tripulantes, y la piel de Victoria estaba plena de vigor. Catorce hombres. ¿Podía haberse entregado esta criatura angelical a semejante libertinaje? Sin duda jamás habría podido aprovechar tal volumen de sangre, aunque el príncipe encontró la idea vagamente erótica.

–Un instante, Alexander, y estaré lista para salir. –Victoria volvió a situarse tras el armario, donde se ocupó de alguna posesión oculta.

La leve tensión en su voz era el único indicio de sus dificultades previas.

El príncipe estaba al tanto de que había llegado desde Atlanta, pero no sabía cómo había escapado de la matanza, o cómo había llegado a su ciudad. Y ahora, mientras escuchaba cerrarse el broche del medallón, y Victoria se reunía con él, se negaba a tocar el tema. Francamente, prefería bañarse en el nimbo de la gloria de ella.

* * *

Victoria se deslizó con facilidad en la limusina y se sentó entre Isaac, que estaba esperando en el coche, y Garlotte, que la seguía. El príncipe observó con satisfacción que Isaac se ponía algo tenso en presencia de Victoria, incluso antes de que ella se rozara de modo casi imperceptible, y desde luego sin darse cuenta, contra la pierna del joven vástago. Isaac estaba claramente al tanto de los encantos de su invitada, y estaba en guardia.

El chiquillo tal vez sea imprudente, pensó Garlotte, pero no es ignorante. Una ironía sutil, no obstante, basada en que con todo lo relacionado con Victoria, la preparación apenas valía de nada.

–Victoria –dijo el príncipe–, te presento a Isaac Goldwin, sheriff de Baltimore. Isaac, la señorita Victoria Ash: *Recién llegada de Atlanta*, no añadió. Se guardaría sus dardos para más tarde, cuando se hubiera desgastado la novedad y la embriagadora conmoción de la presencia de Victoria.

Según Isaac besaba la mano ofrecida, ignoró intencionadamente el hinchado pecho de Victoria mientras se inclinaba hacia él. Los perfiles sombreados en el oscuro interior sólo servían para acentuar las curvas de su figura.

Él cree que lo está haciendo bien, pensó Garlotte divertido. Por supuesto, Victoria sería intencionadamente torpe en sus intentos poco entusiastas de seducción. Una víctima confiada en que había conseguido mantenerla alejada sería una presa mucho más fácil en el futuro.

–*Sheriff* Goldwin –dijo Victoria–. Estoy muy impresionada.
–Una respiración profunda (y bastante innecesaria, advirtió Garlotte)

de nuevo llevó su pecho a la falta de atención directa y deliberada de Isaac.

Dios bendito, pensó Garlotte, lo va a descalabrar con el medallón si no tiene cuidado.

–Sirvo a mi príncipe lo mejor que puedo –dijo Isaac.

–Cuánta modestia –dijo Victoria, dando una palmadita en su rodilla.

Garlotte se resistió al impulso de poner los ojos en blanco. Ella estaba pasándose un poco, pero sus payasadas servirían para tener un valioso diálogo socrático con Isaac más tarde. El príncipe no podía evitar preguntarse si su chiquillo-sheriff subestimaría a la atractiva Toreador después de su presentación inicial, como sin duda ella pretendía. Viendo el encuentro desde cierta distancia, Garlotte apreció la estratagema de Victoria, y también reconoció la leve punzada de celos en su pecho cuando ofreció sus atenciones a otro.

Dios mío, es astuta, pensó Garlotte, pero hace que vuelva a sentirme vivo. Aunque el príncipe se alegraba de que Isaac estuviese atento contra la influencia de los encantos de Victoria, Garlotte no estaba listo para negarse los placeres, ni los peligros, de su compañía. *Podría rechazarla cuando quisiese, se dijo a sí mismo, sabiendo que era mentira, pero sin importarle.*

–Qué alivio saber que puedo salir al exterior completamente segura –dijo Victoria al joven sheriff.

Escuchando sus bromas con Isaac, otro matiz de la conversación alcanzó los oídos de Garlotte. El tono duro que había revestido la voz de Victoria en el barco, el miedo, la vulnerabilidad, estaba totalmente ausente ahora. Ejerciendo su oficio, por así decirlo, se sentía todo lo segura de sí misma que podía estar. Quizá la caza de un joven vástago le llevara a olvidar sus problemas, o quizá la vulnerabilidad era un aspecto de ella que compartía con Garlotte, pero no con otros. Con ese pensamiento sintió florecer la esperanza en su interior, pero no permitió que medrara. En lugar de eso, la arrancó del suelo en barbecho y la dio la vuelta en su mano, viendo lo que era en realidad... un autoengaño. Ahora se adulaba a sí mismo... pero ¿qué tenía de malo, se preguntaba, si estaba al tanto del hecho?

A pesar de todo, el príncipe había visto y oído suficiente de los

flirteos de Victoria con su chiquillo.

–Espero que me permitas proporcionarte un alojamiento más cómodo –dijo Garlotte a Victoria. Su inocente propuesta estaba sembrada de preguntas en el aire... *¿Qué te pasó ayer por la noche? ¿Has secado a suficientes marineros?* preguntas que el príncipe no hacía directamente por tacto–. *¿Una suite en el hotel Lord Baltimore, quizás?*

Victoria se volvió hacia él; su frente fruncida y su labio en un mohín suficiente para implorar con elegancia.

–Ya he abusado de ti, Alexander.

–Tonterías –prosiguió Garlotte, siempre el anfitrión consciente de sus deberes–. *¿Debo enviar a alguien a por tu equipaje?* –Sabía de sobra que las únicas pertenencias que tenía en el barco eran los vestidos y los artículos de aseo que él le había enviado, nada irremplazable. Había llegado a su ciudad como una indigente, aunque sin duda podía tener acceso a cuentas bancarias ahora que estaba... recuperada.

–Creo que no –dijo Victoria. Rodeó el hombro de él con su mano. Isaac estaba olvidado, descartado, por ahora–. Eres demasiado bueno conmigo, mi príncipe.

–Tonterías.

La limusina hizo una majestuosa procesión alrededor del puerto, desde los muelles de carga oeste y norte, después al este de nuevo sobre el margen superior del Puerto Interior, con sus grandes edificios públicos y comerciales.

–Has mejorado mucho este lugar desde la última vez que vine, querido –dijo Victoria con admiración. Se detuvo y mordió levemente su labio inferior, tratando de recordar de manera evidente–. En aquel tiempo había ciertos problemas, creo. *¿Fue durante la Guerra Civil?*

–La guerra de 1812 –le recordó Garlotte.

–Supongo que tienes razón –se encogió de hombros Victoria–. Los hombres siempre os divertís mucho más con las guerras.

Poco después de medianoche, la limusina giró hacia Thames Street y se detuvo ante el Lord Baltimore Inn. Garlotte ayudó a Victoria a salir del coche. Permaneció junto a la puerta abierta durante un largo instante y admiró los edificios del siglo dieciocho dominando el

restaurado paseo marítimo. Las tiendas de baratijas estaban cerradas, pero un puñado de pubs seguían zumbando con música y actividad. Victoria ignoró estos inventos más modernos y se centró en la remozada arquitectura, y en los veleros de época atados al muelle.

–Maravillosamente pintoresco, Alexander. Se ve que aquí te sientes como en casa.

–En efecto. Fell's Point. –La entretuvo brevemente con un poco de la obligada historia de la zona, después comenzó a ofrecer su brazo, pero se detuvo–. Un momento, querida.

El príncipe se inclinó hacia el interior del coche, donde Isaac rápidamente se reanimaba tras haber sido ignorado la última parte del viaje.

–Isaac, el barco en el que se alojaba la Srta. Ash... asegúrate de que se lleva a alta mar y se echa a pique.

Isaac cogió su teléfono móvil para que así fuera.

Garlotte hizo un gesto brusco con la cabeza al chófer, quien había estado de pie discretamente junto a la puerta abierta desde que se habían detenido, y después se volvió de nuevo hacia Victoria.

–¿Entramos? –Ella cogió su brazo, y codo con codo entraron en el Lord Baltimore Inn.

* * *

El movimiento seguía siendo insoportable. Victoria tuvo que esforzarse para mantener la mueca alejada de su rostro mientras salía de la limusina. En pie, las agujas de dolor –no, los *clavos de hierro* de dolor– nuevamente se cebaban con ella. Agradeció a los dioses la interminable charla de Garlotte. A su lado, mientras ella luchaba por mantener la compostura, él le daba una conferencia acerca de los edificios renovados, la viejas piedras de balasto que se usaban para adoquinar las calles en el facsímil histórico, y... bueno, no estaba segura de qué más. Sus palabras parecían unirse en un largo zumbido monocorde. Y mientras tanto, Victoria podía oler el fluido vital del conductor mortal de pie a menos de un metro, pero era incapaz de hacer otra cosa más que sonreír y asentir cortésmente.

Seguramente uno más saciaría mi sed, pensó ella, advirtiendo al

chófer en su visión periférica. Pero había tenido esa misma sensación a bordo del barco... una y otra vez.

Por fin, Garlotte extendió su brazo, y ella le permitió que la acompañara al hotel. El lugar era una magnífica reconstrucción, repleta de madera veteada y flores macizas de pino, lámparas de cobre, alfombras orientales, y por supuesto los sirvientes –se tenía que acordar de llamarles *empleados*– vestidos con trajes de época. Una atracción secundaria para el empresario o turista típico, pero para muchos vástagos, dicha atención al detalle permitía la oportunidad de huir de la confusa era moderna y deleitarse con la falsa ilusión. Victoria sospechó que Garlotte debía pasar mucho tiempo aquí.

A mitad del vestíbulo se detuvo, cerró sus ojos, y bebió las fragancias de sus alrededores: A positivo, el botones; B positivo, el recepcionista; B negativo; el ama de llaves...

Parece que esta noche sólo tengo una cosa en la cabeza, comprendió, pero no pudo evitarlo. Su huida de Atlanta le había dejado debilitada; no la huida en sí misma, sino las varias noches de su encarcelamiento previo. Elford, ese demonio Tzimisce, una parodia de la humanidad, había... Se estremeció con solo pensarlo.

–¿Has tenido un escalofrío, querida? –Garlotte le preguntó con discreción mientras la llevaba hacia el ascensor y frotó sus hombros. Sus dedos eran hielo contra su piel, pero ella le lisonjeó con tono tranquilizador.

Elford había... abusado de ella. Mucho. Sus ministerios la habían dejado herida y dudó si alguna vez se curaría. Pero a pesar del persistente malestar, se había curado, en su mayor parte. Lo suficiente para poder lucir el traje revelador que el príncipe le había regalado. Los guantes eran un complemento afortunado, y por suerte la espalda no bajaba demasiado. Se asombraba continuamente ante el poder de la sangre –la materia de la vida– en cuanto entraba en su cuerpo no muerto. A pesar de todo, la ingente cantidad de sangre que había sido necesaria la había horrorizado... posteriormente, tras darse cuenta de lo que había hecho.

A lo hecho, pecho, pensó.

El ascensor tenía botones para los cinco primeros pisos. Garlotte introdujo una llave que franqueaba el paso hacia el sexto y el séptimo.

–Envié las citas, como solicitaste –dijo el príncipe, abordando al fin los negocios.

Victoria, también, centró su mente en los asuntos a tratar. Apretó su brazo de modo juguetón.

–*Invitaciones*, querido. Invitaciones. No vamos a enjuiciar a estos niños. –Mientras le reprendía por su talante autoritario, sus pensamientos iban en otra dirección.

Catorce. Habían sido catorce marineros. Podía proseguir con sus planes. El registro del barco contaba con diecinueve tripulantes, lo que habría sido desastroso, o si no desastroso al menos habría hecho que Victoria interrumpiese lo que podía hacer. El capitán, tras estimularlo con dulzura, había admitido ante ella que se había inventado a cinco marineros en los registros para quedarse con sus sueldos. El viejo y maravilloso negocio sudamericano del soborno. Victoria se había animado mucho.

Antes de que Garlotte la hubiese dejado en el barco, ella le había pedido que convocara a todos los vástagos que pudiese, especialmente a supervivientes y refugiados –como ella– de los ataques en el sur por parte del Sabbat. Sus queridos rescatadores Setitas, antes de que ella los hubiese abandonado en el aeropuerto, le habían contado más de los ataques irresistibles que, desde ninguna parte, habían arrasado gran parte de la Costa Este las pasadas noches. Atlanta, Savannah, Charleston, Columbia... todas habían caído en poco tiempo. Imaginaba que los vástagos que hubiesen sobrevivido –y de Atlanta, hasta ese momento, no conocía a otro que no fuera ella– encontrarían sus domicilios previos inhóspitos. Algunos podrían huir al este, a Chattanooga, Knoxville o, más probablemente, a Nueva Orleans. Pero muchos se dirigirían al norte, especialmente si no estaban al tanto del avance en dirección norte de las fuerzas del Sabbat que les pisaban los talones. También era probable.

Victoria sabía que dichas migraciones forzadas provocarían el caos. Morirían príncipes, o al menos serían expulsados de sus ciudades, y quién consiguiera reafirmar el orden en medio del alboroto obtendría importantes laureles.

Por tanto, había pedido a Garlotte que convocara a los vástagos, y él había cumplido su orden. Ella reagruparía a las tropas, por así

decirlo; se ofrecería desinteresadamente, al ser también una refugiada, como pastora de almas perdidas... y la adorarían. Le implorarían que los dirigiera. Había estado muy cerca de hacerse con las riendas de Atlanta, sólo para que se las arrebatara la maldita interferencia del Sabbat. Los protagonistas estaban todos reunidos y preparados. Era evidente que el príncipe Benison habría caído ante Julius, o habría sido depuesto por la Camarilla si hubiese logrado destruir al arconte Brujah. Thelonius y Benjamín habían llegado a formar una alianza inestable; la fulana que el príncipe tenía por esposa, Eleanor, habría encontrado un final desgraciado, y quizá se hubiese llevado con ella a alguno de los conspiradores. Las puertas a la sede del poder se habrían abierto de par en par, y Victoria habría entrado sin oposición.

Si el tres veces maldito Sabbat no hubiese reventado su fiesta (literalmente), y no hubiese arruinado todos sus cuidadosos preparativos.

Más preocupante, sin embargo, que el fracaso de sus planes, más terrorífica que la tortura que había sufrido a manos del vil Tzimisce, era la leve sospecha que no podía sacudirse de encima; que era una simple marioneta. Cierto, era una preocupación que llevaba con ella desde hacía años, una inquietud justificable. Al igual que la mayoría de los mortales permanecían ignorantes de la sociedad secreta de seres no muertos que dominaban la noche e influían a través de agentes mortales en los acontecimientos de cada día, la mayoría de los vástagos apenas tenían idea de las fuerzas mucho más poderosas y antiguas que había en el mundo, de aquellos que tiraban de los hilos de los que tiraban de los hilos. Victoria no ignoraba a estos antiguos seres. No es que tuviera pruebas definitivas... pero nadie las tenía. Su intuición en el asunto, sin embargo, era tan fuerte, tan innegable, que el conocimiento era certeza para ella.

Por eso llevaba mucho tiempo protegiendo la integridad de sus acciones y tratando de asegurar que sus planes fueran suyos, no el capricho de algún participante secreto en la Yihad, la pugna de los poderes invisibles, para quienes incluso la Camarilla y el Sabbat no eran más que simples piezas en el tablero. Victoria había decidido ser imprevisible, para cerciorarse de que ninguna persona, ninguna

criatura, pudiese apoyarse distraídamente en ella para que representara cierto papel en algún empeño. En apariencia, aquellos que la rodeaban esperarían que una dama del clan Toreador fuera frívola. Tanto mejor si, a la vez que cumplía las expectativas vacuas de ellos, aseguraba un propósito más profundo.

Incluso sus planes más sencillos, menos arriesgados y más fructíferos estaban sujetos al calibre de la aleatoriedad. Como era su costumbre, había sometido sus planes en Atlanta a esa prueba de independencia. Las gigantescas puertas adornadas cubiertas con frisos en el Museo de Arte habían servido a ese propósito. Cielo e Infierno. Victoria había observado quién entraba y por qué puerta. Leopold, el patético petimetre, había escogido el Infierno y, por tanto, según dictaba su elaborada fórmula que implicaba ése y otros criterios, Victoria entró en la galería a través del Cielo.

Sin embargo, la noche se había vuelto en su contra, y de una manera bastante dramática. ¿Coincidencia? Victoria no tenía en mucha estima a ese concepto.

Por suerte, cambió sus planes, los descartó, y probó otros nuevos con la misma facilidad que se hace con ropas o amantes, y como su prueba de aleatoriedad más bizantina le había fallado en Atlanta, Victoria asumió una prueba mucho más sencilla para validar o impedir sus planes de Baltimore. En vez de una compleja ecuación de minucias, había decidido confiar únicamente en un factor inequívoco: el número de marineros del barco; par o impar. Si hubiese sido impar, habría evitado esta reunión de vástagos, aunque hubiese indicado a Garlotte que la organizara. Pero habían sido catorce; no sólo un número par, sino también divisible entre siete, el número de clanes que componen la Camarilla. ¿Podía ser más claro el resultado de su prueba? Victoria adivinó que estaba destinada a ascender a la grandeza dirigiendo a sus iguales vástagos después de los salvajes ataques del Sabbat, el primero de los cuales había truncado sus planes previos. Así que, en cierto modo, la destrucción de sus esfuerzos en Atlanta la había llevado directamente a su oportunidad actual. Quizá hubiese descendido al Infierno únicamente para poder ascender ahora al Cielo.

—¿No crees, Victoria?

Alzó la vista hacia Garlotte un instante, dándose cuenta que se había perdido por completo lo que él acababa de preguntar. Dio una palmadita en su brazo.

–Claro, querido. –Daba igual. Garlotte nunca hacía preguntas importantes.

El ascensor se detuvo en la sexta planta. Más allá de las puertas, en el pasillo se alineaban de manera llamativa una docena de hombres con esmoquin. Seguridad. Ghouls, sin duda. Garlotte acompañó a Victoria a través de la fila, y aunque eran hombres apuestos, ninguno de ellos presentaba una figura tan atractiva como la del príncipe con su traje oscuro a medida. Ella se esforzó por apartar de su rostro cualquier signo delator del dolor físico que la asaltaba con cada paso.

El extremo opuesto del pasillo acababa en puertas dobles tras un último centinela. No era un ghoul, sino un vástago; una criatura desaliñada, de ojos feroces, que parecía fuera de lugar en aquel entorno elegante, a pesar del intento de alguien por vestirle con una chaqueta cruzada y unos chinos.

–Victoria –dijo el príncipe–, te presento a Malachi, el ayudante del sheriff, respetado representante del clan Gangrel.

El azote, pensó Victoria. Tenía sentido. Evidentemente, éste era el que cubría las espaldas al sheriff Goldwin. Isaac no era un matón; él tomaría las decisiones políticas. Probablemente Garlotte estaba preparando a su chiquillo para que fuera su sucesor con el tiempo, pero relegaban el trabajo sucio a este desgraciado. Un criado Gangrel, si se conseguía persuadir a una de aquellas bestias para que sirviera, por lo general demostraba ser tan leal como un perro, el doble de útil, y más inteligente que la mayoría de las razas.

Victoria ignoró al Gangrel y estiró la corbata de Garlotte.

–¿Nos unimos a las masas desaliñadas, mi príncipe?

Volvió a tomar su brazo, y entraron en el pequeño auditorio, dejando que Malachi cerrara las puertas y husmeara el aire.

VIERNES, 26 DE JUNIO DE 1999, 1:44 H.

AUDITORIO MCHENRY, LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE, MARYLAND

Caos. Caos en su estado más puro.

El auditorio era más una pretenciosa sala de conferencias, inspirado en un anfiteatro, con cinco filas ascendentes y curvas de diez a dieciocho asientos cada una, y casi cada asiento, en este momento, estaba ocupado con un espectro chillón salido de las simas del infierno. O eso le pareció a Garlotte. Después de hora y media, la atmósfera de la "conferencia" estaba empeorando cada vez más.

–Podrías ver que tengo razón –insistía Victoria por encima del barullo a uno de los Brujah sentado en los bancos del fondo – si no fueses un canalla tan obstinado, imbécil e irrespetuoso.

El joven Brujah meneó su lengua entre la "v" de su índice y su dedo corazón. El resto de la chusma rugió con aprobación y también comenzó a hacer el mismo gesto.

Quizás, supuso Garlotte, *Victoria no se encuentre del todo a gusto*. Uno contra uno, ella sin duda podría manejar a cualquiera de estos cachorros a su antojo, clavarles una estaca al sol de mediodía, y hacer que suplicaran pidiendo más. En este foro público, no obstante, con cada insurgente apoyado por sus camaradas, parecía algo perdida. Viendo que ni el encanto ni la razón estaban destinados a conducir la noche, había continuado hacia delante hasta llegar a los improperios.

–¿Por qué deberíamos esperar que alguno de vosotros entendiera algo, si no sois más que un hatajo cabreado de pervertidos lobotomizados?

Garlotte permanecía en el centro y al frente. Victoria estaba a su izquierda, cerca del borde del centro del auditorio. Inicialmente había ocupado un asiento mientras Garlotte comenzaba la conferencia, daba la bienvenida a los huéspedes de su ciudad, y procedía con las presentaciones de los asistentes notables. Tras haber concluido sin incidentes los detalles preliminares, Victoria se había levantado y

había cavilado brevemente acerca de los recientes problemas iniciados por el Sabbat, y la necesidad de una respuesta unificada por parte de los miembros de la Camarilla. Cuando uno de los rufianes Brujah, todo testosterona bajo su camiseta demasiado estrecha, intervino y expresó su apoyo por "romper las pelotas" de cada vampiro del Sabbat que estuviese a menos de mil millas, Victoria había cuestionado la prudencia de dicha estrategia.

–Como si necesitásemos el consejo de los refugiados paletos que ya han recibido una buena tunda –había respondido el Brujah, y el debate enseguida degeneró desde ese punto.

Aunque Garlotte no estaba seguro de por qué Victoria se había dejado arrastrar hasta una discusión tan enconada y descentrada, estaba inquietándose cada vez más con el comportamiento de los elementos más rudos. La mayoría eran Brujah, por supuesto. Por lo general, dirigían la existencia de los Anarquistas, vagando libremente entre Baltimore y Washington, eludiendo las responsabilidades del clan, y sólo molestándose en aparecer en las reuniones de los vástagos cuando podían montar gresca o cuando pensaban que tenían que reclamar algún derecho. Hasta este momento, Garlotte les había permitido expresar sus puntos de vista sin obstáculos por dos razones: en primer lugar, él mismo se sentía incómodo con algunas de las implicaciones de lo que proponía Victoria, y no quería dar la impresión de que la apoyaba incondicionalmente; en segundo lugar, sofocar a los elementos incendiarios antes de tiempo podría atraer la ira del participante más importante de la conferencia.

Quizá el término *participante* fuera una descripción demasiado generosa. Hasta ese momento, Theo Bell no había pronunciado una palabra. Se sentaba en el asiento del extremo derecho de la tercera fila, aunque como arconte del justicar Brujah Pascek tenía derecho a un asiento central en la primera fila. Sólo parcialmente oculto por sus gafas de espejo y su gorra de béisbol con la visera baja se encontraba el ceño aparentemente perpetuo en su rostro de ébano. Era un hombre grande y musculoso, y su voluminosa cazadora de cuero y sus brazos cruzados intensificaban esa impresión. Su presencia hacía necesaria la moderación al tratar con los demás Brujah. Aun así, la paciencia de Garlotte estaba cerca de su límite.

Los ocupantes de los asientos traseros de nuevo estaban dedicando gestos poco delicados a Victoria. En medio de ellos, alguien comenzó a patear el suelo, y en unos segundos una veintena de pies enfundados en botas se habían unido a él.

Garlotte dio un paso adelante y alzó una mano. El alboroto quedó rápidamente reducido a unos cuantos pisotones pertinaces. Uno de los menos revoltosos entre los Brujah –Garlotte recordaba que se llamaba Lydia– dio un pescozón al infractor, y el pataleo cesó por completo.

–Todavía no hemos escuchado a algunos –dijo el príncipe con calma, mientras al mismo tiempo su mirada de hierro taladraba el grupo Anarquista.

Evitó expresamente mirar hacia Victoria –estaría molesta por no haber acudido en su auxilio antes– mientras se volvía hacia el otro lado del auditorio con una expresión atrayente pegada a su rostro.

En respuesta, Maria Chin, la única representante del clan Tremere presente en la reunión, se levantó e inspeccionó con calma la cámara para cerciorarse de que tenía la atención de al menos la mayoría de los presentes. Los alborotadores Brujah estaban intimidados, por no decir completamente apaciguados, tras la intervención del príncipe.

–Srta. Ash –comenzó la bruja de la capilla de Washington del clan–, habla usted de una respuesta unificada, o una acción concertada, pero nos parece que en este momento carecemos de una valoración completa de la situación.

Las energías de Victoria crecieron de manera evidente.

–Una afirmación extraordinariamente perspicaz... por fin –añadió, echando un vistazo a las zonas superiores de la cámara. Un silbido colectivo surgió de aquella sección, pero rápidamente se desvaneció con una mirada intencionada de Garlotte.

–Si vamos a responder a estas incursiones del Sabbat, *algo que debemos hacer* –insistió Victoria–, primero tenemos que recabar tanta información como sea posible. Imagino que tal vez nos pueda ilustrar acerca de cómo les ha ido a los Tremere las noches pasadas...

Chin se pensó bien las palabras de su respuesta. Ningún rastro de emoción surcó sus rasgos orientales.

–Como todos los demás clanes, hemos sufrido... algunos daños. A Garlotte no le sorprendió la naturaleza imprecisa de la respuesta de Chin. Los Tremere no iban a revelar a nadie ajeno a su clan el grado en que los hechiceros podrían o no estar debilitados a causa de las atenciones del Sabbat. *Victoria debe saberlo*, pensó.

Luego habló otro Toreador, uno de los súbditos de Garlotte.

–Sin duda ningún clan ha superado la semana pasada indemne –admitió Robert Gainesmil–. Pero, ¿cuántas capillas siguen activas en las ciudades atacadas? –preguntó con mayor intención–. Si tenemos que resistir a las bestias, en primer lugar debemos saber en qué posición estamos.

–¡Que le den a los brujos! –gritó uno de los Brujah, y un nuevo tumulto de apoyo llenó el auditorio.

Esta vez Garlotte esperó pacientemente. También tomó nota que Gainesmil, un partidario antiguo e incondicional del príncipe, estuviese apoyando a Victoria, aunque eso fuera beneficioso para ellos. Mediante reprimendas no conseguirían que la reservada Tremere transmitiera lo que ella –y lo que es más importante, sus superiores– consideraban que era información privilegiada, basándose en su lealtad a la secta o en cualquier otra cosa.

Chin, mientras tanto, permanecía tan imperturbable como el traje de falda liso de color gris que llevaba. Los chillidos de los Anarquistas no la afectaban más que las insinuaciones de deslealtad hacia la Camarilla de los dos Toreador.

–Coincidimos en que es vital recabar la información adecuada –dijo Chin.

Adecuada, pensó Garlotte. *Ahí está el problema*.

–¿Tenemos una lista fidedigna de las ciudades que han caído? –preguntó Chin.

–Atlanta, Savannah. –La nueva, profunda y potente voz se ganó al instante la atención de todos los presentes, a pesar de los alborotadores del fondo. Theo Bell contaba con los dedos de sus manos de manera impersonal las ciudades–. Charleston, Columbia, Greenville, Asheville, Raleigh y Wilmington, en Carolina del Norte, cayó ayer por la noche. Norfolk está sufriendo un ataque esta noche; la prensa lo llama agitación laboral en los astilleros. Se han

interrumpido las comunicaciones con Charlottesville y Fredericksburg.

–Dios bendito –susurró Gainesmil sobrecogido ante la enumeración mientras se hundía en su asiento–. Los bárbaros están en las puertas.

–¡Que pasen! –gritó el mismo Brujah que había despreciado anteriormente a la Tremere. Sus parientes se hicieron eco de sus sentimientos. Theo se cruzó de brazos de nuevo y volvió a su actitud impasible previa.

Chin también volvió a sentarse, ahora que el centro de la reunión había pasado de su percibida obstinación al espantoso avance del Sabbat.

–Debería ser evidente –dijo Victoria, tomando de nuevo la iniciativa–, que tenemos que oponernos a ellos.

–¿Qué propones exactamente? –preguntó Garlotte. Sospechaba algo, pero hasta ahora sólo había escuchado vaguedades–. Sin duda el príncipe Vitel de Washington y el príncipe Thatchet en Richmond, y otros, están tomando las precauciones necesarias. Igual que yo.

–Pero ¿puede un solo príncipe prepararse lo suficiente? Teniendo en cuenta... –interrumpió Gainesmil. Ondeó su mano, como si trazara una línea con las ciudades caídas, y paseó la mirada intranquilo entre Garlotte y el de nuevo callado Theo Bell.

El príncipe reprimió una mirada ceñuda. Que su súbdito cuestionara su capacidad para proteger la ciudad era irritante, aunque parecía que la pregunta desafilada de Gainesmil procedía de la preocupación, más que de cualquier deseo de dañar la posición de Garlotte.

–Exactamente lo que yo pienso –dijo Victoria–. Nuestras ciudades caerán una tras otra...

–No pueden seguir con lo que han estado haciendo –interrumpió Lydia, la Brujah–. No tienen motivo.

–Parece que están hartos –dijo Victoria–. Lo suficiente como para matar al arconte Julius.

El silencio horrorizado subsiguiente rápidamente cedió en cuanto los ocupantes de los bancos traseros estallaron ante este insulto. Mientras los elementos más violentos de los Brujah dedicaban epítetos

poco halagüeños a Victoria con imprudente desenfreno, Garlotte echó un vistazo cauteloso hacia Bell. El oficial vestido de cuero del clan Brujah parecía no haberse ofendido porque Victoria les hubiese arrojado a sus caras el fallecimiento de su compañero arconte. De nuevo, era notoriamente difícil interpretar su rostro.

Victoria consiguió de algún modo hacerse oír por encima de sus detractores.

–Esta asamblea debe aceptar la responsabilidad de la resistencia ante estos ataques. Si no, nuestras ciudades caerán como fichas de dominó.

–¿Cómo el puto sudeste de Asia? –gritó arrepentido un Anarquista quien, por su aspecto, bien podía haber sido un veterano de Vietnam.

–Esto no es una suposición –dijo bruscamente Victoria–. Habéis escuchado la lista y lo que dijo Theo. –Su inferencia de que el arconte apoyaba su posición detuvo a los demás Brujah–. Si no nos ponemos en marcha, caerá una ciudad tras otra.

Un tipo raro y desharrapado, con una barba lo bastante larga para meterse en sus pantalones, escupió en el suelo y elevó un dedo en el aire.

–¡Nunca tomarán Washington! –afirmó. Su igualmente desaliñado compañero mostró su acuerdo asintiendo vigorosamente.

Garlotte se sorprendió por su interés repentino y apasionado. Los dos Malkavian, conocidos sólo como el Matón y el Cuáquero, generalmente permanecían callados. Pero el príncipe también sabía que nunca debía sorprenderse por *nada* que hiciera alguno de los lunáticos.

–Nunca pensé que tomarían Charleston –dijo inesperadamente un refugiado.

–O Savannah –coincidió otro sureño desplazado.

–Debemos tomar el control de la situación –aseveró Victoria.

–¿Con qué autoridad? –Todos los ojos se giraron hacia el orador, el príncipe Garlotte. Aquí estaba el quid de sus reservas. Evidentemente se tenía que hacer algo, pero un acuerdo que pisoteara sus derechos soberanos como príncipe era inaceptable.

–Con la autoridad de la necesidad –dijo Victoria–. Con la

autoridad de la supervivencia. Yo estuve en Atlanta. Casi no logro escapar. –Lanzó una mirada tan fría a los Anarquistas que ninguno de ellos se atrevió a desafiarla o a burlarse de ella en esta cuestión–. No volveré a ser una víctima.

Transcurrió un largo y silencioso instante, mientras cada vástago en la cámara imaginaba lo que significaría ser una víctima del Sabbat.

Pero entre todos ellos, Victoria sabía lo que era aquello. Y la emoción apenas reprimida se filtró hasta la superficie en su voz.

–Debemos decidir lo que es necesario, y después tenemos que convocar a los clanes, a los príncipes, al Círculo Interior... –Se detuvo, recobrando la calma–. Debemos hacer *lo que sea* necesario.

Justo entonces, las puertas dobles en el fondo del auditorio se abrieron de golpe. Malachi se echó a un lado cuando Isaac Goldwin entró con resolución en la cámara. Pasó, sin demasiada amabilidad, junto a algunos de los Anarquistas que, en el transcurso de la noche, habían salido en tropel de los asientos para bloquear el pasillo, y se abrió paso hasta ponerse al lado de Garlotte.

–Mi príncipe –se inclinó respetuosamente el sheriff–, hay problemas en Washington.

Un silencio sepulcral atenazó la sala.

Garlotte se enfureció en silencio. En primer lugar, el leal Gainesmil se había puesto de lado de Victoria en público antes de que Garlotte hubiese indicado claramente su postura. Ahora, el insolente chiquillo del príncipe estaba montando un espectáculo público al comunicar cierta información que, probablemente, debería haberse transmitido en privado.

–¿Qué problemas? –preguntó en tono grave el príncipe. Apenas podía devolver el genio a la botella en aquel instante.

–Violencia –dijo Isaac de manera siniestra–. Tiroteos en las calles, más de los habituales incluso para la *capital*. –Escupió las últimas palabras con desagrado, como si la idea de aquella ciudad ocupando una posición más elevada que Baltimore le disgustara.

Inmediatamente estalló un alboroto que dejaba a todos los anteriores en ridículo. Gritos de "¡El Sabbat! ¡Están aquí!" y "¡Matadlos! ¡Matadlos a todos!" llenaron la sala.

–¡Por la melena de Jesucristo! –gritó Matón–. ¡Washington ha

caído!

A su lado, el Cuáquero rompió a llorar abatido.

–Sabía que sucedería... sabía que sucedería...

Victoria trató de aprovechar la repentina marea de adrenalina.

–¿Veis? Esto es lo que yo... –Pero nadie escuchaba.

Los Anarquistas estaban exaltados. Pateaban el suelo indignados, arrancaban asientos de sus sujeciones, se aporreaban en los hombros, y en general avivaban el frenesí colectivo.

–Malditos cabrones.

–Matad hasta el último...

–Voy a abrir en canal sus... y sacar sus... y darles una patada en...

Aquellos que todavía no lo habían hecho, se movieron en tropel desde los asientos hasta los pasillos. Allí, por unos breves momentos, se arremolinaron en evidente agitación –algunos haciendo trizas los papeles pintados con sus garras; otros arrancándose las ropas y aullando amenazadoramente – antes de salir por la puerta. Un coro que decía "¡Tenemos que ir a Washington... tenemos que dar unas cuantas ostias... malditos cabrones!", se fue desvaneciendo lentamente en la distancia.

La tensión no fue menor tras la ausencia de la facción militante. Garlotte ignoró a su chiquillo sheriff, mientras Victoria daba golpecitos con el pie de manera fastidiosamente engreída. Theo Bell no se había marchado con los rufianes de baja estofa; estaba sentado, con los brazos cruzados, inescrutable como siempre. La hosca Tremere, Maria Chin, parecía como si hubiera mordido un limón. Matón se había marchado con los Anarquistas, dejando al Cuáquero escondido (sin mucho éxito) detrás de una silla. Por lo demás, varios refugiados se apiñaban y parloteaban de modo nervioso. A Garlotte le recordaban a ganado mugiendo.

Victoria se desplazó hacia el príncipe.

–Debemos ponernos en contacto con los justicar –dijo–, para que se lo puedan notificar a los miembros del Círculo Interior.

–¿Crees que no saben lo que está pasando? –preguntó Garlotte.

–Imagino que lo saben. ¿Sé si les importa? –Se encogió de

hombros—. ¿Estoy dispuesta a arriesgarme a que no envíen ayuda si no se les solicita? ¿Estás dispuesto a arriesgarte a eso, con Baltimore en juego?

Garlotte miró a Bell. El arconte, eso le parecía, tal vez fuera el único en ofrecer algún punto de vista sobre el tema, pero Theo parecía inclinado a reservarse la opinión. Chin, como sabía Garlotte, era una nulidad entre los Tremere; era un cargo intermedio enviada, porque resultó estar cerca, para vigilar a los demás vástagos. Si tenían que tomarse decisiones importantes, tendría que decidir las él. Victoria estaba muy cerca de él. Sentía su calor, y captó el centelleo del medallón, el medallón de su querida esposa.

—Me pondré en contacto con Lucinde —dijo finalmente.

Por mucho que odiara llamar la atención del justicar Ventrue y de los poderes fácticos de la Camarilla sobre su ciudad —¿quién sabía lo que podrían decidir?— lo haría. El Sabbat estaba en Washington. Tenía que hacerlo.

Garlotte volvió la espalda a Victoria.

—Isaac, acompaña a la Sra. Ash a su habitación —ordenó a su chiquillo mayor—, y después vuelve. Quiero hablar contigo.

LUNES, 28 DE JUNIO DE 1999, 3:47 H.

U.S.S. APOLLO, PUERTO INTERIOR, BALTIMORE, MARYLAND

El farol colgante se balanceaba suavemente de la viga maestra. Malachi, mucho más cómodo con su ropa militar y su camiseta que con un atuendo formal, se agazapaba en lo alto de la gruesa mesa de madera y observaba sin ningún interés a Isaac. El sheriff estaba, por segunda noche consecutiva, esposado al suelo del camarote, con una larga lámina de plástico extendida debajo de él. Después de todo, el príncipe había gastado una cantidad considerable de dinero para

remozar la goleta del siglo diecinueve, y la sangre dejaba manchas.

Garlotte se sentaba cerca en una silla de respaldo recto con cojín de fieltro, leyendo la edición de la tarde anterior del *Washington Post* a la luz del único farol. Los informes de la ciudad vecina eran inquietantes. La capital de la nación llevaba mucho tiempo infestada con abundantes drogas, prostitución y delitos violentos, con gran parte de la actividad infame precipitada (o al menos alentada) por los señores del crimen no muertos. Sin embargo, siempre había habido un cierto orden, una familiaridad reconfortante, en el caos. No como en las dos noches pasadas. Había familiaridad, pero estaba lejos de ser reconfortante.

Guerra de bandas, disturbios raciales esporádicos... son constantes de la vida, y la no vida. A pesar de lo que el mundo mortal solía creer, tales sucesos a menudo no eran acontecimientos espontáneos. Normalmente Garlotte habría recibido un aviso de los elementos que participaban en tales demostraciones. Lo *normal*, no obstante, había dejado de existir. El Sabbat se había encargado de ello.

La información llegaba al norte a trompicones, pero por lo que había recabado Garlotte, la guerra relámpago habían comenzado en Atlanta hacía menos de una semana. Para la mayor parte del mundo, los tiroteos aparentemente aleatorios, los ataques contra el Museo de Arte y otros edificios alrededor de la ciudad, había sido una pasmosa campaña de terrorismo doméstico. Los actos violentos de los demás lugares (más tiroteos en Savannah, incendios devastadores en Charleston, una explosión en el puerto deportivo de Wilmington), sólo habían servido para realzar la paranoia de los mortales.

Pero Garlotte sabía que el Museo era un importante Elíseo en Atlanta, y que dos de los otros edificios destruidos eran el refugio del príncipe Benison y la capilla Tremere. Garlotte sabía que varios de los miembros del ayuntamiento de la ciudad tiroteados en Savannah habían sido marionetas, si no auténticos ghouls, del príncipe de la Camarilla del lugar, y que entre las zonas destruidas de Charleston se encontraba el orgullo del príncipe Purrel, el Battery. Súmese a eso la repentina erupción de violencia nocturna en la huelga de astilleros de Norfolk. Theo Bell había identificado correctamente ese suceso.

Y ahora, como Isaac había informado tan elocuentemente dos noches atrás, había una guerra abierta en las calles de Washington a una escala que atraería las miradas de todo el mundo, y que amenazaba con propagarse –¡con el Sabbat!– hacia el norte hasta Baltimore.

Garlotte dobló el periódico y lo arrojó al otro lado de la habitación. C cogió una taza de latón, hizo sonar su contenido durante un instante, y después devolvió el contenedor a su última posición.

–Ahora, Isaac –dijo el príncipe amablemente–, voy a preguntártelo por *octava* vez: ¿Cómo puedes evitar contrariarme en el futuro?

El joven Ventrue inspiró con firmeza, pero aun así su voz tembló levemente.

–Debo presentarle a usted las noticias importantes en privado, y no delante de una multitud.

Garlotte sonrió con entusiasmo.

–Muy bien. –Se volvió hacia Malachi–. Haz que esta vez sea rápido.

El Gangrel se bajó de la mesa y cogió la cizalla de mango rojo que había a su lado. La mente de Garlotte regresó inmediatamente a la situación política. Apenas se fijó en los gritos de su chiquillo, y después en el lastimero gimoteo. Malachi tiró la primer falange del índice derecho de Isaac a la taza de latón junto a los otros.

–Sólo dos veces más y habremos acabado –recordó el príncipe a su chiquillo.

Garlotte acababa de recuperar su periódico cuando llamaron a la puerta. Por el sonido, supo que Katrina estaba al otro lado. Llamaba bruscamente, como si quisiera causar daño a la puerta, no porque estuviese en su camino, sino porque *existía*.

–Entra.

Katrina abrió la puerta y entró en el camarote. Mientras echaba una ojeada a su alrededor, sus ojos azul claro ni siquiera se detuvieron en Isaac y sus apuros.

–Espero no interrumpir. –Ignoró del todo a Malachi.

–Tonterías –dijo Garlotte. Extendió una mano hacia ella–. Ven conmigo. –Ella hizo lo que se le ordenaba. *Siempre son mucho más*

obedientes cuando uno de sus hermanos está en medio de un castigo, observó el príncipe. No eran en realidad hermanos, por supuesto, no en el sentido mortal. Pero compartían un vínculo de sangre.

Ella cogió su mano. A Garlotte le encantaba simplemente mirarla; sus ojos, su pequeña y coqueta nariz y sus labios estrechos, su fuerte y ancho mentón y su barbilla puntiaguda. Inicialmente se había sentido atraído hacia ella por la semejanza con su querida Amelia, y cuando la chica permanecía callada, casi podía convencerse a sí mismo de que miraba a su esposa fallecida. Ojalá Katrina no hablara, ni le desafiara, ni se sintiera obligada a vestir como un vulgar macarra callejero. *Dios mío,* se preguntó Garlotte, *¿cuántos miles de cabezas de ganado han muerto para vestir de cuero a tantos vástagos?*

–Tienes visita –dijo Katrina, rompiendo la ensoñación del príncipe–. Será mejor que lo veas por ti mismo –respondió a la pregunta no expresada de las cejas enarcadas de Garlotte.

Intrigado, Garlotte se levantó de su asiento.

–¿Dónde está Fin?

–Probablemente con su furcia –se encogió de hombros Katrina.

El príncipe suspiró. *Mi Amelia nunca habría hablado así.* Ahuecó su mano suavemente sobre la mejilla de Katrina.

–Ah, mi delicada flor, llévame hasta nuestro invitado.

–Está en la cubierta.

La mano de Garlotte se tensó contra su rostro. Sus ojos se clavaron en la mirada de ella, y la sostuvieron.

–Muy bien. Entonces no tendrás que acompañarme mucho.

Salieron del interior insonorizado del *U.S.S. Apollo* a la brisa previa al amanecer del puerto interior. Por el comportamiento frívolo de Katrina, Garlotte esperaba a casi cualquier otra persona diferente a la que en realidad lo esperaba en cubierta.

–*Vitel.* –Garlotte no consiguió ocultar su sorpresa.

–Saludos, príncipe Garlotte –dijo Marcus Vitel. Hizo una profunda reverencia, después se levantó–. Busco santuario en su ciudad.

Vitel era una figura llamativa: alto, aunque no tanto como Garlotte; rasgos marcados; mechones grises en su cabello; ojos

azules, pero más oscuros y duros que los de Katrina. El príncipe de paso vestía un caro traje gris a medida, pero en muy mal estado. El hombro izquierdo estaba desgarrado, y sus prendas estaban arrugadas y polvorientas de la cabeza a los pies.

Garlotte se encontraba más allá de las escaleras y la barandilla, y puso una mano sobre el hombro de Katrina. La presencia de Vitel, y su propósito al buscar a Garlotte, era un augurio terrible.

–Por supuesto, es bienvenido en Baltimore –dijo Garlotte–, pero, por favor, entre. –Señaló una puerta distinta a la que él y Katrina acababan de franquear.

–Katrina... –comenzó el príncipe, pero después dudó. Tenía pensado que ella sirviera a Vitel y a él mismo. Por lo general, la chica era lo bastante astuta como para no replicar a su sire en presencia de compañía, pero dependiendo de su comportamiento se arriesgaba a pasar vergüenza. Considerando la talla del invitado, Garlotte decidió que la prudencia era la parte más importante de la hospitalidad–.

Manda llamar a Gainesmil, querida. –Pensó en mandarla que mantuviera el secreto, pero de nuevo, ¿por qué dar a la chica órdenes que no cumpliría, cuando las noticias de la presencia de Vitel pronto serían de dominio público en cualquier caso?

Katrina frunció el ceño ante la imposición, pero no tanto como para que Vitel la viera.

Al menos no ha puesto los ojos en blanco, pensó Garlotte. Eso habría sido demasiado, y me habría visto obligado a echar a perder ese hermoso rostro. No debería mimarla tanto.

–Dennis –llamó Garlotte, mientras Katrina atravesaba la plancha. Un hombre robusto de cabello moreno con una chaqueta cruzada y pantalones de pinzas dio un paso adelante desde las cercanas sombras. Su presencia no fue evidente hasta que se movió, aunque era uno de los varios puñados de ghouls de seguridad estacionados en el barco y los muelles–. Dennis, lleva al príncipe Vitel a la sala de estar.

Garlotte permaneció sobre cubierta durante un rato, viendo a Katrina alejarse en la distancia. Nunca fallaba. La podía observar durante horas. El movimiento de su caminar, la manera que se apartaba el cabello de su rostro, todo eso le recordaba a Amelia, a

pesar de los esfuerzos continuos de Katrina por aparentar ser más dura de lo que era. Garlotte sabía que llegaba hasta el punto de asociarse con Anarquistas. Conocía otros aspectos más inquietantes acerca de ella, pero los mantenía apartados de su mente.

Un huésped importante esperaba su audiencia.

El príncipe de Baltimore pensó en mandar llamar a Victoria además de a Gainesmil, pero no lo hizo. Ya bastaba con un Toreador para esta noche. Gainesmil, arquitecto convertido en urbanista y lugarteniente no muerto, llevaba tiempo siendo compañero del príncipe a la hora de elaborar estrategias y debía escuchar lo que Vitel tenía que decir.

La exclusión de Victoria técnicamente no era un desaire, aunque sin duda podía percibirse como tal. Garlotte no estaba listo para conceder legitimidad a esa idea de ella que debía jugar un papel decisivo en la defensa contra el Sabbat. Él le permitiría cierto grado de influencia, y saborearía sus encantos, pero la mantendría a raya. Además, con Gainesmil presente, Victoria sabría enseguida lo que pasaba. Aquella era una alianza entre Toreadores que tendría que vigilar, aunque no habría que ponerla freno obligatoriamente. Garlotte podría incluso beneficiarse de la confianza de Gainesmil con su importante refugiada.

–Es un barco precioso –observó Vitel–. ¿Está en condiciones de navegar?

–Oh sí, completamente. –Su conversación siguió por temas de interés mundano, puesto que Garlotte había explicado que uno de sus consejeros de confianza estaba de camino–. Aunque me temo que no la saco demasiado a menudo. Seguro que sabe el motivo... el trabajo se acumula; siempre hay algo que requiere tu atención inmediata, y de repente... ¡pfft!... se ha pasado otra década.

Vitel asintió con la cabeza.

–Debe aprender a reservarse tiempo para usted.

–Ah, ojalá pudiera –dijo Garlotte lamentándose de sus responsabilidades–. Pero estoy siendo un mal anfitrión. ¿Puedo ofrecerle algún refrigerio, príncipe Vitel?

–Muchas gracias, pero ahora no me apetece nada.

–Entonces espero que no piense que soy maleducado si yo

bebo.

–Por favor.

Garlotte hizo una señal, y Dennis trajo una licorera y una sola copa. Garlotte bien sabía que era complicado entretener a un compañero Ventrue. Era improbable que el anfitrión tuviese a mano la cosecha apropiada del invitado –era poco probable que supiera cuál era, pues esto era un asunto secreto dentro del clan–, y aun así se esperaba que hiciese el ofrecimiento. Garlotte llenó su copa con sangre sabrosa y vital de origen inglés. Era una variedad que cada vez era más difícil tener a mano en esta era moderna de deprimente movilidad generalizada, una dificultad que con el tiempo podría requerir una migración inversa hacia el Viejo País. Por ahora, sin embargo, Dennis y varios de los otros ghouls hacían generosas contribuciones a las reservas.

–La de antes en la cubierta, Katrina, ¿era chiquilla suya?

–preguntó Vitel.

La pregunta sorprendió en cierto modo a Garlotte. La mayoría de los vástagos atesoraban el conocimiento que recababan de los demás como un avaro con un diente de oro. La pregunta en sí misma sugería que Vitel había recopilado un expediente sobre Garlotte y sus socios. Por supuesto, Garlotte había hecho lo mismo con Vitel. Pero la revelación de ese conocimiento por parte del príncipe visitante carecía de rimbombancia, de querer quedar por encima. Curiosamente, la consulta parecía ser... una pregunta inocente.

–Sí. Katrina –dijo Garlotte.

Vitel se limitó a asentir. Su conducta, reservada y cortés, se volvió sombría.

–Yo tenía dos hijas... dos chiquillas. Ahora... –Se encogió de hombros, dejó caer sus manos en el regazo y miró fijamente al suelo.

Garlotte de nuevo estaba hecho un lío. ¿Esperaba Vitel... *compasión*? El príncipe de Baltimore se sintió muy aliviado cuando la llamada familiar de Gainesmil sonó en la puerta.

–Entra.

Garlotte mantuvo al mínimo las cortesías. Estaba deseando escuchar a Vitel, y quedaba poco tiempo para el amanecer. El príncipe de Washington permaneció triste mientras contaba los combates

esporádicos que se habían transformado rápidamente en una invasión a gran escala.

–No fue un asedio del Sabbat, como antes hemos visto –explicó–. Sabían dónde atacar, y golpearon duro. Deben llevar años reuniendo información.

–Parece demasiado... *organizado* para el Sabbat –dijo Gainesmil.

–Estoy de acuerdo –dijo Vitel–. Sospecho que Benison en Atlanta también lo estaría, y Purrel en Charleston.

–Sí, sí –Gainesmil, a causa de su nerviosismo y aprensión, se descuidó y cortó la letanía del príncipe. Vitel, aparentemente humillado, no pareció ofenderse, pero Garlotte anotó la infracción para llamar la atención de Gainesmil posteriormente–. Aquí hay algún elemento en juego –prosiguió el Toreador–. ¿Cómo podrían...?

–Pensó en la coordinación que habría sido necesaria, la logística, la estrategia. Sacudió su cabeza bruscamente–. Imposible. ¿Quién habría podido reunir tanto apoyo? ¿Borges? No es nada probable.

–Sería el que más cerca estuviese de Atlanta, pero estoy de acuerdo. Quizá Polonia –sugirió Garlotte.

–Hablé con el líder –dijo Vitel. El anfitrión y el consejero se callaron, esperando con expectación–. Sarah Vykos.

–¿Vykos? –repitió Garlotte. Algo no estaba en su lugar–.
¿*Sascha* Vykos?

Vitel ladeó la cabeza, después asintió.

–Tal vez eso sea correcto. Yo había supuesto que era judía.

–¿*Sascha* Vykos? Creía que Vykos era un hombre –dijo Gainesmil.

–Depende de la noche –respondió Vitel sardónicamente.

–No pensé que saliese de Europa –añadió Garlotte a la confusión general.

–Ahora lo hace –dijo Vitel.

–Independientemente de quién lidere la vanguardia –anunció Gainesmil– hay un ejército del Sabbat a menos de cincuenta millas de aquí. Debemos comunicárselo a los demás príncipes, a...

Garlotte alzó una mano y calló a su consejero.

–Sí, deben atenderse otros preparativos, Robert, pero nuestro

huésped no ha tenido un viaje sencillo, y aquí estamos interrogándolo antes de que descanse. Príncipe Vitel, le invito a permanecer a bordo hoy, y prometo acondicionar un alojamiento más adecuado para usted por la mañana.

Tras la respetuosa aceptación de Vitel, Garlotte dijo bruscamente a Dennis:

–Asegúrate de que el príncipe Vitel esté a gusto.

–Sí, señor.

–Gainesmil, ven conmigo –dijo finalmente Garlotte–. Debo hacer un par de preguntas más a Isaac antes de que me retire.

MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO DE 1999, 1:10 H.

SPRING STREET, LAUREL, MARYLAND

Fin aparcó a tres manzanas y se abrió camino en silencio a través de la barriada residencial. Por lo general, era cuidadoso –era vergonzoso ser descubierto por alguna estúpida patrulla ciudadana–, pero esta noche lo era aún más. El Sabbath estaba en Washington. Todos los vástagos se habían enterado de las noticias. Los monstruos podrían dirigirse al norte cualquier noche. Todo Baltimore estaba aterrorizada... al menos todos los no muertos. Incluso algunos de los mortales parecían sentir la inquietud, aunque su nerviosismo era probablemente consecuencia de la matanza manifiesta en la capital, y no debido a la intranquilidad de los chupasangres ocultos entre sus filas. Pero Fin todavía se preguntaba si los mortales captaban el aroma del miedo, por osmosis o cualquier otro medio. Igual que un vaquero agitado puede hacer que su manada se desbande...

El príncipe había dicho a Fin que no viniera aquí, que no fuera al sur de Baltimore. Si el Sabbath iba al norte, éste sería el principal

pasillo del ataque. Pero por eso Fin *tenía* que venir.

Un peligro mayor para el joven Ventrue probablemente lo supusieran las bandas errabundas de Brujah que se encargaban de patrullar entre ambas ciudades... la versión de los vástagos de una estúpida patrulla ciudadana.

Pero esta barriada parecía verdaderamente tranquila, y Fin prosiguió sin obstáculos hasta su destino. Se deslizó junto a la casa sin disparar el detector de movimiento –que había descubierto en su primera visita– y sigilosamente escaló el exterior del garaje hasta la ventana abierta del apartamento por encima. Se escurrió al interior sin apenas mover la cortina de encaje, y advirtió con satisfacción que no había rozado su lustrosa cazadora de cuero.

La joven estaba sentada dándole la espalda, ante ella un libro abierto sobre la mesa, con auriculares bombeando música lo bastante alta como para que Fin pudiera oírla al otro lado de la habitación. No se preocupó por que sus ligeros pasos lo delataran. Se acercó, y estiró una mano hasta su delicado cuello.

En el instante en que su dedo helado tocó la piel de ella, la joven saltó y se giró con un chillido desgarrador. Su libro voló hasta la pequeña cocina. El cable de los auriculares se enredó de algún modo en su muñeca, con lo que estos auriculares oscilaron y la golpearon en el rostro.

Fin se encogió y trató de hacerla callar:

–*Morena... Morena...*

Cesó el frenesí de movimiento. Ella se quedó con los ojos de par en par y jadeando; se echó una mano al pecho.

–¡Córcholis, menudo susto!

Fin le concedió unos instantes para que se calmara, e intentó no reírse de lo que, según ella, era una palabra soez. La risa sólo la irritaría más.

–¿Sabes? –dijo Morena, mientras se quitaba el cable y los auriculares–, hay una puerta.

–Tus padres podrían verme.

–¿Y *qué*? –Recuperó su libro y buscó su lugar–. Tengo veinticuatro años. No me tienen bajo llave. –Puso un marcapáginas en el libro y después lo puso bruscamente sobre la mesa–. Por supuesto,

no les he mencionado que mi novio es un retoño carnívoro de Satán.

–No soy carnívoro.

–Oh, es cierto. Tienes una dieta a base de líquidos. Mamá, papá... Fin viene a comer. Basta con que exprimáis ese filete crudo.

Él estaba encima de ella antes de que pudiera moverse. Fin la llevó hacia la cama, aterrizó encima suyo, sujetando sus brazos extendidos. Morena finalmente consiguió proferir un chillido sorprendido, pero las risitas se ahogaron en su garganta cuando vio la mirada de sus ojos... ardientes, rojos brillantes, hambrientos.

–No todo va a ser diversión –dijo él.

Ella respiró hondo, y se vio incapaz de apartar la mirada de él.

–Pensaba que no había *nada* divertido –respondió Morena.

–Déjame convertirte en lo que soy yo. Puedes estar conmigo eternamente. –Sus palabras eran un gruñido grave, amenazador, pero ella podía escuchar el ruego bajo la superficie.

–No puedo... no puedo dejarlo todo... tengo responsabilidades... mis padres... mi trabajo... mis jerbos.

–¿Tus *jerbos*? ¡Ostia puta! ¡Vas a dejar pasar la vida eterna para poder estar con tus putos jerbos!

–Necesito más tiempo.

Fin descendió sobre ella, hundió su rostro en el hueco de su cuello y se quedó allí durante un momento largo y silencioso.

–No me puedo quedar mucho –dijo al fin. Recorrió con su lengua la senda de la yugular de ella–. Puedo hacerlo, ya lo sabes. Quieras o no.

Morena lo apartó de un empujón –él la dejó– y se sentó.

–Puedes. Pero no lo harás.

Fin rodó sobre su espalda y se tumbó a su lado. Al lado, sus jerbos correteaban en su jaula de plástico.

–No quieres estar conmigo –dijo. Morena miró sus pies pero no le respondió–. ¿Qué tienes que perder?

–¡Toda mi vida!

Él suspiró. Tenía razón. Del mismo modo que ella tenía razón en que no la arrastraría a la no vida de la existencia entre los vástagos contra su voluntad. Aún no. Pero su resolución se debilitaba cada vez más.

–Tendrías toda una eternidad... conmigo –dijo Fin.

–Entonces habrá mucho tiempo para eso después, si me decido.

O si yo me decido, pensó Fin.

–Creo que será mejor que te marches –dijo Morena.

Fin recorrió la espalda de ella con sus dedos, y trazó la senda vertical desde el cierre del sujetador hasta su hombro. La cabeza de Morena volvió a caer hacia atrás mientras él volvía a acariciar con la boca su tierno cuello desnudo.

–Pronto –dijo, mientras ella se entregaba –. Pronto.

_____ 5 _____

SÁBADO, 3 DE JULIO DE 1999, 22:34 H.

UNA OFICINA EN EL EDIFICIO HARRISON, BALTIMORE, MARYLAND

En opinión del príncipe Garlotte, Marcus Vitel era un beneficiario valioso. Los dos Ventrue, regentes de ciudades muy próximas, habían sido rivales durante más de treinta años, desde que Vitel había ascendido al poder tras la defunción del anterior príncipe de Washington, Marissa del clan Tremere. Durante esas décadas, Vitel había disfrutado de un mayor prestigio, a causa de la geopolítica global. Había desatendido lamentablemente los asuntos del clan y se había mantenido reservado, y aun así los demás no dejaban de adularlo: ¿qué piensa el sabio y poderoso príncipe Vitel de esto? ¿Y de aquello?

No es que Garlotte estuviese celoso.

Por poco que confiara en Vitel, o por mucho que el príncipe de Baltimore estuviese irritado por el indecoroso comportamiento lisonjero de aquellos miembros del clan Ventrue o de otros, Garlotte descansaba más tranquilo sabiendo que un compañero de clan, en vez de una bruja Tremere, sostenía las riendas del poder en el Distrito de Columbia.

Y ahora, tras treinta años de rivalidad, Vitel dependía casi por completo de la administración evidentemente superior de Garlotte. *Ah, quizá haya justicia en esta vida*, pensó Garlotte. Aunque la vida en cuestión se extendiera a lo largo de varios siglos.

Ninguno de estos pensamientos atravesaron el estudiado comportamiento de Garlotte de interés y preocupación, pero sin duda Vitel, sentado al otro lado del escritorio en esta silenciosa oficina propiedad de Garlotte, los conocía. Seguramente Vitel supiera que, a pesar de la costumbre Ventrue de ofrecer socorro a un compañero de clan necesitado, su anfitrión estaba recopilando una larga lista de favores debidos... una lista cuya existencia Garlotte nunca se cansaría de recordar a Vitel, de cientos de maneras corteses y modestas.

Actualmente, asuntos menos agradables exigían la atención de Garlotte.

–El gobernador prudentemente coincide conmigo –prosiguió Garlotte con lo que estaba discutiendo con Vitel– en que es apropiado que ofrezca el uso de la Guardia Nacional de Maryland, teniendo en cuenta el grado de anarquía en Washington.

Vitel pensó en esto durante un largo rato. El príncipe expatriado se había mantenido casi en silencio desde su llegada a Baltimore. Aunque Garlotte tenía que conceder que seis noches, para un vástago, era una cantidad insignificante de tiempo para llorar la pérdida de sus chiquillos, no obstante sentía que la prudencia exigía que hiciese uso de cualquier recurso con el que aún contase Vitel que pudiese reforzar la resistencia de Baltimore ante el Sabbat.

–¿Por qué no alentamos la intervención de tropas federales? –preguntó finalmente Vitel–. Serían más fiables.

–Más *disciplinadas* –le corrigió Garlotte, alzando un dedo–, pero para nuestros propósitos, también más difíciles de influir. A menos que usted tenga más contactos dentro del Pentágono de lo que uno podría esperar razonable...

Vitel negó con la cabeza casi imperceptiblemente. Parecía algo recuperado desde su llegada a la ciudad, gracias fundamentalmente al cambio de sus ropas destrozadas con un nuevo traje a medida. Pero aún conservaba parte del aspecto desorientado y traumatizado que le había acompañado en su desplazamiento, como si fuera un esfuerzo

para él permanecer totalmente engranado con aquellos que lo rodeaban.

Parece tan... vencido, pensó Garlotte. Nadie tenía topes tan arriba en el ejército federal como para provocar con éxito el despliegue a gran escala de tropas durante un tiempo; Garlotte se habría quedado de piedra si Vitel los tenía... casi tanto como si Vitel hubiese admitido tenerlos.

–Por eso –prosiguió Garlotte–, las tropas estatales satisfacen mejor nuestras necesidades. El gobernador está listo para desplegarlas. Sólo falta que el alcalde de Washington acepte el ofrecimiento.

–El alcalde o el comité supervisor del Congreso –dijo Vitel, aún con pinta de no prestar toda la atención–. ¿Me permite...? –Hizo un gesto hacia el teléfono sobre el escritorio de Garlotte.

–Por favor, adelante.

–¿Es una línea segura? Bien. –Vitel pulsó un número, y no tuvo que esperar mucho–. Buenas noches, senador. Perdóneme por molestarlo en su casa... Sí, senador. Me doy perfecta cuenta de lo que sucede...

Mientras hablaba Vitel, Garlotte pudo ver el fuego regresando a los ojos de su rival. La visión era al mismo tiempo alentadora y alarmante; alentadora porque Vitel en sus cabales, ingenioso y perspicaz, era mucho más valioso para defender Baltimore; alarmante porque Vitel en sus cabales, taimado y astuto, tal vez buscara remediar la pérdida de una vieja ciudad con la adquisición de una nueva.

–Si no recuerdo mal –estaba diciendo Vitel al teléfono–, sus amigos en el comité de supervisión del Distrito le deben varios favores. Y creo que ya están a punto de declarar el estado de excepción y relevar a los funcionarios de la ciudad del control de la misma... Sí, sí. Agradecería que los alentase en esa dirección. Es lo mejor para todos, ¿no cree usted?

Garlotte observó que Vitel ponía cuidado en no mencionar nombres, ni el del senador, ni los de los "amigos" en el comité de supervisión. Probablemente Vitel hubiese marcado a través de una central telefónica intermedia o un banco de llamadas también, aunque

Garlotte examinaría los archivos posteriormente.

–Sí, exacto –dijo Vitel–. El gobernador va a ofrecer la Guardia Nacional de Maryland. Es imprescindible que el comité de supervisión acepte su oferta. Y también es recomendable el toque de queda en toda la ciudad. ¿Para cuándo podemos esperar la autorización de dichas medidas? –Vitel escuchó, asintió–. Sí. Comprendo. Sé que está haciendo todo lo posible... Discúlpeme... Sí. He oído mencionar su nombre como candidato a la vicepresidencia... ¿Qué creo? Creo que sus servicios son muy valiosos en el senado. Buenas noches, senador.

Vitel colgó el teléfono. El fuego ya estaba empezando a desvanecerse de sus ojos a medida que la emoción de la negociación retrocedía y la pena y la pérdida recuperaban su lugar.

–Treinta días. Las tropas entrarán. Estado de excepción, toque de queda. Pero es poco probable que el comité de supervisión autorice que dure más de treinta días. –Hizo el gesto de jugar a cara o cruz con sus manos.

Garlotte se reclinó en su sillón de ejecutivo.

–Son treinta días más de los que teníamos. –De mala gana, inició una nueva lista mental: favores que debía a Vitel. Por suerte, era una lista mucho más corta en ese momento.

»Todo ha sido muy movido desde su llegada, Marcus –dijo Garlotte, sintiendo que podía venirle bien cambiar de tema–. Hábleme usted de sus chiquillos. –Era la compasión encarnada, sin querer otra cosa que no fuera aliviar el dolor de su rival.

La luz titilante de la lámpara no bastaba para que un mortal

leyera con comodidad, pero Calebros no se dio cuenta. Sus ojos grandes y profundamente engarzados estaban acostumbrados a la oscuridad total y parcial. Qué suerte, porque se pasaba las noches estudiando detenidamente los informes. Algunos llegaban electrónicamente a través de SchreckNET; Umberto le traía las copias impresas si a Calebros no le apetecía recorrer los húmedos túneles hasta el terminal. *Podría conectarte un terminal propio si te libraras de ese fósil de máquina de escribir y limpiaras tu escritorio*, había ofrecido Umberto. Calebros había dado un cachete en las orejas al jovencuelo ante la insinuación.

Otros comunicados llegaban a través del mensajero. El mayor número de informes, con mucho, los recababa el propio Calebros. Su sire, Augustin, le había enseñado el valor de poner sobre el papel hechos aparentemente ajenos. A menudo los resultados eran infructuosos, pero a veces surgían pautas donde no se pensaba que existiesen. Por ejemplo, en el arrugado folio que Calebros estaba estudiando en este momento.

COPIA DE ARCHIVO

6 de Julio de 1999

Asunto: inexplicado

22/6 - Manhattan, túnel de metro 147: seis obreros encontrados muertos; los periódicos dicen que las ratas habían roído los huesos hasta dejarlos limpias (y nuestro hombre en el depósito de cadáveres lo confirma).
~ Jeremiah lo inspeccionó e informó de que las ratas en la zona del túnel estaban nerviosas y gordas, y se mostraban agresivas.

2/7 - Manhattan, viejas imprentas auxiliares del NY Times: extraña inundación de las imprentas ("guardia del dragón") en el lecho de roca; falla el ascensor de servicio, un trabajador se ahoga.

~ Las ratas cercanas a las imprentas del Times también se mostraron

*extrañamente agresivas; es la primera vez que se le presenta ese problema a
Jeremiah.*

JUEVES, 8 DE JULIO DE 1999, 3:02 H.

SUITE DEL GOBERNADOR, LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE MARYLAND

Los leños falsos alimentados por gas ardieron en la chimenea. Victoria parecía disfrutar de una sensación de poder por ser capaz de iniciar un fuego simplemente girando un tirador, sin tener que acercarse demasiado. Puso al máximo el acondicionador de aire, para que el calor del fuego fuera agradable, aunque las puertas francesas al balcón permanecían abiertas, permitiendo que la brisa procedente del puerto jugara con las cortinas que iban del techo al suelo.

–¿Así que usted ha hablado con Vitel? –dijo Gainesmil. Se limpió una mota de pelusa de sus chorreras de seda verde en perfecto estado.

Victoria le observó pelearse con la chorrera.

–No merece la pena preocuparse por esa camisa, Robert. –Se puso en pie y caminó hacia las puertas francesas–. Sólo porque sea cara no implica que debas ponértela. Por otra parte, todo el gusto de algunas personas está en sus bocas.

Gainesmil se quedó mudo en su asiento ante esta reprimenda. Antes, ella lo había tratado con amabilidad, incluso con afecto, pero a veces Victoria parecía olvidar que era el consejero más cercano al príncipe Garlotte, y le trataba simplemente como a cualquier otro subordinado Toreador.

–¿Sabe?, el príncipe se sorprendió mucho con la llegada de Vitel.

Victoria le dio la espalda y miró fijamente al puerto.

–Viejas noticias, querido. Eso fue hace semana y media.

Gainesmil tartamudeó pero no se le ocurrió nada que decir. Se ruborizó consternado. Esta mujer lo confundía. Justo cuando pensaba que su sociedad se estaba solidificando, se volvía fría y condescendiente. Y si Gainesmil iba a alejarse de su gratificante lealtad hacia el príncipe, tenía que estar seguro de su nueva aliada. Si no –a menos que estuviera seguro de Victoria y de las recompensas de apoyar su causa–, los riesgos no merecían la pena. Recordaba con mucha claridad la taza de latón, y cómo Malachi, por orden de Garlotte, había cortado las dos últimas yemas de Isaac. Aquel recuerdo hizo palidecer a Gainesmil. Reprimió las imágenes y se concentró a cambio en Victoria. En la brisa de las puertas abiertas, su traje de lino blanco parecía hacerse uno con las largas cortinas al vuelo. Gainesmil podía imaginarse que ella estaba desnuda entre las ondeantes cortinas, con el aire marino acariciando su pálido cuerpo... de hecho se lo imaginaba, para su enojo.

–No respondió a mi pregunta –dijo él enfadado.

Pero si ella le escuchó, no dio pista alguna y siguió limitándose a observar el puerto. Gainesmil decidió esperar. Se negaba a morder sus talones como algún perrito faldero. Si no valoraba sus contribuciones, tendría que dejar que se las arreglara sola, y ella se lo perdería.

Mientras esperaba, Gainesmil advirtió un medallón redondo en una cadena sobre la mesa de café a su lado. Recordó haber visto a Victoria llevarlo en la conferencia; podía imaginar cómo reposaba sobre su pecho... también se sacudió esta imagen. Gainesmil se inclinó hacia delante en su asiento. *Es lo bastante grande para tener algo dentro*, pensó, inspeccionando la centelleante joya desde poca distancia. Victoria podría haber olvidado su presencia, igual que le prestaba poca atención a él. Lentamente, Gainesmil tendió la mano hacia el medallón de oro.

–Esta misma tarde he visto a Vitel –dijo Victoria.

Gainesmil contrajo su mano tan rápido que se golpeó el codo con el extremo de la mesa a su lado. Un dolor hormigueante recorrió su brazo, pero consiguió sostener la lámpara, que había comenzado a tambalearse peligrosamente.

–Vitel parece muy... –Dio la espalda a las puertas abiertas, pero

seguía sin mirar a Gainesmil. Elevaba la barbilla, mientras miraba fijamente en algún punto intermedio indeterminado y evaluaba el asunto—. Triste. Muy triste. —Su mirada se fijó en el otro Treador—. ¿Sientes su pérdida, Robert?

Gainesmil se perdió en sus afligidos ojos verdes. No podría seguir su razonamiento pero no quería admitirlo.

—Sí..., supongo que estaba triste.

—Perdió un chiquillo en el ataque a Washington —explicó Victoria sin apenas reprimir sus emociones. Cerró las puertas francesas—. No conoce el destino de su otro chiquillo. ¿Has Abrazado alguna vez, Robert? —De nuevo sus ojos se centraron en él.

Gainesmil se humedeció los labios.

—No, yo... no.

—El príncipe tiene chiquillos, ¿no?

—¿El príncipe Garlotte? Oh, sí. —Gainesmil emergía de su confusión a medida que la conversación volvía a terreno familiar—. Usted ha conocido a Isaac... —Vaciló levemente mientras la visión de los dedos cortados y ensangrentados volvía a asaltarlo.

—El sheriff.

—Sí —asintió Gainesmil—, el sheriff. El príncipe tiene otros dos chiquillos. Ninguno de ellos demuestra mucho interés en los asuntos de la Estirpe. Katrina es una muchacha hermosa, aunque es un poco bocazas. Él la adora. —Gainesmil meneó su cabeza con desaprobación—. Se habría desecho hace mucho de cualquier otro que lo mancillara del modo en que ella lo hace.

Victoria se acercó lentamente a la chimenea y apagó el gas. Las llamas se extinguieron.

—¿Mancillarlo? ¿Cómo?

—Oh, de todas las maneras que se le ocurren. —Gainesmil puso los ojos en blanco—. No hace mucho Abrazó a dos mortales sin su permiso... no uno, téngalo en cuenta, sino *dos*.

—¿Y él no hizo nada? —Victoria parecía escéptica.

—Lo barrió debajo de la alfombra —explicó Gainesmil—. Nunca ha surgido como asunto oficial, aunque todo el mundo está enterado.

—Fin, el tercero, es otro cantar, pero igual de decepcionante —prosiguió—. Parece no poder dejar atrás a los mortales. Está loco por

una chávala... er, chica...

Victoria se sentó en el extremo del sofá pegada a Gainesmil. Puso un dedo sobre su rodilla.

–Vitel me contó algo muy interesante –dijo, cambiando bruscamente de tema.

–¿De qué se trata? –Gainesmil intentaba seguirla, pero los ojos de ella estaban demasiado cerca, y su dedo trazaba círculos sobre la rodilla de él.

–Dijo que los Tremere no movieron un dedo para salvar Washington.

Gainesmil asintió estando de acuerdo.

–Sí, hemos confirmado el dato con distintas fuentes. No podemos agradecerérselo a la Sra. Chin. Por lo visto Dorfman, Peter Dorfman, el Pontifex, estaba fuera de la ciudad, de hecho fuera del país, y sus subordinados pensaron que era más importante proteger la capilla que proteger la ciudad.

–Y ahora la capilla Tremere es el único vestigio del poder de la Camarilla en Washington –dijo Victoria–. Deberían ser castigados por tamaña cobardía.

–O elogiados –ofreció Gainesmil, y quedó satisfecho por la aparente confusión de Victoria–. Oh, sí, así es como lo interpretan ellos. Que estaríamos mucho peor sin un punto de apoyo desde el que reconquistar la ciudad.

–¡Pero tal vez no la hubiéramos perdido! –protestó Victoria.

–Ah, pero ¿quiénes de entre nosotros pueden testificar que las fuerzas de la capilla, aunque dispersas, habrían bastado para dar marcha atrás al asalto del Sabbat? –preguntó Gainesmil, haciendo de abogado del diablo.

Victoria comprendió y siguió el razonamiento de él.

–Y la capilla es más valiosa como puesto defensivo, y como obstáculo para las líneas de suministros y comunicaciones del Sabbat si siguieran avanzando. –Victoria asintió. Apretó la pierna de Gainesmil y se levantó de su asiento–. Menudos demonios. Tendré que hablar con la Sra. Chin. ¿Cuánto falta para la próxima conferencia?

Gainesmil echó una ojeada a su reloj.

–Mañana es ocho. Nos volvemos a reunir el dieciséis, más bien durante la medianoche del diecisiete.

Victoria se cernió sobre él y puso un esbelto y delgado dedo sobre sus propios labios.

–¿Se sabe algo de los justicar...?

Gainesmil negó con la cabeza.

–Nada, que yo sepa. El príncipe Garlotte elevó una petición a la justicar Lucinde, pero no hemos recibido respuesta alguna. El tiempo es muy diferente para esos antiguos europeos...

–Bueno –dijo Victoria–, supongo que no corren el peligro de ver desaparecer sus dominios ante sus ojos viejos y arrugados.

–Hablando de desaparecer –Gainesmil recordó uno de los motivos para su visita de esta noche–, tenemos un problema con un empleado del hotel... un botones.

Victoria se murió de vergüenza y sonrió abochornada. Gainesmil pensó haber visto incluso un ligero rubor.

–Lo llaman servicio de habitaciones...

–Por favor, trate de controlar sus impulsos, Victoria –suspiró Gainesmil–. Sólo se tiene que hacer uso del personal en emergencias extremas. Si no, con la cantidad de huéspedes que hay en la ciudad, pronto empezaremos a servir nosotros.

–Y no podemos permitirlo, ¿verdad? Controlaré mis impulsos, Robert –dijo, pasando sus dedos por su pelo–, si tú controlas los tuyos.

A Gainesmil se le secó la boca. Victoria caminó hacia él y abrió las puertas dobles al dormitorio. El toque en un interruptor apagó todas las luces, salvo aquellas del exterior alrededor del puerto. Pulsó otro interruptor, que comenzó a cerrar las persianas especialmente instaladas para bloquear toda luz exterior.

–¿Por qué no viene a visitarme el príncipe, Robert? Apenas lo he visto durante la última semana. ¿Se ha cansado de mí? –Victoria apoyó su espalda contra la puerta.

A medida que las persianas obstruían poco a poco lo que quedaba de luz, los ojos de Gainesmil se ajustaron a la creciente oscuridad. Sintió su lengua torpe.

–Yo... seguro que no... uh, el príncipe, es que... ha estado muy

ocupado con la defensa de la ciudad, el... uh, flujo de refugiados no ha descendido, a pesar de la aparente inercia del Sabbat...

–Entiendo –dijo pensativa Victoria–. No estoy entre sus principales prioridades.

Gainesmil no pudo volver la cabeza cuando ella se paseó por la oscuridad hasta la cama en la habitación adyacente. Apenas sin moverse, se quitó el vestido y, desnuda, se deslizó bajo las sábanas.

–Lo echo de menos –suspiró Victoria–. Y Robert, perdona que no te acompañe a la puerta.

Como si estuviese borracho, Gainesmil se levantó y fue hacia la puerta... la otra puerta, la salida. No fue hasta que estuvo cerrada a su espalda cuando logró deshacer el nudo que tenía en su garganta.

LUNES, 12 DE JULIO DE 1999, 00:01 (HORA LOCAL)

SUITE EJECUTIVA, THE INTERNATIONAL LTD., AMSTERDAM, HOLANDA

Jan Pieterzoon se hundió en el mullido sillón y se masajó las pequeñas marcas rojas de su nariz causadas por las gafas de montura metálica que ahora descansaban sobre su escritorio. Ansiaba whisky. Necesitaba whisky. Pero estas noches no le sentaba bien. Sospechaba que su estómago se había atrofiado y encogido por culpa de los años de desuso. Por supuesto, entre los vástagos proliferaban esos cuentos, pero ¿quién sabía cuáles eran meras ilusiones y cuáles habían de creerse? Y preguntar a un cainita más anciano y entendido sería admitir demasiado la ignorancia propia. La ignorancia era debilidad, y los débiles rara vez sobrevivían. No demasiado tiempo.

–¿Está usted bien, Sr. Pieterzoon?

Jan asintió pero ni habló ni abrió sus ojos. Marja aún estaría preocupada. Le preguntaría qué podía hacer por él y, en este momento, bastaría con la propia pregunta. Escucharla hablar holandés calmaba sus nervios. Demasiados de sus contactos de negocios eran

en francés, o en alemán, o –que Dios le ayude– en inglés.

–¿Puedo hacer algo por usted, señor?

–No, gracias, Srta. van Haevermaete.

Sr. Pieterzoon. Srta. van Haevermaete. Jan permitió que la dolorida sonrisa se extendiera lentamente por sus labios. *¿Cuánto tiempo llevas sirviéndome, Marja?* Aun así, la formalidad. Y así seguiría. Jan no podía permitirse familiaridad entre ellos, y mientras él no pudiera, ella no la tendría.

Recorrió sus dedos por su corto cabello rubio, y después rozó los músculos de su siempre suave mentón. Cada músculo de todo su cuerpo parecía ser una acumulación de tensión, y por desgracia no tenía tiempo para llamar a su acupuntor.

–Nos marchamos pronto a los Estados Unidos –dijo Jan, abriendo los ojos.

Marja se enteraba en ese momento.

–¿Los Estados Unidos? ¿Cuándo?

–Tan pronto como sea posible. En unas pocas noches.

Observó mientras ella digería la información, y hacía una lista mental de los preparativos necesarios.

–¿Negocios? –preguntó ella.

–No, en teoría no.

Ella asintió. Eso impondría otro conjunto de criterios en sus preparativos. Un viaje para reunirse con inversores o tratar con representantes sindicales habría estado por completo dentro de su campo de operaciones. Sin embargo, si el viaje estaba relacionado con las maniobras misteriosas de la Estirpe, de las cuales ella sólo conocía exactamente lo que necesitaba saber, tenían prioridad otras consideraciones.

–¿Seguridad?

Jan pensó un instante.

–Ton y Hermán.

–¿Ayudantes?

–Usted y Roel. –Roel era competente, bien parecido, un buen compañero para Marja. Jan lo escogió por ese motivo. No tenía ni la menor idea del vínculo subyacente que les unía a Jan.

–Debería bastar. Podemos reforzar posteriormente el personal,

si es necesario –explicó Jan brevemente–. No quiero llegar con un séquito demasiado numeroso. Los asuntos pueden resultar... bastante delicados sin que demos atrevimiento.

Marja siguió con sus notas mentales.

–¿Destino?

–Baltimore. Nos alojaremos en el Lord Baltimore Inn como huéspedes de Alexander Garlotte. Por favor, haga los preparativos necesarios –le dijo más por costumbre que por necesidad.

Marja se volvió para salir de la oficina. Su falda, más larga de lo que estaba de moda, casi le llegaba a las rodillas. Su suéter sencillo aunque atractivo dio a Jan la impresión de seducción involuntaria... o lo habría hecho si ella participara en ese tipo de juegos. *Menuda ironía, pensó. Busqué a una víctima y me encontré a un socio de confianza.*

–Srta. Haevermaete –dijo justo antes de que se cerrara la puerta. Ella volvió a entrar en la oficina–. La fábrica de Bonn... tendremos que cerrarla. Ya no habrá tiempo para dirigirla adecuadamente.

–Son mil seiscientos puestos de trabajo, señor.

–Soy perfectamente consciente de ello –respondió Jan impersonalmente–. También están los intereses financieros de dieciséis inversores. La balanza no está equilibrada. Procure que el papeleo esté tramitado por la mañana.

–Sí, señor. –Después se marchó.

Jan no desaprobaba los impulsos humanitarios de Marja. Muchas de sus sociedades eran ardientes defensoras de las organizaciones sin fines lucrativos. En primer lugar, así fue como la encontró. Sus propias tendencias filantrópicas tal vez estuvieran más centradas, pero no eran menos sinceras. Era una de sus pocas concesiones a la conciencia.

A medida que los pasos de Marja se alejaban al otro lado de la puerta, Jan devolvió de mala gana sus pensamientos a los acontecimientos que habían hecho necesario el próximo viaje...

--Nuestros amigos al otro lado del Atlántico parecen incapaces de encargarse de sus dificultades --había dicho Hardestadt. Jan había viajado a

Nantes, a uno de los incontables refugios de Hardestadt, por orden del antiguo Ventrué. Una audiencia personal no era habitual--. ¿Estás al tanto de los ataques del Sabbat en el continente norteamericano? --Hardestadt preguntó mientras pasaba una copa de plata a Jan a través del pequeño espacio entre sus sillas Luis XV a juego.

--Sí, mí sire. --Jan se sentía muy pequeño al lado de aquel hombre. Un telón de fondo de siglos otorgaba más estatura a los rasgos aristocráticos y el fuerte mentón del antiguo. El estudio en que se sentaban, a pesar de la alfombra de felpa, las cortinas de terciopelo, y el veteado atractivo de las estanterías de caoba, era frío. Estéril. Inmutable. Mientras elevaba la copa hacia sus labios, el simple buqué de la vitae hizo que la cabeza de Jan diera vueltas. Sólo un sorbo de esa sangre --vitae de antiguos enviados hacía mucho a la Muerte Definitiva-- fue suficiente para abrasar su boca y su garganta, pero el ardor bailó de modo enloquecedor por la fina línea que separa el dolor del placer. El calor se extendió por el torso, los brazos y las piernas de Jan. Sintió ascender el color a su rostro normalmente pálido.

--Tendrás que ir allí y resolver este lío --dijo Hardestadt.

Jan, mareado tras su segundo sorbo de la copa, pensó que debía haber oído mal. Podría lograr mucho en dicho asunto, pero ciertos detalles insignificantes exigían su cada vez más nublada atención.

--¿Voy a acompañar al mando militar? --preguntó.

--Tú *eres* el mando --dijo bruscamente Hardestadt--. Los acontecimientos de otros lugares no nos permiten emplear recursos ilimitados en ayudar a nuestros primos. Los miembros del Sabbat son delincuentes revoltosos, lo han sido desde el principio. Devuélvelos a su sitio. E intenta no tardar demasiado.

La trascendencia de las palabras, la inmensidad de la tarea, penetró poco a poco en la mente aturdida de Jan. Guerra abierta en las calles de Estados Unidos. El Sabbat había conseguido de algún modo coordinar sus acciones como nunca antes lo habían hecho en todos los siglos transcurridos desde su creación. Era una situación digna de la atención de un justicar, de todo un *grupo* de justicar. Y enviaban a Jan para que se encargara del problema. Él solo.

--Sí, mi sire.

Jan bebió un gran sorbo de la copa, tan largo como le permitía la educación. El fuego purificó su interior.

--Sé que no me fallarás en esto --dijo Hardestadt.

No le fallaré, asintió Jan su concordancia en silencio. *No le fallaré... y si fallo, no viviré.*

LUNES, 12 DE JULIO DE 1999, 23:05 H.

SALIDA 33, INTERESTATAL 95, LAUREL, MARYLAND

–Siempre ha habido partidarios del hedonismo, gente viviendo únicamente por el placer del momento –dijo Christof con su ligero acento francés–, pero ahora hay *demasiados*.

–¿Ahora con respecto a cuándo? –preguntó Lydia.

–Con respecto a... –de repente Christof casi pareció olvidar su conversación, perderse en sus pensamientos. Su talante tranquilo y relajado se convirtió casi al instante en triste melancolía– ...antes. Hace mucho.

Mientras Lydia conducía el coche hasta el carril de la salida, echó una ojeada a su pasajero. No sólo era su acento y su mata de pelo rojo brillante lo que le hacía diferenciarse del Brujah típico, decidió ella. La mayoría de sus compañeros de clan eran todos una mezcla de miembro de fraternidad, motorista y expresidiario. Para ellos, la *revolución* significaba *destroza todo lo que pilles ahora y ya se nos ocurrirá algo mejor para luego*. Christof era uno de los pocos con una tendencia más filosófica. Parecía tener una mejor idea de adónde quería dirigirse.

Debe tener algo que ver con esa chica de la que siempre está hablando, pensó Lydia; aunque, para ser justos, *no siempre* está hablando de ella. De hecho, había sido bastante difícil hacer que dijera *algo* acerca de ella, y aun así todo lo que Lydia sabía era que se llamaba Anezka, o algo así de bobo, y que Christof estaba buscándola. La meditación de Lydia fue interrumpida por un ruido

procedente de sus otros pasajeros en el asiento trasero.

–Eh, ¿por qué sales por aquí? –preguntó Frankie.

–Sí –intervino Baldur–. Aún no estamos en D.C.

–¿Prefieres mear en el depósito de gasolina? –preguntó Lydia–. Y no vamos a llegar hasta el distrito de Columbia. –*No con vosotros, gilipollas*, pensó. Y no sin Theo.

Probablemente no irían mucho más allá del cinturón de autopistas. Esto sólo era un reconocimiento, no un ataque. Además, con el toque de queda en Washington propiamente dicho, muchos de los Sabbath inquietos habían migrado al nordeste de la ciudad. Esta franja de carretera ya era lo bastante peligrosa sin que ella tratara de ganar la guerra respaldada por un único filósofo, Tweedledumb y Tweedledipshit {*}.

{ N.d.T.: Juego de palabras de difícil traducción con los nombres de dos personajes de «Alicia en el país de las maravillas», Tweedledum y Tweedledee. "Dumb" en inglés significa estúpido, y "to be in deep shit" significa estar metido en un buen lío.}*

–Hey Frankie –dijo Baldur, aparentemente satisfecho con la respuesta de Lydia y de vuelta al importante asunto de atormentar a su compañero–, ¿quieres ir a Hollywood?

–¡Hey! Al menos no tomé mi nombre de un maldito juego de ordenador.

–Ni siquiera puedes *deletrear* la palabra ordenador. No tengo la culpa de que te quedaras en el Invasores del Espacio. ¿O fue el Pong?

–¿Y si te hundo el pie en *tu* puerta? {*}

{ N.d.T.: Referencia al juego «Baldur's Gate», origen del nombre de Baldur.}*

Lydia suspiró. Christof no parecía tener ganas de conversar –por supuesto, era filósofo, pero al mismo tiempo tenía un humor tan cambiante como el de una chica– así que encendió la radio intentando ahogar las bobadas estúpidas del asiento de atrás. Salió por la vía de servicio hasta la primera gasolinera, que estaba haciendo bastante negocio. Los demás se quedaron en el coche mientras ella repostaba. Liberada un instante de tener que pensar en conductores gilipollas de la interestatal, además de los gilipollas del asiento trasero de su propio

coche, la mente de Lydia volvió de nuevo a Theo Bell.

En muchos aspectos, el arconte era lo más opuesto a ella: alto, moreno, y enorme comparado con ella, baja, pálida y delgada... pero a Lydia le gustaba creer que pensaban de manera similar. Eso no significaba que no tuviera que aprender mucho de él, porque tenía que hacerlo. En táctica, en paciencia, en hacer que la gente hiciese lo que ella quería. Por supuesto, Theo tenía ventaja en ese último apartado, al ser un Monte Rushmore a tamaño natural, pero más allá de la pura intimidación, sabía como interpretar a la gente. Y él sabía que cuantas más órdenes das a la gente que te rodea, menos te escuchan.

Esa noche en la conferencia, cuando se dio la noticia de que el Sabbat estaba en Washington, Lydia habría estado tentada a detener a la horda Anarquista antes de que salieran corriendo a asaltar las calles por la fuerza. En ese juego la Camarilla no podía ganar. Pero Theo les había dejado marchar. Se sentó y no dijo palabra mientras los Brujah más jóvenes salían hacia el sur. Les patearían el culo. Unos cuantos no volverían nunca. Pero la mayoría de ellos sí lo conseguirían, y para entonces sus cuerpos ya se habrían librado de ese furor en la sangre y estarían dispuestos a escuchar a Theo.

Desde entonces, las cosas habían ido relativamente sobre ruedas. Theo había establecido patrullas de reconocimiento junto a alguna incursión ocasional para calibrar la fuerza y el nivel de organización del Sabbat. La zona entre el distrito de Columbia y Baltimore seguía siendo prácticamente tierra de nadie, pero si el Sabbat estaba preparándose para avanzar hacia el norte en gran número, Theo lo sabría.

Mientras el surtidor zumbaba con los dólares y los litros, Lydia se dio la vuelta y se encontró mirando fijamente al tipo del otro lado de la isleta que estaba repostando un viejo y desvencijado Buick. Tardó varios segundos en advertir lo que había llamado su atención: su tez antinaturalmente pálida, su piel demacrada y su perfil casi esquelético.

¿Vampiro? se preguntó. No podía saberlo, pero sabía que *si era* vástago, no era de uno de los suyos.

Justo en ese momento, él se volvió y miró a Lydia. Durante un largo instante, ambos se quedaron quietos, separados menos de cinco metros, mirándose fijamente mientras la misma comprensión era

asimilada a ambos lados del surtidor. Entonces él siseó.

Él metió la mano bajo la camisa, pero Lydia ya estaba en el aire. Su bota de punta de acero le alcanzó en la cara, y ambos cayeron con fuerza sobre el cemento. Lydia se apartó rodando y se cubrió tras otro coche. Pensó haber visto a otras personas en el Buick, que podrían aparecer disparando.

–¡Christof! ¡Frankie! –gritó. Pudo oír puertas de coche abriéndose.

–Abre el maletero, Bubby –dijo alguien que sonaba como si estuviese sujetándose la mandíbula rota.

A tomar por culo, decidió Lydia. Cogió el .38 de su bolsillo y se puso en pie de un salto disparando. La luna trasera del Buick estalló. Un segundo después, el estruendoso .44 de cañón largo de Christof se unió a la lucha. Frankie y Baldur estaban a su lado. Ambos tenían 9mm, bien aprovechadas. El Buick se sacudió con los impactos de las balas. Los cristales saltaron por todas partes. Los clientes chillaban, corrían y se ponían a cubierto.

Pero alguien dentro del Buick había alcanzado la palanca del maletero. Se abrió de golpe... y el *ser* se desplegó desde su interior.

Su cabeza y su torso eran vagamente humanos, pero a medida que salía del coche, su mitad inferior parecía la de una araña de cinco patas. Patas largas y articuladas se estiraron hasta alcanzar más de dos metros y medio de altura. Corrió hacia Lydia.

Ella disparó sus dos últimas balas en el pecho del *ser*. Ni siquiera lo frenó. Lydia buscó más balas en su bolsillo, pero las vainas de metal se resbalaron a través de sus repentinamente torpes dedos. No podía apartar sus ojos de la monstruosidad que cargaba contra ella, no hasta que una de sus patas la alcanzó en el pecho. De repente estaba volando. Chocó de cara contra el pavimento, sintió cómo se aplastaba su nariz, y se rasguñaba la piel. Saboreó su sangre. Sus manos estaban vacías; la .38 había desaparecido.

Lydia alzó la vista hacia el *ser* arácnido encima de ella –¿cómo podía moverse tan rápido? – pero estaba demasiado aturdida para quitarse de en medio.

El destello de acero la cegó... eso y la rociada de sangre en su rostro. La araña tembló y bramó de dolor. Otro destello. Más sangre.

Lydia se apartó rodando del monstruo. Christof estaba allí. En lugar de su .44, estaba blandiendo su espada... la espada de la que ella se había burlado por llevarla bajo su guardapolvo.

Entonces Lydia se puso a restregarse la cara con las manos y a lamer la sangre de ellas. Debía ayudar a Christof, pero parecía tenerlo todo bajo control. Y no podía evitarlo. Había demasiada sangre. Estaba bañada en ella.

La bala que le desgarró la pierna llamó su atención. Christof tal vez hubiese despachado al ser arácnido, pero aún quedaba el asunto insignificante de los vampiros del Sabbat. De hecho, el ruido del combate aparentemente había llamado la atención de otros coches llenos de esos cabrones que estaban al otro lado de la gasolinera.

Alguien cercano encendió un motor. Un coche –su coche– iba a por Lydia. Viró bruscamente y chirrió hasta detenerse a su lado.

–¡Vamos! –Frankie estaba al volante. Apenas esperó a que Lydia y Christof saltaran al interior antes de salir a toda velocidad.

–¡Coge el teléfono! –gritó Lydia–. ¡Llama a Theo!

LUNES, 12 DE JULIO DE 1999, 23:43 H.

LA CATEDRAL SUMERGIDA, PANTANOS CRANBERRY, MASSACHUSETTS

Desde el momento en que cayó en manos de los Nosferatu, Benito Giovanni había contado con que le torturarían.

Se había resignado a ello, se había preparado para ello. Casi estaba esperándolo con ansia. No por alguna extraña excitación, sino más bien del modo que se espera el apretón de manos que sella un peliagudo trato. Anhelaba la serenidad del cierre de la operación; en este caso, el fin a los años de discreción y ansiedad.

Lo habían secuestrado en su ático-oficina, su santuario privado, la cumbre de su poder mundano.

Su influencia –la influencia de la familia Giovanni– hacía sombra a la ciudad de Boston. Era su ciudad. Los Giovanni la habían conservado contra los progresos tanto de la Camarilla como del Sabbat. El alcalde, el jefe de policía, los capitanes de la industria, el arzobispo, las viejas familias adineradas... Benito podía convocar en su ayuda a todos aquellos poderes en cuanto pulsara la marcación automática de su teléfono. Se había entronizado en el mismísimo centro de la intrincada telaraña de contactos y manipulaciones que componían la sutil estructura de su dominio.

Y los Nosferatu habían llegado de repente y lo habían secuestrado.

Lo torturarían, eso estaba claro. Y él, a cambio, les contaría todo lo que sabía acerca de todo este desagradable asunto.

Por desgracia, admitía Benito, la suma de todo lo que sabía sobre este asunto no era demasiado. Muy poco, se temía, para satisfacer a un Inquisidor decidido.

Por supuesto, había realizado el encargo. Pero él sólo era el tratante, el casamentero. No era un gran secreto en los círculos de la Estirpe que Benito Giovanni contaba con muchos contactos en el mundo del arte. Tenía fama por hacer aparecer obras maestras que se creían desaparecidas víctimas de la depredación del tiempo y las agitaciones políticas. Esta fama se debía, sobre todo, a la cruzada de Benito en los años posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial para liberar con discreción muchas obras de arte inapreciables que habían sido saqueadas por el Reich. Un torrente continuo de estos tesoros se abrió camino hasta Boston y desde allí a las manos de una clientela muy selecta de museos y coleccionistas privados.

Entre el clan Toreador, con su devoción casi religiosa hacia las artes, se veía a Benito de manera romántica como una especie de cruce entre un santo y un contrabandista de alcohol. Si se supiese la verdad, Benito encontraría este homenaje bastante embarazoso. Hizo todo lo posible por granjearse y conservar la buena voluntad de los Toreador. Aunque individualmente *les Artistes* podían ser volubles y caprichosos, su conocimiento y sus contactos eran una ventaja competitiva sin igual en su ámbito de trabajo.

Uno de los muchos beneficios de esta asociación *de facto* con

los Toreador era el flujo interminable de invitaciones a las grandes fiestas, bailes y galas con las cuales *les Artistes* marcaban el inacabable avance de las estaciones. Estas válvulas de escape decadentes para su tedio proporcionaban a Benito oportunidades únicas para ponerse en contacto con los auténticos ostentadores del poder: los príncipes y primogénitos de las ciudades más importantes a ambas orillas del Atlántico.

Benito se permitió blasfemar entre dientes cuando trató de mirar la hora. Se lo habían confiscado, por supuesto, en el momento de su secuestro. Quizá fuera la milésima vez que se había sorprendido en mitad de este pequeño ritual. Había estado pensando en las citas perdidas, en la fiesta del Solsticio de Verano que Victoria había celebrado en Atlanta. Ya había pasado mucho tiempo.

Oportunidades perdidas.

Victoria era prometedora, alguien a quien vigilar en las noches venideras. Se acababa de mudar a Atlanta en una osada maniobra por hacerse con un puesto recientemente vacante en la primogenitura de la ciudad. La reunión del Solsticio era una especie de presentación en sociedad para ella; la primera andanada en su puja por el poder.

No obstante, por valiosa que fuera Victoria como contacto, no era la única atracción de la fiesta del Solsticio. Ella le había llevado a creer que no sólo estaría presente el loco príncipe Benison de Atlanta (lo que sería de esperar), sino que también haría una aparición especial Julius, el arconte Brujah. Esta combinación volátil amenazaba con explotar espectacularmente, haciendo llover fragmentos de poder, prestigio e influencia sobre aquellos lo bastante osados para agarrarlos. Benito lamentaba profundamente no haber estado cerca durante los fuegos artificiales, pero la llamada telefónica y aquella voz –aquella maldita voz que había esperado no volver a escuchar de nuevo– habían hecho necesario que Benito no acudiera.

Menuda ironía que fuera asaltado de nuevo por esa voz y que después hubiera sido víctima de estos captores. Irónico, pero sin duda no fortuito.

Sus captores, los Nosferatu, tenían fama de extraer secretos. Benito no se hacía ilusiones respecto a hacerse el héroe, o a escupir a la cara del Inquisidor. Todos aprenderían, por supuesto, a su debido

tiempo.

Y aun así, ellos exigirían saber más. Para ellos el conocimiento era una compulsión, una adicción. Cada vez lo presionarían más, hundiendo sus afiladas preguntas con fuego y estacas. Lloriquearía vergonzosamente todo lo que sabía. Después continuaría con más detalles generados por pura fantasía y desesperación.

Y seguirían fisgoneando aún más.

Benito tenía una esperanza, una muy débil. Les daría todo lo que pidieran. Lo racionaría a lo largo de un periodo de tiempo gratificadamente largo, lo suficiente para que se convencieran de la veracidad de sus confesiones... o al menos de la veracidad de sus instrumentos de extraer confesiones. Se arrojaría a su merced y suplicaría a los parias deformes, horrendos y grotescos que tuvieran piedad de su pobre cuerpo maltrecho y que le permitieran vivir.

No parecía una esperanza muy probable, pero era todo lo que tenía.

Para mantener esta esperanza fugaz y efímera, Benito primero tenía que convencerse de que, por encima de todo, los Nosferatu eran verdaderos devotos del conocimiento. Si podía llegar a creerse que su principal preocupación –de hecho, su única preocupación– en este asunto era saber la verdad, entonces no todo se había perdido. En cuanto hubiesen descubierto el papel que Benito había jugado en este asunto –y que estaba libre de culpa de la sangre derramada– lo liberarían.

La única duda molesta que amenazaba con desplomar esta rebuscada estructura era que él no estaba del todo convencido de que los Nosferatu se postraran ante el altar del Conocimiento sólo de boquilla. En el fondo, albergaba una tenaz sospecha de que su ídolo era, por el contrario, el dios atrofiado de los Secretos.

Los secretos, una forma muy especializada de conocimiento cuyo poder disminuye con el número de personas que los poseen.

En cuanto Benito compartiera su conocimiento de estos sucesos con el Inquisidor, el auténtico poder de la revelación se diluiría, reducido a la mitad. La única manera de devolver toda su fuerza al secreto sería eliminar a uno de sus guardianes. No era difícil calcular la probabilidad exacta de que Benito sobreviviera a un encuentro con

el culto de los secretos.

Benito estaba preparado para los hierros candentes y los cuchillos retorcidos y las estacas con púas. Pero no estaba listo para el avance enloquecedoramente regular de las horas canónicas.

La campana tañía el oficio. Maitines, imaginó, aunque era difícil saberlo con certeza. Las pisadas amortiguadas de incontables idas y venidas nunca parecían frenar, y mucho menos cesar. Pero sin duda incluso los Nosferatu, que llevaban desde hacía incontables generaciones una existencia subterránea, aún debían estar sujetos a la progresión primitiva del día y la noche.

Las campanas sólo eran el principal protagonista del complejo tapiz de sonidos que llenaban su cautiverio. A veces escuchaba susurros desde más allá de su celda ascética. En otras ocasiones, cánticos. En otras, el estridente chirrido de la pluma sobre pergamino.

Pero en ningún momento escuchó el sonido que más esperaba: el giro de una llave en la cerradura. La señal inconfundible de que estaba, por fin, ante su Inquisidor.

Habían pasado noches, semanas enteras, si debía creerse el tañido de las campanas. Hasta ese momento no había logrado vislumbrar a sus prudentes captores. Benito, sospechoso por naturaleza, aún no estaba dispuesto a descartar la posibilidad de que el tañido de las horas fuese una forma sutil de tortura; una método para que sus captores jugasen con sus percepciones, confundieran su sentido del tiempo, para alimentar su desesperación. El mensaje acumulativo de las campanas era lo suficientemente claro. Si ya habían pasado varias semanas desde su secuestro, Benito podía tener pocas esperanzas de recibir ayuda externa, de un rescate por parte de su familia o sus muchos agentes. Con cada repique de las campanas, se hacía más evidente que Benito estaba completamente solo, aislado de sus recursos y totalmente a merced de sus captores.

Las campanas de iglesia tenían un efecto añadido que sin duda no desconocerían sus secuestradores. El clamor sagrado solía evitar cualquier posible intervención por parte de aliados del Más Allá. Benito había intentado varias veces llegar a través de las sendas espirituales para hacer contacto, para enviar un mensaje, para pedir ayuda. Pero en vano.

Los habitantes del reino espiritual esquivaban este suelo sagrado... aunque estuviese derruido y en desuso desde hacía muchas generaciones.

Con cada noche que pasaba, la ansiedad, la desesperación y el hambre crecían. Benito contó el periodo de su cautiverio en citas canceladas y oportunidades perdidas.

Y mientras tanto, la Bestia se volvía más audaz, royendo la razón y poniendo a prueba su atadura.

LUNES, 12 DE JULIO DE 1999, 23:49 H.

VESTÍBULO PRINCIPAL, LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE, MARYLAND

—¿Manda usted algo más, señora?

Victoria alzó la copa de buen vino tinto y humedeció sus labios, después se dignó a responder al joven uniformado.

—No en este momento, gracias.

Él hizo una reverencia y se retiró, tan contento como si le hubiese dado una propina de cien dólares. Victoria, acomodada en el sillón acolchado del vestíbulo del Lord Baltimore, estaba rodeada de admiradores, por así decirlo, pues varios de los empleados del hotel atendían todas sus necesidades.

¿Qué sentido tiene contar con los mortales, se preguntó, si no están haciendo las labores domésticas que les hacen sentirse tan útiles? Eva una situación que dejaba contentos a todos, sobre todo a Victoria. Ella estaba en su elemento con otros adulándola, y era una diversión lo bastante agradable e inocente comparada con la manera que había estado pasando la mayor parte del tiempo las noches pasadas... recabando información, ninguna terriblemente útil.

El flujo de refugiados en la ciudad se había convertido en un goteo, dos semanas y media después de que el Sabbat hubiese

irrupido en Washington, tres semanas después de su gala social saboteada en Atlanta. Y *debía* haber sido saboteada. De eso estaba segura. Y al menos otras dos ideas eran certezas en su mente: la primera, que descubriría al responsable de su traición; la segunda, que pagaría por ello.

Los principales sospechosos parecían ser Rolph, la rata de cloaca Nosferatu que ella había invitado por pura bondad, y Erich Vogel, el anticuario Setita con quien Victoria había estado jugando. Parecía que ambos habían desaparecido poco antes del ataque del Sabbat, y ninguno se había despedido de la anfitriona. La desaparición de Rolph no era necesariamente siniestra. Los Nosferatu siempre estaban merodeando los márgenes de la sociedad respetable de la Estirpe y, la verdad sea dicha, Victoria podría haberle echado en falta aunque siguiese allí. El caso de Vogel era más desconcertante, porque fue una llamada de su señor la que había alertado a Victoria de la ausencia de su invitado... si es que Heshu había estado al otro lado del hilo en aquella conversación, y si la llamada en sí misma no había sido un ardid para sugerir que la salida de Vogel era espontánea. Posible. Una trama dentro de otra trama. Pero los Setitas que habían rescatado involuntariamente a Victoria de Atlanta habían estado buscando a Vogel. Eso parecía inferir que él también estaba en dificultades. *A menos* que el rescate, como la llamada telefónica, hubiese sido orquestado para transmitir a Victoria esa impresión. ¿Podía ser Heshu tan astuto? ¿O podía Vogel haber desertado –si eso era posible para un Setita– dando esquinazo tanto a Victoria como a su antiguo patrón?

Sus investigaciones en estos asuntos... no la habían conducido a ningún sitio. Principalmente porque, hasta ese momento, no había encontrado a ningún otro superviviente de Atlanta. A nadie. De Gainesmil, fuente eterna de información, había sabido que Heshu residía en Baltimore, algo que el príncipe Garlotte no había resuelto del todo. Pero mientras el Setita no llamara la atención, el coste de una caza de serpientes a gran escala parecía prohibitivo.

También estaba Benito Giovanni, quien a última hora había cancelado su viaje a Atlanta para la fiesta. ¿Podía haberse enterado de algo acerca del ataque del Sabbat? Victoria nunca descartaría la

posibilidad de un miembro del traicionero clan Giovanni coludiendo con el Sabbat, pero era casi imposible encontrar algo acerca de ese unido clan. Ella había escuchado rumores –de nuevo a través de Gainesmil– de que Benito había desaparecido a la misma hora de la fiesta. Con los Giovanni, no obstante, ¿quién sabía lo que eso quería decir en realidad?

Por otro lado, Victoria se había entretenido reuniéndose con varios de los refugiados. En general, se mostraban conmovedoramente agradecidos, pero Victoria estuvo segura de que si tenía que simpatizar con alguien más en los próximos, digamos, diez años, vomitaría. Las masas le proporcionarían algo de apoyo en la próxima conferencia, dentro de cuatro noches, pero los principales protagonistas, los individuos que decidirían el curso de los acontecimientos, estaban más allá de su control.

En cuanto el flujo de refugiados había comenzado a disminuir, el príncipe Garlotte la había visitado con más frecuencia. Victoria alzó una mano hasta su cuello, y pasó los dedos a lo largo de la cadena hasta el medallón que nunca apartaba de ella. El príncipe parecía disfrutar viéndola llevar la joya. Victoria, a su manera, se consolaba con que el suave metal descansase cerca de su corazón. No obstante, a pesar del evidente afecto que sentía Garlotte por ella, el príncipe seguía siendo cauto. Victoria no esperaba que le entregase su ciudad –tampoco pondría ninguna pega si él lo hiciese– pero esperaba más apoyo directo en las reuniones públicas. Si ese apoyo no se materializaba, y pronto, tal vez se viera obligada a tomar medidas más severas. Por ahora, a pesar de todo, él buscaba su compañía; se consideraba lo bastante fuerte para resistirse a ella si así lo quería, y quizá lo fuera. Por ahora.

Gainesmil, por otro lado, era un plato que Victoria podía derribar de un disparo en cuando le apeteciese. Le dejaba suficiente libertad para que pensase que era independiente, y contemplaba divertida su noble pugna de conciencia entre la lealtad hacia su príncipe y hacia su compañera de clan. Victoria sabía que en su dilema moral no era tanto una cuestión de conciencia, sino de su personalidad veleta. Gainesmil estaría allá donde soplara el viento.

Los Malkavian, como siempre, eran irrelevantes. Aparte del

príncipe Benison de Atlanta, nunca conoció a un miembro de ese clan que valiera un dedo de vitae.

No había tenido oportunidad de hablar con Theo Bell y sospechaba que no aceptaría una invitación a una conversación privada, incluso si surgiera la ocasión... algo que no era probable que sucediera. Aquel matón había estado ocupado con su chusma patrullando las franjas de terreno entre Washington y Baltimore, e incluso había llegado a liderar incursiones menores en la capital hostil. *Bien por él*, pensó Victoria. Esa era la clase de actividad que la mantendría a salvo. Además, parecía ser de una extraña clase de Brujah... de aquellos que conocían su lugar.

Marcus Vitel, príncipe de aquella otra ciudad, *antiguo* príncipe –Victoria no tenía muchas esperanzas en recuperar la ciudad al Sabbat, a pesar del celo demostrado por los Brujah – parecía estar de luto, y Victoria no sabía si por su ciudad o por sus chiquillos. Se rumoreaba (y Gainesmil lo confirmaba) que Vitel era responsable, al menos en parte, de la ley marcial que se había impuesto en Washington y que había dificultado la consolidación del control de la ciudad por parte del Sabbat.

Vitel se había alojado en una casa privada, y aunque no había rechazado las visitas de Victoria durante las pasadas dos semanas, tampoco había sido excesivamente locuaz. Aun así, ella había comenzado el proceso de hacerle expresar sus sentimientos, de determinar qué era lo que abriría sus anhelos internos a ella. Quizá le engancharía demostrando compasión hacia sus pobres chiquillos.

Dios bendito, pensó Victoria. *Más simpatía*.

En cuanto a los propósitos prácticos, sólo quedaba Maria Chin, la representante de los Tremere. Victoria pensaba que el conocimiento de que los Tremere de Washington, la propia capilla de Chin, habían observado perezosamente cómo la ciudad había caído en manos del Sabbat podría ser de utilidad. Quizá se pudiera hacer un trato. Victoria podía defender las acciones de los Tremere a cambio del apoyo del clan en la conferencia. Estaba, por supuesto, el factor que complicaba las cosas de que los Tremere tomaran, como Gainesmil y Vitel posteriormente habían sugerido, la postura que estaban más preocupados con los intereses a largo plazo de la Camarilla

–manteniendo la presencia de la secta en el distrito de Columbia– que en sostener a un príncipe Ventrue a corto plazo. Los Tremere tal vez no necesitaran la defensa de Victoria. Pero sin duda, o eso esperaba ella, verían el beneficio de tener amigos en la conferencia, y no había nada malo en intentar establecer la base para un apoyo mutuo en el futuro.

Por eso Victoria había bajado al vestíbulo del Lord Baltimore Inn. Chin había accedido a charlar con ella. Victoria echó una ojeada a su reloj de diamantes y no se sorprendió en absoluto al ver a Chin entrar por las puertas del vestíbulo a medianoche en punto, exactamente a tiempo. Victoria se levantó para recibir a su invitada, e ignoró por completo a los empleados mortales del hotel que se escabulleron en todas direcciones, temerosos de haber ofendido de algún modo a la elegante huésped y de ser personalmente los culpables de su marcha.

–Maria –dijo Victoria, adoptando un tono amistoso y familiar.

La expresión de la Tremere permaneció inmutable, neutral.

–Srta. Ash. –Vestía una larga capa gris azulada con la capucha hacia atrás. Victoria pensó que era ligeramente anacrónica, pero eso no era pecado ni algo extraordinario entre vástagos.

Victoria cogió a su invitada del brazo y la llevó hacia el ascensor.

–Me encargo de servirla personalmente –torpemente, lo sé–, pero me temo que ninguno de mis sirvientes viajó hacia el norte conmigo, y no he tenido tiempo de entrevistar a nadie... –Victoria prosiguió con el parloteo, una charla lo bastante inocua para cualquier mortal que estuviese al alcance del oído. Chin no contribuyó a la conversación ni intentó responder las preguntas retóricas de Victoria.

Rebosa personalidad, pensó irónicamente Victoria, pero ¿no sucedía lo mismo con todos los Tremere? Mientras giraba su llave para llevarlas de camino a la séptima planta, la Toreador se sintió tentada de seducir a Maria en ese momento, para ver algún tipo de reacción por parte de la mujer. *Podría hacerlo antes de llegar a la quinta planta*, pensó Victoria, pero decidió no hacerlo. No tenía mucho sentido poner en peligro futuros beneficios a cambio de un placer insignificante en este momento.

Lo que en realidad sucedió antes de llegar a la quinta planta fue muy diferente. Victoria estaba charloteando, compensando el silencio

de su compañera. Ninguna de las ocupantes del ascensor vieron u oyeron la trampilla abierta en el techo, o el garrote especialmente elaborado que bajó a través de la abertura. Victoria no se dio cuenta de que algo iba mal hasta que los pies de Maria Chin colgaban medio metro por encima del suelo, e incluso entonces tardó un instante en asimilar la imagen de los ojos saltones y los brazos debatiéndose de la Tremere.

Victoria vio las manos, los guantes negros, tirando enérgicamente del cable detrás del cuello de Maria. Inmediatamente, los instintos de Victoria para afrontar el peligro pudieron con ella: gritó con todas sus fuerzas.

Le pareció que su grito proporcionó el ímpetu para que el cable cortara por debajo del mentón de Chin. Victoria retrocedió contra la esquina, su boca aún abierta de par en par, mientras el garrote separaba completamente el cráneo de la columna vertebral, y ambas porciones de Maria Chin caían con un ruido sordo al suelo.

SEGUNDA PARTE :

«DOMINIO»

12

SÁBADO, 17 DE JULIO DE 1999, 00:37 H

AUDITORIO MCHENRY, LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE, MARYLAND

La seguridad era férrea. No resultaba sorprendente teniendo en cuenta los acontecimientos de sólo unas noches atrás. Jan se deslizó al interior de la manera más discreta posible a través de la puerta cerca de la cabeza del auditorio y ocupó un asiento vacante en la primera fila. De camino, saludó con un gesto cortés al príncipe

Garlotte, que se encontraba cerca del centro de la platea. En ese momento, sin embargo, Victoria Ash parecía tener la palabra y estaba hablando a la receptiva audiencia.

Jan sabía que Victoria estaría presente, aunque la primera vista de ella desencadenó una ligera fibrilación en su pecho. La había conocido años atrás en una reunión social en París, después la había visto en circunstancias similares en Londres y Nueva York. La última vez había sido hace tres años; ella había asistido a una de sus galas corporativas en Amsterdam. Cada uno de los encuentros había sido breve, cortés, consistente sobre todo en galanterías superficiales, aunque cada vez él se había marchado sintiendo que el intercambio había estado... cargado, que cada palabra rebosaba de significado y pasión revelados únicamente en pequeñas porciones inocuas y *enloquecedoras*. No había una sola frase o mirada en la que pudiese prender esta sensación, pero la impresión persistía, y se renovaba con más fuerza con cada encuentro.

Esta noche no era una excepción. Victoria vestía un traje de color hueso con cuentas. El alto cuello era conservador, pero el traje se ceñía a su cuerpo y favorecía su figura. Sus largos guantes y el medallón de oro que colgaba de su cuello otorgaban un aire de majestuosidad, mientras que las líneas escotadas de la espalda del vestido incitaban de modo sensual. La reacción inicial de Jan fue querer sacarla de aquella cámara abarrotada y sentarse con ella en privado, pasar horas sin hacer otra cosa que escuchar la música de su voz y contemplar su belleza.

Jan cerró fuertemente sus ojos y se apretó el puente de su nariz, un gesto nacido sólo en parte de la fatiga. Pugnó por aclararse la mente. De su breve conversación previa con el príncipe Garlotte, y de lo que se había enterado de otras fuentes, Victoria probablemente fuera, en todo caso, un impedimento para la tarea a llevar a cabo. Jan no podía permitirse dejar que los sentimientos dulces se interpusieran. A pesar de todo, sabía bien que su atracción hacia ella era el resultado de algo más que la encantadora personalidad y el atractivo aspecto de ella. Actuaban poderes más sutiles, y ser cautivado por alguien como ella no sería inteligente. Ese conocimiento, no obstante, hacía poco por disminuir el encanto de la posibilidad.

–Baltimore debe convertirse en el bastión de la resistencia de la Camarilla –estaba diciendo Victoria. De la asamblea surgieron murmullos de acuerdo–. Esta ciudad se convertirá en el baluarte contra el cual los demonios del Sabbat no pueden esperar imponerse, y después cambiaremos el curso de la marea. ¿Cómo si no recuperaremos Charleston, Abigail? ¿O Richmond, Peter? –Los individuos mencionados, y otros, asintieron solemnemente y expresaron su apoyo.

Jan inspeccionó con indiferencia la cámara. Theo Bell parecía encontrarse entre los escépticos. Estaba sentado, con los brazos cruzados, callado como una esfinge. A juzgar por su aspecto –no siempre exacto, como sabía Jan– parecía haber algunos otros Brujah sentados alrededor del serio arconte, aunque no tantos ni tan bulliciosos como los presentes en la primera reunión de la conferencia. Jan sospechaba que su número y su entusiasmo se habían diluido de algún modo por la vigorosa resistencia que Bell había estado coordinando en la periferia de Washington.

Estaba Robert Gainesmil, el consejero Toreador del príncipe Garlotte, y no muy lejos de él otra figura de porte sin duda noble. Jan nunca había visto en persona a Marcus Vitel, pero conocía al príncipe de Washington, D.C., lo suficiente para reconocerlo de vista. El príncipe exiliado no parecía interesado en absoluto en los tópicos de Victoria. Observaba a través de los ojos de la derrota. Mientras Victoria había sido expulsada de una ciudad, Vitel había sido expulsado de *su* ciudad. Estaba mucho más familiarizado con los riesgos que afrontaban.

Otro rostro escéptico entre la multitud maleable era el de la representante Tremere, Aisling Sturbridge, regente de la capilla de Nueva York. Era una mujer de complexión ligera que parecía rondar los treinta y cinco años según el cálculo mortal... aunque eso significase poco entre los vástagos. Una larga y morena coleta colgaba sobre el hombro de su estirado traje de chaqueta, y en sus rodillas descansaba un ordenador portátil abierto. Jan conocía todos los detalles truculentos acerca del anterior representante Tremere en la conferencia –el asesinato que Victoria había presenciado, una espectadora inocente, si se daba crédito a su relato. El asesino, por

supuesto, había huido... sin dejar huella alguna, lo que había llevado a algunos vástagos a especular acerca de la lealtad de cierto Nosferatu, mientras otros hablaban en voz baja de una posibilidad más amenazadora. *El clan Assamita*.

A medida que la mirada de Jan volvía a Victoria, tuvo cuidado en tirar de las riendas de sus pensamientos. Debía ocuparse de los negocios. Hardestadt no toleraría fallo alguno.

Sin la competencia escandalosamente perturbadora de los Brujah, Victoria parecía estar encontrándose con poca resistencia en su discurso a la asamblea. Los refugiados seguían asintiendo y repetían sus declaraciones acerca de la necesidad de un esfuerzo concertado. Mientras Jan miraba, ella hizo una pausa natural y sus verdes y vibrantes ojos se volvieron para mirarlo directamente. Parpadeó, lentamente, una vez, y Jan sintió un cosquilleo en su mejilla, como si sus oscuras pestañas lo acariciasen a través de los pocos metros que les separaban.

El príncipe Garlotte dio un paso adelante y atrajo la atención de la asamblea.

–Compañeros vástagos, permitidme aprovechar esta oportunidad para presentar a un estimado invitado a quien nos honra tener con nosotros esta noche: el Sr. Jan Pieterzoon de Amsterdam.

Jan volvió a saludar con un gesto al príncipe y se puso en pie, mientras todos los ojos del auditorio se volvían hacia él.

–Damas, caballeros. –Hizo una reverencia ante la asamblea.

El príncipe, cuya respuesta a Jan en su breve conversación había sido desigual, se quedó callado y, por tanto, la primera pregunta parecía que correspondía de manera natural a Victoria.

–Sr. Pieterzoon –su sonrisa le empapó como un baño caliente–, bienvenido a Baltimore, a los Estados Unidos. –Sus ojos eran eléctricos, pero Jan se mantuvo firme y no apartó la mirada–. ¿Qué noticias trae usted de nuestros amigos europeos?

Jan mantuvo su mirada momentáneamente, dejó que ella viera que se mantendría en su sitio, después cambió de posición para que al ponerse frente a ella y el príncipe no diese la espalda al resto de la asamblea. Sonrió levemente y miró a los asientos. Estos eran segundos delicados, y Jan no quería precipitarse. Escogió sus

palabras con cuidado.

–Agradezco al príncipe Garlotte, y al resto de ustedes, su hospitalidad. Han pasado varios años desde la última vez que visité estas costas. Ojalá nos encontráramos en circunstancias más calmadas.

Un silencio expectante rápidamente sofocó la mínima agitación ansiosa en el auditorio.

–Me alegro de oírles hablar de una acción concertada para rechazar al Sabbat, pues ésta es la estrategia que aquí defenderé –dijo–. Estos ataques lanzados por el Sabbat, comenzando por Atlanta hace más de tres semanas, son diferentes a cualquier otro que hayamos presenciado previamente. Son una amenaza mayor a la que jamás nos hayamos enfrentado. –Hizo una pausa para dejar que sus palabras fueran asimiladas. Jan no les estaba diciendo algo que no supiesen, ni tampoco trataba de consolarlos. Estaba expresando sus miedos considerables y legítimos, sin recurrir a la solicitud de apoyo popular que había escuchado de labios de Victoria.

»He sido enviado por los antiguos de la Camarilla para apoyar este esfuerzo, para prestar ayuda en la coordinación de la defensa –dijo Jan.

Un murmullo se extendió por toda la audiencia. La palpable ansiedad parecía aflojarse un poco, como Jan había pretendido.

–¿Así que trae con usted tropas para combatir contra el Sabbat? –preguntó Victoria.

–No –respondió Jan rápidamente. Una equivocación en esta coyuntura crítica sería fatal, sólo podía verse como un síntoma de debilidad–. Los antiguos, mi sire Hardestadt el más antiguo entre ellos, creen que hay recursos suficientes para afrontar la amenaza.

Silencio absoluto. Jan había hablado con audacia. Creía cierto la mayoría de lo que había dicho, aunque exageró la implicación de que la decisión había surgido de un proceso organizado y deliberativo de los antiguos. Lo cierto es que no tenía ni idea de cómo se había tomado la decisión, o de quién había estado implicado exactamente. Sólo conocía los escasos detalles que Hardestadt le había revelado. Ahora, Jan esperaba la inevitable reacción violenta.

Victoria fue la primera de los vástagos norteamericanos en

encontrar su voz.

–¿No? ¿Simplemente... *no*? ¿No trae con usted ningún ejército?

–Exacto –dijo Jan sin dudar–. Traigo mi experiencia personal y el apoyo de...

–¡Traición! –gritó alguien. Otros reanudaron el griterío.

El elemento Brujah, sometido hasta este momento, se puso en pie como un solo hombre... salvo Bell, cuya expresión y talante permanecían iguales. Llenaron el aire con insultos y amenazas dirigidas a Jan y a sus señores del Viejo Mundo. En un instante, se habían convertido en ardientes partidarios de Victoria, como Jan sabía que harían.

Los demás refugiados también reaccionaron con vehemencia ante las noticias. Por la cámara se encendieron conversaciones acaloradas y desesperadas. Un vástago –un Malkavian, esperaba Jan–, se arrancó parte del cabello y se puso a llorar. La mayoría del resto reaccionaron de modo menos extremo, pero ninguno favorablemente.

El príncipe Garlotte se aproximó a Jan. Había dado esta misma noticia al príncipe anteriormente, con lo que Garlotte, aunque no estaba contento, tampoco estaba sorprendido. Ni le había sorprendido la recepción dispensada a Jan. La preocupación de Garlotte ahora era la seguridad de su huésped.

–Creo que será mejor que venga conmigo –dijo el príncipe, indicando la puerta cercana por la que Jan había entrado no hacía mucho.

Jan alzó una mano que contuvo a su compañero de clan, el príncipe.

–Me quedo.

Garlotte observó a la cada vez más amenazadora multitud, e hizo una respetuosa señal de asentimiento a Jan. Los Brujah habían recurrido a arrancar asientos de nuevo, uno de los cuales llegó volando no muy lejos de Jan y del príncipe. Garlotte hizo una seña a Gainesmil, después se acercó a la muchedumbre con sus manos alzadas ante él. Gainesmil comenzó a circular alrededor de la multitud y a hablar con calma a aquellos que conocía personalmente. Poco a poco, y, aparentemente por voluntad propia, el barullo disminuyó.

Enseguida se restauró una calma relativa.

La incredulidad que ardía sin llama en los ojos de Victoria era representativa de aquellos que la rodeaban.

–Con el debido respeto, Sr. Pieterzoon –dijo con puñales apenas ocultos en su voz–, ¿de qué nos sirve usted? ¿Cómo puede un único... *embajador* rechazar al Sabbat?

Jan adoptó una expresión pensativa. Se agarró las manos tras su espalda y se alejó de la puerta. Pasó al lado de Garlotte, de Victoria, y se abrió camino hasta el centro del auditorio. Ignoró a los vástagos reunidos, quizá cincuenta, la turba que un instante antes había amenazado con despedazarlo, clavarle una estaca, dejarlo al sol, o algo peor. Los ignoró, pero sintió a cada uno de ellos observando su movimiento pausado. *Que miren*, pensó.

–Nadie va a rechazar al Sabbat en solitario, Srta. Ash –dijo Jan–. Ni yo, ni usted, ni el príncipe, ni siquiera el competente arconte Bell. –Hizo un gesto hacia Theo–. Pero tal vez yo sea útil en la planificación de la defensa. *Nuestra* defensa. La Camarilla es un solo cuerpo, y si el Sabbat triunfara en Estados Unidos –hizo una pausa para lo que habría sido una larga respiración–, sería cuestión de tiempo que triunfaran en Europa. Los antiguos son conscientes del hecho, de la necesidad de detener al Sabbat aquí y ahora. ¿Puedo preguntarle cuál es el propósito de esta conferencia, que creo que usted ha iniciado, Srta. Ash? –dijo rápidamente antes de que Victoria pudiese intercalar comentario alguno.

Victoria se quedó asombrada ante esta pregunta, pero sólo momentáneamente; después sonrió y contestó con su aire refinado.

–Considero que esta conferencia es la entidad mejor capacitada para coordinar la defensa del territorio restante de la Camarilla, y para reclamar lo que se ha perdido.

–¿Y cómo debería funcionar? –preguntó.

–¿Qué quiere decir...? –Las cejas de Victoria se enarcaron.

–Me refiero –dijo Jan, comenzando a adoptar un tono académico– a qué papel específico debería desempeñar esta conferencia. En cada ciudad de la Camarilla hay príncipes y consejeros. –Hizo un gesto hacia Garlotte–. ¿Acaso no coordinan sus defensas?

–Por supuesto, cada príncipe defiende con habilidad su propia ciudad –dijo Victoria–, pero las ciudades aisladas no pueden resistir contra la furia del Sabbat, contra este ejército de bestias que marcha contra nosotros.

–De nuevo pregunto, ¿cómo debe funcionar este organismo? Específicamente, ¿cómo, con respecto a los príncipes? ¿Se deben someter a las decisiones de su conferencia?

–No es mi conferencia –respondió bruscamente Victoria, sin que de algún modo pareciera que perdía el control–. Y las decisiones deberían fluir desde este organismo.

–¿Deben someterse los príncipes a las decisiones de esta conferencia?

–Sí –dijo Victoria–. Deben someterse a las decisiones de esta conferencia... por el bien de la mayoría. –Ondeó su mano por el aire, señalando a los miembros de la asamblea, y de nuevo surgieron murmullos de apoyo de entre sus filas.

El príncipe Garlotte imitó involuntariamente el porte de Theo cruzando sus brazos.

–Los príncipes ya responden ante una autoridad superior –dijo Jan–. Se llama la Camarilla. –Los murmullos se extinguieron–. Y el organismo decisorio de la Camarilla recibe el nombre de cónclave, cuyo nivel superior es el Círculo Interior. –Jan aún hablaba a Victoria, pero sus palabras estaban dirigidas a una audiencia más amplia–. ¿Es usted, Srta. Ash, una justicar facultada para denominar cónclave a esta conferencia? ¿Intenta este organismo usurpar las prerrogativas del Círculo Interior al nombrarla justicar?

–¡Claro que no! –respondió enseguida Victoria, pero después titubeó–. Nunca exigí... nadie aquí...

–El príncipe Garlotte presentó una petición a la justicar Lucinde del clan Ventrue, una representante debidamente elegida de la Camarilla –prosiguió Jan–. Yo soy el representante debidamente nombrado enviado por la Camarilla, por los antiguos de nuestros clanes, para ayudar en la defensa y la contraofensiva contra el Sabbat. –Los ojos de azul acerado se enzarzaron con los verdes ardientes mientras sostenía la mirada de Victoria. Entonces Jan le dio la espalda a Victoria y a la asamblea a la vez. De nuevo, quizá exagerara la

dimensión oficial de su nombramiento, pero ¿quién iba a cuestionarlo allí? ¿Quién se opondría a la voluntad del antiguo Hardestadt, fundador de la Camarilla?

»No estoy aquí para someter a nadie –dijo Jan. Miró a los ojos de muchos de los vástagos reunidos, después se volvió y se acercó al príncipe Garlotte–. Estoy aquí para extender una mano de alianza a los príncipes de Estados Unidos, para ayudar a coordinar sus esfuerzos. No para dictarles condiciones.

Victoria sintió el cambio en el ímpetu como todos los demás.

–No pretendía sugerir... por supuesto, los príncipes tendrían voz en la conferencia...

–Pido perdón por mi retraso esta noche –dijo Jan, ignorando las protestas de la Toreador–. Estuve hablando con el príncipe Michaela de Nueva York. Informa que la situación allí es estable, o tan estable como puede serlo. El esfuerzo que ha valido tanto a nuestros enemigos en el sur no parece estar duplicándose en las regiones septentrionales. Hay noticias similares de Hartford y de Buffalo. Hablé con aquellos príncipes en cuanto llegué ayer por la noche.

–Pero el ejército del Sabbat está ante nosotros en Washington –dijo Gainesmil, reanudando la discusión de parte de Victoria. Parecía tener al menos un pie firmemente asentado en el campo de su compañera Toreador... un detalle que el príncipe Garlotte no había mencionado a Jan durante el curso de su breve conversación–. ¿Por qué *tendría* que haber disturbios en el norte? –Un murmullo de comentarios de aprobación se extendió por el auditorio.

–El ejército del sur que se nos enfrenta es formidable –concedió Jan–, pero estaríamos muy equivocados si creyéramos que se compone de todos los Sabbat del continente. Mis fuentes indican que algunos individuos de Nueva York tomaron parte en los ataques, pero que por lo demás apenas hubo participación de Montreal, Detroit, Pittsburg, Filadelfia, Portland...

A medida que repasaba los distintos baluartes del Sabbat, muchos de los vástagos que habían asumido que reunirían un ejército para llevar al Sabbat al golfo de México se cernieron en un silencio sobrecogido cuando se percataron de la naturaleza verdaderamente desesperada de su situación.

–Tal vez no hayamos visto aún lo peor –dijo siniestramente Jan.

–Y aun así, sus señores no nos ofrecen más apoyo –dijo Victoria, aún poco dispuesta a renunciar a la palabra.

–Debemos encontrar apoyo más cerca –dijo Jan–. Debemos averiguar en qué tenemos talento. He realizado otras pesquisas con ese fin... pero creo que sería imprudente entrar en más detalles en un foro público. –El modo en que pronunció las palabras y miró alrededor de la asamblea no era una acusación de que había espías entre ellos, sino un llamamiento a la lealtad hacia la Camarilla. Sin duda nadie exigiría detalles de planes que podrían llegar a manos del enemigo.

La fachada de calma de Victoria comenzó a resquebrajarse cuando Jan aprovechó los planes de ella y los retorció para conseguir sus propios objetivos. Su rostro, normalmente lleno de color saludable (y similar al mortal), estaba más ruborizado que antes. Jan podía ver girar los engranajes, mientras evaluaba de nuevo su posición a la luz del sentimiento cambiante de las masas. Antes de formular una respuesta, sin embargo, el príncipe Garlotte de nuevo dio un paso adelante.

–Sí, hay que hacer muchos preparativos –dijo–, y para poder atenderlos rápidamente, sugiero que se suspenda esta conferencia. Querría recordar a todos los huéspedes de la ciudad que la caza en la zona del puerto interior está estrictamente controlada... y eso se aplica doblemente a alimentarse con los empleados de este establecimiento. Dirijo vuestras necesidades a ciertas barriadas, de las cuales ya habéis sido informados... Cherry Hill, McElderry Park, Broadway East...

La asamblea comenzó a dividirse a medida que se formaban pequeños corrillos de vástagos para comentar lo que acababan de escuchar, o para quejarse de sus alojamientos, las restricciones de caza, o de cualquier otra dificultad encontrada por un refugiado en la ciudad de Baltimore, que ahora estaba extremadamente superpoblada de no muertos. Jan los vio alejarse comentando sus situaciones, pero una conversación atrajo su atención por encima de las demás. Él había estado observando a la audiencia más numerosa, no a Victoria, cuando el príncipe había intervenido, pero ella parecía haberse recuperado rápidamente de su enojo mientras se deslizaba a través de

la confusión hacia Aisling Sturbridge. La regente Tremere y Victoria intercambiaron saludos educados –Victoria con una expresión relajada y agradable en su rostro; Sturbridge, a todos los efectos, inexpresiva– entonces ambas se apartaron lo justo para que Jan no pudiera escuchar lo que estaban diciendo. Aunque al chiquillo de Hardestadt no le gustaba el inglés, eso no significaba que no estuviese lo suficientemente versado en el idioma como para leer en los labios... una capacidad que, junto con la lectura de textos boca abajo en un escritorio, había demostrado ser inapreciable en numerosas ocasiones. Los vástagos, tan enmarañados en su mundo sobrenatural de los no muertos, a menudo pasaban por alto trucos tan sencillos que estaban dentro de las capacidades de muchos mortales.

Tenía poco sentido especular lo que sucedía exactamente entre Victoria y Sturbridge, pero no obstante Jan sentía curiosidad. Como mínimo, merecía la pena fijarse en la conversación, además de en la posibilidad de una nueva alianza en la cambiante política de la Estirpe.

–Sr. Pieterzoon...

Jan se apartó a un lado de la conversación en curso. Robert Gainesmil estaba junto a él.

–El príncipe quiere hablar con usted –dijo Gainesmil–, si puede dedicarle unos minutos, por supuesto.

Jan estrechó la mano a Gainesmil, el Toreador que aparentemente tenía lazos, si no lealtad, con el príncipe y con Victoria.

–Por favor, llámame Jan. –Con su otra mano, agarró a Gainesmil por el hombro, como haría un viejo amigo–. Mi tiempo, al igual que mis servicios, siempre están a disposición del príncipe.

El príncipe, de hecho, había salido de la cámara, y Gainesmil señaló una puerta cercana.

–Después de ti, Jan.

Jan echó un último vistazo sin llamar la atención hacia Victoria y Sturbridge. La Toreador se reía de algo que se había dicho, y después las dos se marcharon. Jan, por delante de Gainesmil, también salió.

Esta va a ser una noche larga, pensó. No era la primera, y sabía que tampoco sería la última.

*SÁBADO, 17 DE JULIO DE 1999, 1:40 H
CHERRY HILL, BALTIMORE, MARYLAND*

Fin siempre sentía como si resaltara en esta barriada. Probablemente porque así fuera. Entre las tiendas entabladas y las casas abandonadas, parecía un traficante de drogas. Riqueza entre la miseria. Su nueva cazadora de cuero era demasiado lustrosa, su cabello moreno demasiado perfecto. Odiaba aparcar su Cámaro en la calle. No es que no pudiese localizar a alguien que fuese lo bastante estúpido para tontear con su coche para después encargarse de él, porque podría hacerlo, pero después tendría que molestarse en arreglar cualquier daño que hubiera sufrido el automóvil.

De todas formas, no sé por qué vengo aquí, pensó. Algunas noches se sentía inquieto, y lo siguiente que sabía era que caminaba por la desmoronada acera hasta la choza que parecía mantenerse en pie sólo gracias a la última capa de pintura... y que se estaba descascarillando a toda prisa. En las noches como ésta no le hacía ningún bien ir a ver a Morena. La amaba, pero había ciertas cosas que una mortal no podía comprender. Tampoco es que fuera a encontrarse aquí con mucha comprensión.

Jazz abrió la puerta.

–Bien, si es nuestro Chico de Hollywood particular. ¿Cazadora nueva? Espero que la protegieses contra el whisky. Ya sabes lo sucio que está esto. –Ella dio una voz hacia el interior de la casa–. ¡Eh, Katrina! ¡Tu elegante hermano está aquí!

Ella se hizo a un lado y Fin entró.

–No soy su hermano.

–Se me olvida cómo van estas cosas –dijo Jazz–. No soy tan importante o poderosa como otros. –Ella le dedicó una amplia sonrisa sibilante, revelando los colmillos que la identificaban como lo que era.

Tarika se repantigaba en un viejo sofá cojo que se apoyaba en

su última pata. Su piel era casi exactamente igual a la de la oscura Naugahyde.

–Tienes buena pinta, Fin. ¿Te importa si cojo tu buga y me doy una vuelta? –Tanto ella como Jazz llevaban tops sin mangas y vaqueros ajustados.

Fin trató de ignorar a las dos mujeres, intentó no dejar traslucir lo incómodo que le ponían. Eran descaradas y astutas y de una parte del mundo mortal –el extremo inferior de la gama– con el que nunca se había familiarizado. Ahora tampoco quería familiarizarse con él, pero era donde se encontraba Katrina. Ella entró descalza en la habitación, vistiendo únicamente una camiseta blanca demasiado estrecha y vaqueros pintarrajeados.

–¿Qué quieres?

Fin dudó. No sabía por qué había esperado algo diferente. Esto es lo que pasaba siempre. Desde el punto de vista de Katrina, tenía que estar ahí por algún motivo. No parecía ser posible que pasara por casualidad.

–¿Qué tal te va? –preguntó él.

–Como siempre. –Katrina se quedó de pie, esperando que él dijera lo que hubiese venido a decir.

–¿Cómo está esa chavala de las afueras? –susurró Jazz al oído de Fin–. ¿Por qué no la traes nunca?

–¿Prefiere morder o chupar? –preguntó Tarika con una sonrisa malévola que mostró sus colmillos para causar una honda impresión. Pasó la punta de la lengua lentamente por sus dientes.

Fin se negó a picar.

–¿Qué pensáis de todo... lo que sucede? En la ciudad, me refiero. Y en Washington.

La pregunta estaba dirigida a Katrina, pero Tarika no dudó en contestar.

–Mierda. ¿Venden colmillos de oferta en los grandes almacenes? No puedes tirar una piedra en este barrio sin dar a un maldito vampiro.

–La gente que vive de día se va a poner nerviosa si sigue habiendo desapariciones –intervino Jazz–. Nosotros no matamos gente. Siempre les dejamos vivos y permitimos que se marchen.

Necesitamos todos los peces que podamos en el estanque. ¿No es cierto?

–Mmm –estuvo de acuerdo Tarika.

Eran irritantes, pero en cierto modo, Fin casi se alegraba de que Jazz y Tarika estuviesen allí. Al menos hablaban con él. Katrina se limitaba a estar y a mirarle furiosa.

–¿Qué opinas tú? –le preguntó a Katrina.

–No opino nada –dijo, y dirigió su mirada furibunda hacia las otras dos mujeres, para que supiesen que estaban hablando más de los que ella aprobaba –. Esos perdedores seguirán avanzando enseguida, o tal vez comience a cargármelos, si se ponen en nuestro camino.

–Sí. Tenemos derechos sobre este barrio –dijo Jazz.

–He estado pensando –dijo Fin–, en... en tratar de desempeñar un papel más activo. Me refiero a que nuestro sire es el príncipe, y si hay cosas que tienen que cambiar...

–¿Por qué me dices esto? –preguntó Katrina –. Haz lo que te dé la gana.

–Pensé que tal vez pudiera ayudar –intentó explicar Fin –. Si hay demasiados vástagos por aquí, podrían poner en peligro la Mas...

–*Vástagos*. –Katrina escupió la palabra de modo burlón –. ¿Qué se supone que debe significar? Garlotte no es mi papaíto, y tú no eres mi hermano. Haz lo que te dé la gana, diles lo que quieras. Me da igual. Nos da igual.

–Exacto –dijo Jazz, mientras pasaba junto a Fin y se ponía al lado de Katrina –. No los necesitamos.

Katrina abrazó a Jazz, pasó un dedo por su garganta desnuda. Jazz alzó su barbilla.

–No os necesitamos –dijo Katrina. Recorrió su lengua por el cuello de Jazz, hasta su barbilla. Acabaron con un beso largo y lento.

Fin se volvió y salió de la casa. Lo habían dejado muy claro. Había sido estúpido al pensar que Katrina lo aceptaría. Eso es lo mismo que siempre pensaba cada vez que venía. Tal vez una visita a Morena le hiciese sentirse mejor.

SÁBADO, 17 DE JULIO DE 1999, 1:48 H

LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE, MARYLAND

–Se toma bastantes libertades en la organización de la defensa de mi ciudad –dijo el príncipe Garlotte, directamente después de unas cuantas preguntas superficiales acerca de la idoneidad del alojamiento de Jan.

La silla de respaldo recto de madera del príncipe estaba ligeramente por encima de la de Jan, dando la vaga impresión de un rey en su trono. Los dos estaban solos. Gainesmil, para su disgusto, había sido despedido tras acompañar a Jan a la modesta sala de estar. Jan hizo acopio de sus pensamientos mientras observaba detenidamente a Garlotte. Las palabras del príncipe no transmitían cólera, pero la frase sin duda era un desafío.

–Mi ilusión –dijo Jan– es que seamos capaces de defender la totalidad del territorio que conserva la Camarilla. Baltimore es, en la actualidad, la ciudad que corre más peligro. He procurado aprovechar contactos externos a la ciudad, del mismo modo que imagino que sus esfuerzos estarán destinados al mantenimiento del orden dentro de la ciudad. Mantener la Mascarada ante una afluencia tal de vástagos no debe ser sencillo. Si me he excedido, mi príncipe, le pido perdón y la posibilidad de enmendar las cosas.

Jan habló de manera informal pero con respeto. La naturalidad de su comportamiento contradecía la gran importancia de lo que venía a continuación. Aunque era preferible, no era necesario que se asegurara la cooperación completa y absoluta del príncipe. Si, no obstante, Garlotte se ponía totalmente en contra de Jan, habría poco margen para la maniobra. La situación rápidamente se volvería complicada. Y quizá sangrienta. Jan se vería obligado a buscar apoyo en otros lugares –¿Victoria, Gainesmil, Sturbridge?–, posiblemente en un intento por derrocar al príncipe, para que Jan pudiera llevar a cabo

sus planes. E incluso entonces, seguiría existiendo la necesidad de tratar con el sucesor de Garlotte, quienquiera que terminase siendo. Por eso Jan observaba a Garlotte detenidamente mientras el príncipe reflexionaba sobre estos comentarios.

–Se puso en contacto con los príncipes de Nueva York, de Buffalo y de Hartford –dijo por fin Garlotte–. ¿Con quién más se comunicó?

Jan no tuvo ninguna duda al contestar. Era arriesgado ser franco con el príncipe, pero en potencia lo era mucho más reservarse información.

–Hablé con Xaviar, justicar del clan Gangrel –dijo Jan. Hizo una pausa para calibrar la reacción de Garlotte. Si el príncipe quería dejar que las cuestiones de decoro obstaculizaran su relación, entonces esta infracción podía convertirse en un importante punto de controversia.

Jan ofreció información que contestaría a la siguiente pregunta del príncipe.

–Hablé con él aquí, en la ciudad, ayer por la noche. Por mor de la rapidez y la discreción, el justicar prefirió no anunciar su presencia.

Garlotte se puso algo tenso con esto. Sus ventanas nasales se encendieron, casi imperceptiblemente.

–¿Duda el justicar de mi capacidad para la discreción?

Jan bajó algo su mirada.

–Jamás me atrevería a hablar en nombre del justicar, mi príncipe. –Esperó en silencio.

–Tampoco yo me atrevería a cuestionar la... ética del justicar –dijo Garlotte de manera cortante–. Dígame, embajador Pieterzoon, ¿va a reclutar Xaviar un ejército de Gangrel para venir a rescatar mi ciudad?

–No, mi príncipe. –Jan volvió a mirar a los ojos a Garlotte–. Xaviar está reclutando un ejército, pero van a defender Buffalo.

–Buffalo. –El príncipe parecía verdaderamente sorprendido ante esta noticia, y poco contento. Su buena disposición para pasar por alto el desaire de Xaviar –un sacrificio bastante pequeño si conseguía a cambio un buen número de Gangrel para defender su ciudad– comenzó a desvanecerse–. Le rogaría que me dijera por qué.

–Mi príncipe –explicó Jan–, esa ciudad parece la más vulnerable... la más rodeada por territorio del Sabbat y la de defensas más débiles. Me preocupa que si no guarnecemos varias ciudades al menos con algunos efectivos, el enemigo se haga con esos puntos dispersos –como lobos en un rebaño, cazando a los rezagados, los jóvenes y los enfermos– hasta que estemos completamente aislados. Hacia ese fin, también he hablado con los Giovanni de Boston tratando de concertar un apoyo mutuo para Hartford, aunque no he tenido un éxito total. Los nigromantes conocen nuestros aprietos; perciben nuestra debilidad y no sienten la urgencia de acudir en nuestra ayuda, aunque no pueden permitirse rechazar de plano nuestras peticiones, por si con el tiempo vencemos.

El príncipe Garlotte asintió lentamente, con rostro serio.

–Lo que usted dice es cierto.

–Si me permite el atrevimiento –añadió Jan, sintiendo la mengua en el enfado del príncipe–, también me he puesto en contacto con varios de nuestros hermanos en Chicago. Como su ciudad parece estar fuera del alcance de estas actividades del Sabbat, han accedido a enviar algunos de sus subordinados para ayudar a afrontar aquí la amenaza.

Los ojos de Garlotte se entornaron mientras miraba fijamente a Jan, y después una sonrisa se deslizó en el rostro del príncipe.

–Parece que ha sido bastante concienzudo, Sr. Pieterzoon. Supongo que tendrá otros consejos que ofrecer.

Jan tuvo cuidado de mantener su tono de voz y su expresión respetuosos y neutrales.

–Si le parece bien al príncipe, tengo algunas sugerencias acerca de asuntos relacionados...

–¡Dios mío! –bramó Garlotte–. ¡No sé cómo fui capaz de soportarles! Jan Pieterzoon es demasiado recatado para demostrarlo, pero se ríe disimuladamente de mí. Todos los demás también. ¡Estoy seguro de ello! Aquí estoy... príncipe y señor de esta ciudad, responsable de la seguridad de mis huéspedes. Y los asesinos campan a sus anchas, asesinando dignatarios... no en los márgenes de la ciudad, no en algún rincón oscuro y apartado de los barrios bajos, sino *¡en mi maldito refugio!* ¿Cómo puede haber sucedido? Dímelo. ¿Cómo?

Isaac se resistía a responder, fundamentalmente porque *no tenía* una buena respuesta. Y también estaba Dennis. Dennis no dejaba de mirarle.

Más bien, la cabeza de Dennis no dejaba de mirarle.

Dennis llevaba siendo jefe de seguridad y ghoul mano derecha del príncipe Garlotte más tiempo del que Isaac llevaba siendo chiquillo de Garlotte. Ahora, Dennis no era más que una cabeza. Una cabeza con la boca abierta y los ojos de par en par que miraba fijamente.

En su esfuerzo por evitar aquellos ojos asombrados, Isaac se encontró estirando reflexivamente sus dedos... los abría, los cerraba, los abría, los cerraba. También se encontró agradecido de que la vitae vampírica fuera lo bastante potente para permitir la regeneración relativamente rápida de ciertas partes del cuerpo. Por ejemplo, los dedos de la mano.

Isaac estaba bastante seguro de que las cabezas no solían regenerarse.

El príncipe Garlotte tamborileó sus dedos en el brazo de su silla de madera. Su última pregunta, por desgracia, no había sido retórica.

–Un asesino –dijo sumisamente Isaac.

–¿Qué? –Garlotte entrecerró los ojos, y echó hacia atrás la cabeza–. Claro que fue un asesino. Sé que fue un asesino. Todo vástago desde aquí a Buffalo sabe que fue un asesino. ¿Por qué me preocupo? –Alzó los brazos al cielo–. ¿Por qué? ¿Por qué me preocupo?

Isaac sintió un nudo en la garganta. Imaginó que Dennis ya no

volvería a tener ese problema. El sheriff se humedeció los labios. El príncipe parecía no haber entendido lo que Isaac intentaba explicar, y aunque el sheriff tenía sensaciones encontradas acerca de lo sensato de tratar de ampliar su teoría, se ofendió tanto ante la asunción del príncipe de su estupidez que decidió intentarlo.

–Creemos que sólo fue uno. Un asesino. En singular.

–*¿Cómo demonios sabría nadie si fué uno o un millar? ¡Nadie los vio!* Nadie salvo Victoria –añadió Garlotte–. ¿Y qué hizo ella? Salir corriendo del ascensor y chillar por todo el hotel. ¡Magnífico! ¡Magnífico! Dios mío, si no fuera la mujer más estimulante desde Juana de Arco, yo la... la...

Isaac se sintió diminuto. Como debía de haberse sentido un vecino de Pompeya el día en que el Vesuvio decidió hacer su trabajo.

Al menos está gritando, pensó Isaac. Cuando el príncipe *parecía* violento, era poco probable que *fuera* violento. Probablemente, después de que hubiese finalizado su reunión con Pieterzoon, Garlotte había convocado tranquilamente a Dennis a la sala de estar y después le había arrancado la cabeza. Probablemente aquello hubiera desafilado lo peor de la furia de Garlotte. El resto –los chillidos, el griterío, los delirios– estaba menguando.

Probablemente.

Tal vez tardara en calmarse. Al fin y al cabo, el asesinato había tenido lugar cuatro noches atrás. En aquel momento, Garlotte había recibido la noticia con calma... lo que siempre era una mala señal. Había pasado toda hora de cada noche y cada día desde entonces, sin duda, alimentando su furia.

Podría ser peor, decidió Isaac. El príncipe podía cabrearse a lo largo de años, en vez de noches. Como había sucedido a mediados de los 80.

Dándose cuenta de repente de que el príncipe se había quedado inquietantemente callado, Isaac se atrevió a echar una ojeada a su sire. Para los ignorantes, Garlotte habría parecido recuperar la compostura –su rostro era de un tono pálido más saludable; ya no temblaba tras su barba negra– pero Isaac no se dejaba engañar.

Tal vez, decidió, pudiera calmar al príncipe con profesionalismo práctico. Isaac era, al fin y al cabo, el sheriff.

–Sospechamos que fue un Assamita.

–¿Por qué? –se burló Garlotte–. ¿Porque hay un cuerpo definitivamente muerto y nadie vio al asesino? ¿Por eso debe ser un Assamita?

–Uh... sí.

–Hmph. ¿Sabes que resulta que hay un ejército del Sabbat a la vuelta de la esquina? ¿Podría interesarles asesinar a un Tremere? Eso creo. –Garlotte hizo una pausa, pero no duró mucho–. Todo lo que *sabemos* es que al menos uno de ellos tenía dos manos. Dejando aparte a algunos de los ghouls guerreros del Sabbat, eso no reduce mucho a los sospechosos.

Isaac esperaba con cautela que el genio de su sire empezara a calmarse. Quizá hacerle hablar fuera la estrategia correcta. Isaac decidió intentar algo poco controvertido, algo bastante inocuo.

–A usted ni siquiera le gustan los Tremere.

El temblor comenzó lentamente. El color revelador volvió al rostro de Garlotte. Isaac se puso las manos detrás de la espalda por instinto.

–¡Dios mío! –explotó Garlotte–. No me gustan los Tremere. ¡Los aborrezco! *¡Pero eso no quiere decir que quiera a uno decapitado en mi ascensor!*

Entonces el príncipe pronunció las palabras que Isaac había estado esperando –deseando, *rogando*– escuchar:

–¡Largo! ¡Fuera de mi vista! Antes de que...

–Sí, mi príncipe.

E Isaac, siempre un chiquillo disciplinado y respetuoso, se dio prisa en obedecer.

Victoria atravesó con determinación el vestíbulo. Que ella supiera, ella y Jan eran los únicos vástagos a quien Garlotte había proporcionado alojamiento en el mismo hotel Lord Baltimore. El príncipe solía frecuentar el establecimiento, pero con el gran número de huéspedes en la ciudad había preferido alojarse en su pequeño barco amarrado en algún otro lugar. Vitel, también, había buscado una vivienda menos céntrica, aunque dejando de lado las noches de las conferencias, el edificio estaba bastante tranquilo. Theo Bell estaba constantemente fuera de la ciudad haciendo cualquier cosa que mantuviera entretenidos a los Brujah, mientras que Aisling Sturbridge había demostrado poco interés por quedarse en Baltimore más tiempo del estrictamente necesario. La Tremere había alegado asuntos urgentes en su capilla y regresó a Nueva York, pero Victoria sospechaba que la bruja estaba movida al menos en parte por el miedo, tras lo que había sucedido a la predecesora de Sturbridge en la conferencia.

Es una vergüenza, pensó Victoria, que algo tan insignificante como un asesinato haga que los Tremere se muestren menos entusiastas a la hora de participar en asuntos de la Camarilla. Prosiguió girando dos veces cerca del centro del edificio y continuó por el pasillo.

Por lo demás, no había otros vástagos de nivel suficiente para merecer una suite en el Lord Baltimore. Sólo ella en la suite del Gobernador, y Jan en la otra que a veces servía de suite personal del príncipe Garlotte.

Victoria se alegraba de que sus movimientos fueran menos rígidos y dolorosos. Acababa de volver de una caza extraordinariamente satisfactoria. Como uno de los huéspedes más privilegiados del príncipe, no se la prohibía cazar en la zona del puerto interior, y no era difícil encontrar presas gracias a los varios locales turísticos y la cercanía del centro de convenciones. Esta noche, con sólo una breve visita a un bar de categoría, había atraído la compañía de tres hombres de negocios de mediana edad. Con poco estímulo, se habían turnado, dos haciendo guardia en un callejón mientras Victoria "daba placer" al tercero. Les había enviado de vuelta con sus heridas

cerradas y con recuerdos imprecisos de un encuentro embriagado con una mujer misteriosa.

La sangre, esta noche y durante las pasadas semanas, había beneficiado a Victoria. Se sentía recuperada físicamente y, lo que era más importante, se habían curado casi todas las marcas del tiempo que pasó con los Tzimisce. Las dos que quedaban, suponía, simplemente requerirían un poco más de sangre. Pronto no quedarían recuerdos de los ultrajes cometidos sobre ella. Mientras se acercaba a la puerta de Jan, su mano subió distraídamente hasta el medallón que colgaba de su cuerpo.

* * *

Jan había esperado ver a Victoria en algún momento del futuro inmediato y, cuando abrió la puerta, le invadió una mezcla de temor y expectación. Enmarcada en el umbral, aparecía ante él como un retrato a tamaño natural. Las largas mangas del vestido sin hombros escarlata acentuaban la piel brillante que quedaba por encima, mientras que el tono de la tela sacaban a relucir los brillos castaños de su cabello. Esta noche no llevaba guantes, y portaba un pequeño bolso de cuentas. El medallón que colgaba de su cuello reflejaba la luz, como sus ojos esmeraldas.

–Ahora es cuando me invita a entrar –sugirió Victoria de modo travieso.

–Perdóneme –dijo Jan–. Es usted la viva imagen de la hermosura.

Victoria bajó los ojos recatadamente mientras pasaba a su lado. Él la siguió hasta el espacioso salón, Incluso entre las preciosas obras de arte que Garlotte había coleccionado –bustos clásicos, cuadros de Caillebotte, Cézanne, Renoir–, Victoria resaltaba como un objeto hermoso y asombrosamente perfecto.

–El príncipe tiene un gusto impresionante –dijo ella–. Pero sospecho que la decoración que usted elegiría sería algo diferente.

Jan se detuvo ante esta pregunta inesperada.

–En realidad no había pensado en el tema.

–Oh, pero sin duda sus gustos no coinciden exactamente con

los del príncipe –dijo Victoria, mientras iba de cuadro en cuadro. Jan dudó–. Venga –le instó–. No es un insulto hacia el príncipe hacer públicas sus... preferencias.

El asunto era discutible para Jan. No iba a cambiar la decoración de las habitaciones del príncipe. Sin embargo, Jan sentía el deseo de complacer a Victoria, de seguirle la corriente en este asuntillo.

–Yo pondría más... libros, supongo.

–Libros, ah. Nos enteramos de algo fascinante acerca del Sr. Jan Pieterzoon –dijo–. ¿Qué clase de libros?

–Libros mayores de empresas, o similares, me temo –respondió a la pregunta, repentinamente avergonzado por su sosería–. Quizá algunos libros de historia.

–¿Ningún clásico? –preguntó Victoria. Hizo un pequeño mohín con el labio–. ¿Ni romances?

Durante unos instantes, Jan sólo pudo mirarla fijamente y parpadear. Finalmente, consiguió volver la cabeza.

–Me temo que mis ayudantes ya se han retirado esta noche, y no tengo nada que ofrecerla...

–No necesito más que ingenio, encanto y una conversación brillante –dijo Victoria.

–Entonces me temo que tal vez haya elegido a la persona equivocada.

–Es usted demasiado modesto, Sr. Libro Mayor Pieterzoon. –Se aproximó a él, situándose a menos de un metro.

–Por favor, basta con "Jan".

–Entonces, Jan, ¿preferirías que abordara la cuestión que me trae hasta aquí?

Jan se dio la vuelta de manera informal y se alejó de ella. No podía pensar con claridad cuando se encontraba tan cerca. Exageró sus gestos al hablar, concediéndose otro motivo para buscar espacio sin obstáculos.

–Me temo que con todo lo que sucede, y todo lo que tengo en mente, no soy buena compañía para estas noches, Srta. Ash.

–Venga –dijo justo desde detrás de él. Le seguía el ritmo, paso a paso–. Si tú eres "Jan", entonces yo debo insistir en ser "Victoria".

–Muy bien... Victoria. –Se sentó en una silla, evitando

intencionadamente el sofá que dejaría sitio para ella a su lado—. ¿Qué puedo hacer por ti esta noche?

—Ojalá hubiésemos tenido la oportunidad de hablar antes de la conferencia de ayer por la noche —dijo Victoria algo seria—. Me temo que tal vez hayamos tenido un desafortunado malentendido. Al fin y al cabo, los dos no queremos otra cosa que rechazar a los saqueadores del Sabbat. —Cuando dijo la palabra *Sabbat*, su voz adquirió una intensidad normalmente ausente. Era el sonido del odio frío y profundamente arraigado, pero acabó tan deprisa como había surgido—. Resulta indecoroso que los aliados se escupan entre sí.

—No quiero nada más que rechazar al Sabbat —coincidió Jan con parte de la afirmación de ella.

—¿Y no sería mucho más beneficioso colaborar juntos?
—preguntó ella, inclinándose hacia delante y rozando la rodilla de él con sus yemas.

A pesar sí mismo, Jan repentinamente se imaginó a ellos dos tumbados juntos, sus miembros entrelazados con los de ella, y cubiertos con los restos de la ropa de cama apasionadamente apartados a un lado. Entonces se encontró mirando fijamente sus ojos, y verdaderamente eran ventanas de su alma, atrayéndolo a su interior, para compartir sus más profundos secretos, para compartir con ella sus deseos más íntimos. Apartó la mirada. La habitación giraba peligrosamente. Jan sintió la necesidad de coger su mano, pero se resistió. Se sintió abrumado por un mareo similar al que le había asaltado cuando hubo bebido la mezcla de *vitae* antigua de Hardestadt. Jan extrajo fuerzas del recuerdo de su sire, quien no toleraría el fracaso.

Sólo tengo una necesidad, se recordó a sí mismo. *Sólo un anhelo físico. La sangre.*

—Preferiría que colaboráramos —dijo Jan por fin. No estaba seguro de los segundos que habían pasado desde que ella hizo la pregunta, pero Victoria no discrepó con su respuesta pausada.

—Entonces deja que tomemos el control de esta guerra —le instó—. Ningún príncipe podrá ver más allá de las necesidades de su ciudad. Debemos tomar las decisiones.

Jan se descubrió pensando que lo que decía parecía muy

razonable, que podría ayudarla a lograr su objetivo, pero se hizo fuerte contra la persuasión. *Piensa, hombre. ¡Piensa!* se ordenó a sí mismo. *Ella crearía un consejo con el que gobernar, pero ¿qué podía ofrecer al esfuerzo contra el Sabbat? ¿Se subiría la falda y esperaría convencerles de que se alejaran de las puertas de la ciudad?* Abrió la boca para lanzarle esa misma acusación, para acusarla de puro oportunismo. Pero miró al interior del verde oscuro de sus ojos, y sus pensamientos se vieron obligados a tomar otra senda.

–Los príncipes verán que es necesaria la cooperación, que el interés propio de cada uno de ellos también es el interés de los demás. Eso es lo que nos salvará.

Victoria se recostó y cruzó los brazos.

–Arriesgas mucho a cuenta de la sensatez de los príncipes. Tengo menos confianza en ellos que la que tú aparentemente tienes. Debemos cerciorarnos de que toman las decisiones adecuadas.

–Esto no es un cónclave –replicó Jan–. Simplemente es una asamblea de vástagos, una conferencia extraoficial.

–¡Podemos convocar un maldito cónclave! –insistió con repentina intensidad–. Es *costumbre* que un justicar convoque el cónclave, pero hay otras maneras. Éste es un momento de crisis. Si tú y yo, Sturbridge y quizás Bell convocamos un cónclave, con la cantidad de vástagos que hay en la ciudad, al príncipe Garlotte no le queda más remedio que reconocer la legitimidad del empeño.

–Y la guerra proseguiría según los votos del cónclave –extrapoló Jan.

–Exactamente.

–Con cada vástago presente contando con un voto, desde el neonato Brujah más rastrero al propio príncipe Garlotte.

–Sí.

Jan se levantó de su asiento y comenzó a ir de un lado a otro de la habitación.

–No entiendo por qué los estadounidenses tenéis tanta afición por la democracia –dijo con bastante irritación–. No es una fascinación compartida por los antiguos de Europa, te lo aseguro.

–Los vástagos reunidos en esta ciudad no serán coaccionados –dijo Victoria–. No lo tolerarán.

Ante esto, Jan se detuvo y se volvió para mirarla.

–Oh ¿no? ¿Desafiarán al príncipe que les ofrece santuario? ¿Al que incluso ahora mantiene a los lobos a raya?

Aunque ella exageraba su caso –al fin y al cabo, la mayoría de los cainitas, como la mayoría de los mortales, eran ovejas que llevar al redil– Victoria había abordado una preocupación real del príncipe. Con la afluencia de refugiados, la ciudad estaba superpoblada hasta el punto de que la agitación popular podía volverse peligrosa. Los vástagos de las bases, desplazados de los príncipes y de las estructuras de poder estáticas que normalmente mantenían el orden, eran una mezcla volátil. Eran como un arma cargada, una estaca afilada, apuntada directamente al corazón del príncipe. Jan y Garlotte habían pasado bastante tiempo discutiendo ese mismo asunto aquella noche, y habían tomado varias decisiones. Jan no se sentía inclinado a revelar ninguna de ellas a Victoria, especialmente puesto que ella estaba cortejando el favor de las masas de modo evidente.

–No lo tolerarán –repitió desdeñosamente Jan–. Hmph. Tolerarán cualquier cosa que el príncipe les diga que toleren. A menos, quizá, que tengan una alternativa. –Miró fijamente de modo significativo a Victoria–. ¿Tienes planeado sustituir al príncipe Garlotte?

Ella puso los ojos en blanco.

–Oh, no seas estúpido, Jan.

Él se encogió de hombros y continuó su ir y venir.

–De algún modo, sospecho que tu pasión por la democracia sólo consiste en oponerse a una dictadura en la que no eres el dictador.

–Victoria apartó la mirada y no respondió–. A pesar de todo, ningún vástago que conozca fue Abrazado por un demócrata. Si quieres libertad, quizá deberías ir hasta Washington. He oído que la libertad personal está de moda en el Sabbat.

Mientras concluía su diatriba, Jan se sentía contento consigo mismo por haberse resistido del todo a los encantos de Victoria, tras superar la primera sacudida al verla. Cuando volvió a mirarla, no obstante, vio algo en sus cautivadores ojos que no había visto antes... sinceridad absoluta.

–Escapé en una ocasión de esos demonios –entonó Victoria

con tanta vehemencia que Jan hizo una mueca—. Si vuelvo a verlos, será para pisar sus cuerpos destrozados.

Aunque ella no se lo había dicho, Jan reconoció la sed de venganza de una víctima maltratada. El tono de su voz confirmaba lo que había escuchado de otra fuente, pero incluso si esa fuente no hubiese existido, Jan lo habría adivinado. Así era el odio contenido en sus palabras.

—Sé que fuiste capturada —dijo.

Esto pareció sorprenderla, pero no negó su afirmación. En vez de eso, de repente pareció agotada; la invadió una inmensa tristeza, tirando de sus hombros hacia abajo como un gran peso.

—No te lo puedo contar... —Apartó la mirada de él—. No quiero hablar de ello.

Su dolor, aún teñido de desafío, llamó a Jan, lo atrajo. Él se movió a su lado y se sentó junto a ella en el sofá. Ella cogió su medallón como si eso pudiera deshacer lo que había sucedido.

—Estoy bastante recuperada, pero... —Sus palabras se ahogaron. Un escalofrío atormentó su cuerpo. Jan puso una mano reconfortante sobre su hombro. Victoria se giró para darle la espalda. Lentamente, alcanzó la cremallera situada entre los omóplatos de ella.

La boca y la garganta de Jan se quedaron de repente tan secas que pensó que no podría hablar si lo intentaba. Vio como sus propios dedos cogían la cremallera, la bajaban por su camino. Él se movía lentamente, sin saber exactamente lo que quería Victoria, pero ella no le detuvo, con lo que continuó, por debajo de la región lumbar, hasta el final de la cremallera a la altura de sus caderas. Ella cogió la mano de él y la situó allí, en la curva más baja de su columna vertebral. Jan sintió la suavidad sedosa de su piel, pero no estaba preparado para la diminuta espuela ósea que sobresalía de su carne. No era mayor que la yema de un dedo, pero la piel que la rodeaba estaba roja e irritada. *¿Cómo?*, se preguntó.

Escapé en una ocasión de esos demonios, había dicho ella.

Demonios. Tzimisce. Escultores de carne. Y hueso.

Jan trató de retirar su mano, pero Victoria la sostuvo contra ella. Aún estaba sentada con los hombros caídos hacia delante, y su traje se deslizó por ellos hasta caer hecho un ovillo alrededor de su cintura.

Jan miró fijamente la extensión suavemente curvada de su espalda. Desde la nuca a las caderas, sólo una pequeña imperfección estropeaba su belleza, una protuberancia ósea esculpida por algún torturador demoniaco.

¿Qué más hicieron? Jan sentía curiosidad, pero sabía que no podía preguntárselo, y no había otras señales visibles de los tormentos que debía haber soportado. Con los dedos de su otra mano, la tocó justo por encima de los hombros y trazó la línea de su columna vertebral. Sentada allí junto a él, parecía menos fiera a causa de su desnudez. *No supone una amenaza para mí*, pensó, mientras sus manos se deslizaban hacia sus caderas, justo por debajo de los pliegues de su vestido. La emoción visceral que sintió al tocarla era un recuerdo largo tiempo olvidado. *¿Cuántas décadas habían pasado desde que había abrazado a una mujer, sin que fuera para alimentarse?* Sus problemas parecían muy lejanos... el Sabbat, Hardestadt, príncipes obstinados, brujas de los Tremere.

¿Seductora Toreador? Parte de la mente de Jan rechazó el epíteto. Su ordealía debía haber sido terrible. Victoria sentía dolor y necesitaba consuelo. Lo necesitaba. Sin embargo, la mente de Jan corría en varias direcciones, y a muchos niveles. La vulnerabilidad emocional de ella le permitía estar cerca, pero no era eso lo que le atraía. En su imaginación, sus dedos ascendieron bordeando las suaves ondas de sus costillas. A continuación ella cogió sus manos y las puso en sus senos. Jan la atrajo hacia sí, sujetándola firmemente contra su pecho, mientras Victoria reclinaba su cabeza contra su mejilla y gemía ante sus caricias.

La realidad se interpuso de nuevo. Jan estaba, en realidad, deslizando lentamente sus manos por sus costados. Victoria volvió parcialmente su rostro hacia él y suspira. Algo acerca de la inclinación de la cabeza de ella llamó su atención. Sus manos se detuvieron cuando vio la diminuta marca justo por encima de la línea de su mandíbula. Era una mancha en ella, que no tenía manchas naturales. Jan alzó un dedo hacia la marca, la tocó levemente, y vio que la mancha tenía la forma de una serpiente mordeándose la cola.

—¿Qué es...?

—¡No!

Victoria se alejó de él en un instante a varios pasos a través de la habitación. Sujetaba el vestido contra su pecho, intentando frenéticamente al mismo tiempo coger algo de su bolso. Jan observó totalmente aturdido mientras abría una polvera y se ponía maquillaje sobre la mancha –la serpiente devorándose a sí misma– que había tocado. Antes de recuperar el control total de sus sentidos, Victoria ya se había maquillado y su vestido estaba abrochado y estirado. Tiró del medallón desde debajo de la tela y dejó que de nuevo descansara libre contra su pecho.

Jan se la quedó mirando fijamente. La marca en su mandíbula ya no se veía. Comenzó a dudar de sus ojos. ¿Lo había visto en realidad, o era la serpiente producto de su confusión? Victoria pasó varios momentos alisándose el vestido, arreglándose mechones de cabello. Estaba tan nerviosa como Jan anonadado.

–Me temo que debo irme –dijo y salió hacia la puerta.

Jan no se recuperó a tiempo para acompañarla. Dio un portazo, y se marchó. Él se quedó inmóvil observando su estela.

Tras varios minutos, cuando finalmente regresó a la habitación, una gran figura se encontraba junto a la pared al otro extremo del sofá. La criatura, donde no estaba cubierta por su traje raído, era peluda; pelaje corto y castaño con manchas sarnosas y grises. El traje tal vez hubiera sido elegante en el pasado, hace muchos años y muchos lavados, pero ahora apenas se mantenía entero. Los ojos de la criatura eran grandes y completamente negros –no parecían tener iris– y estaban muy separados por encima del profundo agujero que estaba en el lugar donde debía haber una nariz. Dientes aserrados atravesaban un lado de su labio, con lo que sólo parecía poder abrirse el otro lado de la boca.

–Bien –dijo–, menuda vista para ojos doloridos.

Jan se tranquilizó contra el respaldo de la silla. Se sentía inseguro y completamente desprevenido para afrontar las responsabilidades que recaían sobre él.

–¿De qué estábamos hablando antes de... eso?

–*De ella* –dijo Marston Colchester–. ¡Ya sabes, hablando del rey de Roma! –Dejó escapar un resuello que Jan había llegado a reconocer como lo que sería una risa de alguien con nariz–. Te lo juro,

he andado con la gente equivocada. Victoria Ash nunca ha entrado en mi habitación y se ha quitado las medias.

Jan se sentó en la silla.

–Creo que se dejó las medias puestas durante toda la visita.

–Sí, fue lo único. Vaya, vaya. Tienes que admirar a una mujer que no lleva sujetador.

Jan ignoró los comentarios del Nosferatu. Si no, la conversación nunca iría más allá de los méritos relativos de las distintas prendas de lencería femenina. Esta criatura obscena había sido el primer vástago que Jan había buscado al llegar a Baltimore. Jan se preguntaba cómo podía haber gobernado el príncipe Garlotte tanto tiempo teniendo completamente abandonado a este clan. El príncipe desdeñaba a los Nosferatu. Era un error que cometían muchos vástagos, entre ellos, lamentablemente, muchos Ventrue. Jan no se creía del todo que Colchester hubiese asistido a la conferencia más reciente. Jan había examinado el auditorio concienzudamente. ¿Cómo podía pasar desapercibido un hombre tan grande? Del mismo modo que se había escondido, imaginó Jan, durante la visita de Victoria.

Victoria. Jan tenía que apartarla de su mente; necesitaba cambiar de tema, o al menos llevar la conversación a vías más productivas.

–¿Dijiste que escuchaste la conversación entre Victoria y Sturbridge cuando acababa la conferencia? –recordó Jan.

–Eso hice. Esa Tremere no es de las que va por ahí bajándose las medias.

–¿Y la conversación...?

–Bien. –Colchester se instaló en el sofá y pasó sus dedos por el caro tapizado–. Tu amiga la Toreador se acerca a Sturbridge, de manera astuta y sonriendo todo el rato, pero dice algo así como "¿Los Tremere vais a cumplir las órdenes de los Ventrue, aunque no envíen ayuda? Y Sturbridge va y dice "Si tenemos que apañarnos con lo que ya tenemos, tendremos que arreglárnoslas".

Jan asimiló este informe. La redacción estaba evidentemente filtrada a través de la lengua vernácula de Colchester, pero el significado parecía bastante razonable.

–Después –prosiguió el Nosferatu–, Victoria pregunta si

Sturbridge quiere hablar más del tema, y Sturbridge dice que no va a quedarse. Tiene que volver a Nueva York rápidamente.

–Entiendo. –Con los años, Jan había aprendido a no cuestionar la veracidad de la información recabada por los Nosferatu. *Victoria no tiene ningún acuerdo con los Tremere*, pensó. Era una noticia importante por varios motivos. Los Tremere, reservados y objeto de la desconfianza de todos los vástagos, siempre eran un peligro potencial. El que por lo visto no estuviesen cooperando con Victoria hacía que ésta fuera una amenaza menor. Además, el que la propia Sturbridge no pareciera entenderse bien con Victoria reducía las probabilidades de que Victoria hubiese preparado el asesinato de Maria Chin o fuese cómplice, con el fin de que una Sturbridge más dispuesta a cooperar acudiera a la conferencia.

Por supuesto, estaba la posibilidad, por escasa que fuera, de que hubiesen sospechado que estaban siendo vigiladas y hubiesen orquestado toda la conversación.

–¿Volvieron a verse? –preguntó Jan.

–No. Sturbridge se piró a Nueva York no mucho después.

–Entiendo. –Jan se reclinó en el sillón y comenzó a masajearse el puente de su nariz. Sus dedos, no obstante, aún recordaban la sensación de la piel flexible de Victoria. Estaba acosado por la imagen fantasmal que nunca tuvo lugar... sus manos aferrando firmemente los pechos de Victoria, el cuerpo de ella apretado contra el suyo. Meneó la cabeza para deshacerse de la imagen mental.

Tendré que poner más cuidado, decidió. No tenía sentido que sobrestimara su capacidad para resistirse a ella. *Me alejaré de ella, no me reuniré con ella en privado*. Pero tales pensamientos provocaron una leve molestia en su pecho. Si no hubiera maniobras políticas... *Sí no hubiera maniobras políticas, no estaría interesada en ti, se recordó a sí mismo*.

–Marston, ¿puedes vigilarla las próximas noches? –pidió Jan.

El Nosferatu se frotó sus palmas peludas.

–Si es por una buena causa. –La sonrisa burlona y retorcida de su labio medio atravesado hizo que Jan sintiera un escalofrío.

No era necesario que mostrara la salida a Colchester. Simplemente desapareció. Jan se entretuvo tratando de ordenar todas

las piezas del rompecabezas en su mente, y tratando de no pensar en una pieza particularmente hermosa de ese rompecabezas.

*DOMINGO, 19 DE JULIO DE 1999, 2:12 H
FEDERAL HILL, BALTIMORE, MARYLAND*

–¿Le gustaría subir paseando a la colina? –preguntó Marja.

–No. –Jan se sentía encerrado. Daba igual que hubiera mucho sitio en la limusina, incluso con él y los dos ayudantes. Marja se reclinó apartándose de él y acercándose a Roel mientras miraba por la ventana del asiento del copiloto al parque más allá.

–Es una noche bonita, señor –añadió el chófer, Hermán. Su compañero, Ton Baumgarte, en el asiento del copiloto, asintió estando de acuerdo.

–Sr. Abbeel –dijo Jan con calma al chófer–, si necesito consejo de naturaleza recreativa de usted, esté seguro de que será el primero en saberlo.

Hermán devolvió su atención a Key Highway. La limusina avanzaba lentamente. Había poco tráfico y Marja y Roel parecían estar disfrutando del recorrido nocturno por la ciudad, aunque Jan no lo hiciera. El propio coche era de alquiler. Entre todos los demás preparativos y contactos, Jan no había visto la necesidad inmediata de enviar su propio vehículo blindado y protegido de la luz desde Amsterdam y, de hecho, esta noche había sido la primera ocasión desde que llegó que había sido necesario el uso de un automóvil. Había requerido poco a sus dos ayudantes durante las tres últimas noches. Todos los contactos y negociaciones habían sido con vástagos, lo que exigía la presencia de Jan –sin intereses comerciales "legítimos"– y la presencia de los mortales se había considerado innecesaria.

Por supuesto, estaba la necesidad de alimentarse. Jan echó una ojeada a Marja. Mientras se inclinaba sobre Roel para mirar por la ventana, los tensos músculos de su cuello llamaron la atención del vampiro –esternomastoideo, esternohioideo, omohioideo– y ocultaban entre ellos la palpitante yugular. Jan había estado tan ocupado las pasadas noches que había desatendido su alimentación, y ahora podía sentir crecer el hambre.

Quizás por eso fui tan... susceptible a Victoria ayer por la noche, comenzó a considerar, pero después apartó ese tema de sus pensamientos.

Este trayecto no era, al fin y al cabo, un paseo por el campo para entretener a sus sirvientes. Jan había pensado que quería compañía, aunque ahora se lo estaba pensando mejor. Lo que más quería, se dio cuenta, era estar lejos del hotel Lord Baltimore; más concretamente, lejos de la séptima planta y de la suite en el otro extremo del edificio frente a la suya. Había logrado muchas cosas desde que recibió esta misión imposible de Hardestadt. Un paseo informal por la ciudad debería haber sido una distracción lo suficientemente agradable. Sin embargo, aquí estaba Jan, sintiéndose cercado por sus criados turistas, y pensando en la única persona en la que no quería pensar.

Maldita Toreador.

Jan no podía evitar recordar la pequeña marca en la mandíbula de Victoria, la serpiente devorando su propia cola. La había visto por pura casualidad. Y la reacción de Victoria... eso fue lo más extraño de todo. Nuevas preocupaciones comenzaron a cobrar forma en la mente de Jan. *Un símbolo Tzimisce... ¿sería posible que ella...?* Pero Jan tenía problemas para concentrar sus pensamientos. Tampoco podía evitar recordar las curvas perfectas de la espalda desnuda de Victoria, el lustre de su piel, la onda delicada de sus costillas bajo los dedos de él...

–¿Qué es esto? –preguntó Jan a Marja. Cualquier cosa era mejor que pensar, que recordar. Hizo un gesto hacia la cuesta cubierta de hierba que ella había sugerido ascender.

–Federal Hill –dijo ella.

–Durante la Guerra Civil fue un fuerte, o algo así –explicó Roel. El joven era un ayudante tan competente como Marja y, además, otra

fuente de sustento. Ninguno estaba al tanto de la capacidad extraoficial y similar del otro, o del vínculo común que los hacía tan valiosos para Jan.

Me alimentaré en cuanto regresemos, pensó Jan. No era inteligente descuidar su bienestar, y parecía que tal vez necesitara su fuerza en las próximas semanas si Victoria seguía desafiando tanto su autoridad como su autocontrol.

Hermán no vio a tiempo la enorme figura que salió de la calle hasta ponerse frente al coche. El impacto sacudió a todos los pasajeros. Jan olvidó al instante todos los pensamientos acerca de Federal Hill, de Victoria. Los airbags dobles se inflaron y empujaron a Hermán y a Ton contra sus asientos. Detrás nadie llevaba puesto el cinturón de seguridad. Jan y sus ayudantes se estamparon contra los asientos que tenían delante.

–Oh Dios mío –dijo Marja, levantándose del suelo–. Hemos atropellado a alguien. –Entonces advirtió el borbotón de sangre en la nariz de Roel. Jan también la vio–. Roel, estás sangrando. ¿Estás...?

Su pregunta fue interrumpida por las balas que comenzaron a destrozar el coche. Las ventanas del asiento del copiloto estallaron. Ton y Roel fueron acribillados por fuego automático. Por todas partes había cristales, sangre y balas. Marja se sacudió espasmódicamente cuando fue alcanzada. Cayó sobre Jan, y él contra la puerta. Las balas atravesaron sus brazos, su pecho, su cara.

Hermán se liberó del airbag deshinchado y abrió su puerta. Jan alcanzó la palanca de la puerta una fracción de segundo antes de que su chófer consiguiera ponerse en pie y esgrimiera su pistola semiautomática, apuntando a lo largo del techo del coche a su atacante. Pero Hermán entró al coche al recibir un golpe por la espalda. Su arma chocó con estrépito contra el suelo, y él se derrumbó tras ella con una pequeña flecha atravesándole el cuello.

No una flecha, advirtió Jan. Una estaca.

La puerta de Jan estaba abierta, pero en vez de huir, la usó como escudo. Agarró el arma de Hermán y se lanzó a través del coche, sobre los cuerpos de Marja y Roel... lejos de quienquiera que hubiese disparado la estaca. El pistolero del otro lado del coche se sorprendió de ver a Jan yendo directamente hacia él a través de la

ventana rota, y se sorprendió aún más cuando Jan vació el cargador de la pistola sobre él. Jan nunca había practicado con una de estas armas modernas. Estaba tan sorprendido como el pistolero, cuyo pecho y cuello parecieron explotar.

Jan se forzó a salir por la ventana mientras su atacante caía hecho un ovillo. El primer impulso del Ventrue fue huir, pero entonces vio el fusil de asalto en la mano del pistolero inerte. Jan tiró la pistola vacía y agarró la nueva arma. Fue como un relámpago hacia la parte delantera de la limusina. La criatura que el coche había atropellado se encontraba ilesa entre los restos del parachoques y la calandra.

Un ghoul guerrero, pensó Jan, aunque no podía estar seguro. Nunca había visto a uno tan cerca, pero era demasiado grande como para ser completamente humano; eso y que tenía un gran cuerno sobresaliendo del centro de su frente. El efecto era más similar al de un rinoceronte que al de un unicornio.

Jan soltó una andanada con el fusil. Docenas de balas mordieron el capó del coche, el pavimento. Una rueda explotó. Y una farola a media manzana. Jan mandó al infierno todo lo que tenía a la vista... todo menos el ghoul. Y entonces el arma dejó de disparar.

–*Mierda.*

¿Encasquillada? ¿Sin munición? No importaba demasiado. Jan corrió hacia el otero herboso. Tras los primeros metros, recordó que alguien a su espalda estaba disparando estacas... ¿Con una escopeta? ¿Una ballesta? Por tanto, Jan intentó zigzaguear mientras corría, para no resultar un blanco demasiado sencillo. Tal vez hubiera sido buena idea, pero casi consiguió tropezarse, y enseguida lo dejó.

En la cima de la colina se detuvo y volvió la mirada. Tres siluetas lo perseguían por la pendiente del parque: el rinoceronte, otra figura de tamaño más humano, y una criatura a cuatro patas. Jan probó de nuevo el fusil de asalto. Apuntó el arma y siguió apretando el gatillo, pero no hubo más disparos.

–*Mierda.*

Tiró el arma al suelo, después se giró y huyó a toda prisa.

Sabbat.

La palabra rebotaba en su mente cada pocos pasos.

Sabbat.

Pero, ¿cómo podían haberse infiltrado en Baltimore con todas las patrullas destacadas al norte de Washington? No podían. Pero alguien se acababa de cargar a todo su personal.

Sabbat.

¿A su personal? ¡Le habían disparado a él!

Mientras Jan serpenteaba entre los árboles en la cresta de la pequeña colina, intentó hacer inventario de sus heridas. Por lo menos, aún podía moverse. Si no, a estas horas ya lo hubiesen destruido. Pensó durante un breve instante en Marja y Roel y Ton, su sangre encharcándose en las alfombrillas de la limusina, y en Hermán tumbado en el pavimento atravesado por una estaca de madera. Pero no había tiempo para sentimentalismos. La supervivencia tenía prioridad.

Las heridas de bala que Jan había sufrido eran dolorosas, pero por fortuna no le incapacitaban. Trató de localizar los agujeros, para dirigir *vitae curativa* a los más graves. Unas pocas balas que se habían alojado cerca de la superficie salieron a medida que las heridas superficiales se curaron. Otros proyectiles tendrían que quedarse por ahora. Si sobrevivía, podía hacer que se las extrajeran posteriormente. Una bala había atravesado ambas mejillas llevándose por el camino algunos dientes. Otra había logrado arrancar la mayor parte de una oreja. De nuevo, doloroso pero no mortal. Jan perdió la cuenta alrededor de las quince balas. Nada de lo que no pudiera ocuparse la sangre.

¿Qué sangre? se preguntó, combatiendo una oleada de desesperación. Las pocas curas que había hecho se habían cobrado su precio, y aunque su cuerpo estaba más entero, ahora sentía que la fatiga comenzaba a superarle. Pensó en un momento en darse la vuelta, en tratar de llegar a Marja y a Roel antes de que se enfriaran del todo, pero los asesinos tal vez hubiesen dejado un guardia por ese motivo, y Jan no podía aspirar a ganar un combate directo en este momento.

Manteniendo a raya la fatiga, Jan siguió corriendo por el parque y a través de los barrios hacia el sur. Atajó por una calle secundaria, después volvió a girar al sur, deteniéndose en la esquina de un edificio para mirar. No tuvo que esperar mucho antes de que doblaran la

primera esquina. La enorme criatura perruna iba primera, husmeando el suelo. *Siguiendo mi rastro*, advirtió Jan. El siguiente perseguidor sujetaba la correa del ser perruno. Finalmente, Rino ocupaba la retaguardia. Parecía cojear ligeramente. Tal vez la limusina le hubiese herido... pero el coche había recibido la peor parte.

Jan observó durante un instante más, esperando que se equivocaran al girar, pero el sabueso estaba siguiendo su camino exactamente. Jan corrió de nuevo. Cada paso le costaba más. Se maldijo a sí mismo por no alimentarse durante tantas noches. Si tuviese más sangre, podría doblar hacia el oeste, para dar un gran rodeo, no hacia el coche, sino de regreso al Lord Baltimore. Sin duda allí podría encontrar ayuda. Pero la fuerza de Jan se desvanecía rápidamente. No llegaría tan lejos.

Y a Garlotte no le gustaría que atravesara el vestíbulo de su hotel con un escuadrón de asesinos del Sabbat pisándome los talones, pensó Jan. La posibilidad de poner en riesgo a la Mascarada llevó a su mente de regreso a la limusina y a los cuatro cuerpos que la rodeaban. Jan no podía ocultar esa pequeña metedura de pata. *Garlotte tendrá que limpiarlo*.

Jan se detuvo de nuevo. Meneó su cabeza, tratando de librarse de todos los pensamientos extraños –no tenía tiempo de preocuparse de su alimentación, o de Garlotte, o de la Mascarada– pero lo único que consiguió con la sacudida fue soltar otro trozo de diente roto. Delante de él había otro parque. Más allá, otros muelles. Había cruzado el cuello de esta estrecha península. Por el momento no podía ver a sus perseguidores, pero tenía el mal presentimiento de que seguían ahí atrás, que continuaban siguiéndolo. El sabueso no perdería su rastro, y el Sabbat no cedería. El parque, decidió, no tenía nada que ofrecer. Si se subía a un árbol o intentaba esconderse, lo encontrarían. Quizá cerca de los muelles se tropezara con alguna banda errante de Brujah. Aparte de eso, no tenía ningún otro plan. Ni ninguna esperanza.

* * *

Lox iba a la cabeza constantemente, pero Terrence lo retenía.

No tiene sentido que hayamos llegado a esto, pensó Terrence. No tiene sentido que persigamos a este tipo por toda la ciudad. Pero Sonny la había pifiado. Terrence se había sorprendido cuando el europeo se cargó a Sonny, pero no se había enfadado mucho. Sonny era un gilipollas. Por lo visto Blaine había previsto que sucedería algo así. Por esto Terrence y Lox estaban allí.

Incluso reteniendo a Lox, Terrence estaba dejando atrás a Jammer. Al detener la limusina, la monstruosidad astada parecía haberse roto una rodilla, y sin Bolon o Vykos o –Dios no lo quiera– el Pequeño Sastre, no había nadie que lo remendara. *Vaya. Terrence se estremeció sólo con pensar en aquellos Tzimisce de alto nivel. Se alegraba de que no estuviesen allí. Eran compañeros de clan y todo eso, pero le ponían los pelos de punta.*

Que Jammer cojee, pensó Terrence. El gran idiota no debería haberse usado como valla humana... por decirlo de algún modo. Pero, hey, le dices que pare un coche, y él lo para. Al fin y al cabo, Blaine no escogió a Jammer por sus modales, su sentido común o sus habilidades coloquiales.

Lox tiró con más energía por delante.

–Deja de gruñir, estúpido. –Terrence dio a la criatura una repentina patada en una de sus malformadas piernas caninas. Lox había sido amigo suyo, un compañero Tzimisce, hasta que una ilustre metedura de pata había llevado a Vykos a convertirle en la especie de sabueso babeante que era ahora. *Así como viene se va, pensó Terrence. Comparado con otros que habían puesto de mala leche a Vykos, Lox había salido bien parado.*

La agitación de Lox significaba que el rastro cada vez era más reciente. El chaval europeo estaba yendo más despacio. *Se está quedando sin resuello, pensó Terrence. Tal vez Sonny le hubiese pegado unos cuantos tiros antes de comprarse su parcela de terreno subterráneo. Por supuesto, Sonny tal vez no estuviera destrozado más allá de toda reparación... si Blaine opinaba que merecía la pena esforzarse en un capullo Lasombra. Terrence no apostaría por las posibilidades de Sonny.*

Tampoco apostaría por las posibilidades del chaval europeo. Jammer casi le había alcanzado.

–Venga, estúpido cabrón cornudo –gritó Terrence, y después dejó que Lox se volviera a poner por delante. El sabueso dio un estirón a las correas de cuero. Husmeaba de acá para allá en el rastro tan enérgicamente que hacía que sus testículos se balancearan de un lado a otro.

El curso de su presa viró a la izquierda del siguiente parque, para sorpresa de Terrence. *Suponía que le encontraríamos hecho un ovillo bajo un arbusto llamando a papá.* Por delante estaban algunos de los muelles de la ciudad, pero eso no iba a salvar al chaval europeo. No podía ocultarse tras el olor de agua y gasóleo, o el ruido de grúas y carretillas elevadoras. No durante mucho tiempo. Lox le localizaría mediante su olfato.

Terrence no se molestaba en ocultarse. Tenía un aspecto bastante normal, y Lox podía ser confundido con alguna especie de perro jodidamente grande. Y si alguien quería parar a Jammer para preguntarle por qué era tan feo, podía hacerlo con toda libertad. Principalmente, a Terrence no le importaba quién le veía. Ésta era una ciudad de la Camarilla. Si causaba algún problema que tuviera que ocultar el afeminado príncipe Ventrue, le parecía de puta madre. *A los estibadores les da lo mismo, imaginó Terrence. Se limitan a hacer su trabajo y a ganar el sueldo establecido por el sindicato.*

El rastro llevaba por la derecha hacia la carretera de acceso junto a la orilla del agua. Con Jammer no muy por detrás, comenzaron a cruzar embarcaderos. En la mayoría de ellos había barcos atracados, y muchos estaban cargando o descargando. *24 horas al día, 7 días por semana, pensó Terrence. Putos obreros. Al menos yo tengo días libres.*

Lox estaba a punto de soltarse. Pugnaba por alejarse de su guardián y gruñía como un loco.

–Cállate, imbécil. Vas a atragantarte con tu propia saliva. –Ya había pasado antes.

Terrence se detuvo junto a uno de los barcos grandes. Sujetó fuerte a Lox y exploró los alrededores. Una gran grúa estaba descargando pallets, balanceando su carga lentamente por encima de la carretera de acceso. Jammer venía a unos pocos metros. Lox tiraba frenéticamente por delante, redoblando sus esfuerzos por liberarse.

–Oh sí, estamos cerca –murmuró Terrence para sí–. Voy a clavar las orejas del chaval europeo a su...

Lox dio un tirón increíble. Terrence perdió el equilibrio y tropezó hacia delante. Cayó de rodillas y fue arrastrado por el sabueso, en el momento que el enorme pallet de la grúa caía al suelo donde habían estado. La fuerza del impacto lanzó por los aires a Terrence. Cayó bruscamente y miró los restos. Lo había visto venir. Un segundo antes Jammer cojeaba hacia él; uno después cuarenta putas toneladas de cajones rotos y azúcar derramado se esparcían por todo el maldito muelle donde Jammer había estado.

Terrence tenía la correa de cuero atada a la muñeca, y mientras estaba mirando fijamente a la montaña de azúcar que casi le había aplastado como a Jammer, Lox estaba a punto de dislocarle el hombro tirando en la otra dirección. Tras unos pocos segundos, el dolor llamó la atención de Terrence. Se volvió justo a tiempo de ver al chaval europeo corretear por la plancha hasta el barco azucarero. Terrence liberó su mano de la correa.

–Arráncale el corazón –dijo.

Lox se marchó en un instante, corriendo hacia la plancha.

* * *

El operario de la grúa había equilibrado las probabilidades un poco. Aunque Jan había esperado que la cosa fuese mejor, era demasiado refinado para ser desagradable. La vista de Rino aplastado bajo el gran pallet era agradable. Pero Jan sólo se permitió unos pocos segundos para admirar su obra. El sabueso y su amo seguían vivos. A Jan le habría ido mejor si... si ese ser que seguía su rastro, fuera lo que fuese, hubiese sido destruido. No era un perro. Ahora que Jan lo había visto de cerca –todo lo cerca que quería estar– parecía vagamente humanoide, aunque inclinado a cuatro patas, sus piernas deformadas para que fueran parecidas a las de un perro, y su rostro grotescamente aplanado.

Tzimisce, pensó Jan. O alguna asquerosa creación de ese clan.

Si el sabueso hubiese sido destruido, Jan podría haberse escabullido y haber vuelto finalmente con sus aliados. Pero los Sabbat

aún podía seguir su rastro, y Jan no dudaba que lo harían.

Antes de que el cuidador de la bestia tuviese tiempo para levantarse del suelo, Jan atravesó a la carrera la plancha del carguero más cercano. Mientras cruzaba la cubierta, escuchó el aullido del sabueso detrás de él, acercándose. Había más actividad a bordo de lo que Jan hubiese preferido. Una pequeña muchedumbre, alarmada por el tremendo estruendo del pallet de azúcar, se había reunido cerca de la barandilla. Jan no sabía cómo iba a explicarse la presencia de la criatura bestial que lo seguía. Pero de repente la Mascarada se convirtió en una preocupación menor cuando el sabueso coronó la plancha y galopó por cubierta. Distintos grupos de espectadores humanos tuvieron reacciones exactamente opuestas: algunos se quedaron helados, paralizados por el terror; otros corrieron para salvar la vida. Jan también corrió, y los gritos y la confusión proporcionaron cierta cobertura.

El sabueso sólo se detuvo un instante, sin embargo, antes de estar tras él de nuevo. Tenía su rastro y no iba a despistarse por unos cuantos mortales desesperados. Un marinero tropezó ante la bestia a la carrera. No se frenó lo más mínimo. Sus garras traseras se hundieron en el cuerpo del marinero mientras la criatura corría tras Jan. Con unos cuantos saltos potentes, recorrió la distancia que les separaba. Jan podía sentir cómo le alcanzaba. Estaba prácticamente a su altura, tan cerca que los gruñidos de la bestia retumbaban en su pecho.

Jan arremetió contra la puerta más cercana en la superestructura del barco justo cuando la bestia saltó a por él.

Cerró de golpe la portezuela. La fuerza del impacto del perro contra la puerta tiró de espaldas a Jan. El sonido del golpe hizo que los mamparos de metal zumbaran. Pero la puerta resistió. Jan echó el pesado cerrojo y retrocedió lentamente, todo ello mientras vigilaba la puerta, mientras la bestia aporreaba y arañaba el otro lado.

Jan se obligó a dar la espalda al portal bloqueado para observar lo que le rodeaba. Estaba en un pasillo, no en un camarote. *Gracias a Dios*, pensó. No estaba atrapado. Pero eso también significaba que el sabueso aún podía cogerlo, y probablemente se pusiera a ello en cuanto se diera cuenta de que la puerta que se interponía entre ellos

era impenetrable.

Si es que la puerta entre ellos seguía siendo impenetrable y no se caía de sus bisagras en cualquier momento. En cualquier caso, Jan tenía que moverse.

Comenzó a recorrer el pasillo, pero ahora que el sabueso no estaba pisándole los talones, comenzó a marearse. El pasillo recto parecía zigzaguear. Sangre. Jan tenía que conseguir un poco enseguida. Las heridas que había sufrido sin duda habrían matado a un mortal, y habrían destruido –o incapacitado, lo que venía a ser lo mismo– a más de un Vástago. Jan sólo tenía la sangre de Hardestadt y de los antiguos del clan Ventrue para dar las gracias por haber sobrevivido tanto tiempo. Tal vez pudiese encajar dos docenas de disparos, pero con el tiempo tendría que encontrar más sangre. Y para él, en un país extranjero, eso podía resultar difícil, porque la bendición de la resistencia del clan Ventrue iba acompañada por una maldición que no pesaba sobre ningún otro clan. Ojalá pudiese agarrar al primer marinero con que se topara y pudiese dejarle seco –poco elegante, sí, pero el estilo importaba muy poco en momentos así– pero no podía ser.

¡Muévete, maldita sea!, se dijo a sí mismo Jan.

La sangre, aunque vital, no era su problema más inmediato. No podía saber si había cesado el aullido en la puerta, y no iba a perder el tiempo averiguándolo. Entonces vio lo que estaba buscando... una escala. Se detuvo un instante, después comenzó a bajar por ella. Un nivel, dos. Pero descubrió que tenía que concentrarse en la escala o perdería la cuenta de los escalones, y pronto no sabría cuánto había descendido.

Finalmente, aunque puso cuidado al situar manos y pies, dio un mal paso.

Durante un instante que pareció abarcar vidas enteras, sintió cómo caía. Fue más allá del mundo tangible, se sintió libre de él... y después sus manos consiguieron aferrarse. Se detuvo con una sacudida, y chocó su rostro con el lateral de la escalera. Se quedó allí más tiempo del que podía permitirse, agarrando los escalones como un hijo pródigo abrazaría a su madre.

Unos cuantos pasos más hacia abajo y Jan llegó a trompicones

hacia otro pasillo. El mareo dio paso a un vértigo debilitador. Jan se tambaleó. Ni siquiera vio al marinero antes de que el joven le cogiera y evitara que cayera al suelo. Las luces amarillas bajo cubierta le parecieron excepcionalmente chillonas. Echó un vistazo al marinero.

–¿Está usted bien, señor?

Pero Jan apenas escuchó las palabras. Fueron ahogadas por la marea rítmica de sangre bajo la piel del chico. Tanta sangre, tan cerca, y tan inútil para Jan. Se agarró al chico, y se esforzó por ponerse en pie.

–¿Dónde está la sala de máquinas? –preguntó Jan, su voz apenas un susurro.

El marinero estaba desconcertado.

–¿Necesita un médico?

–¿Dónde está? –siseó Jan. Se sujetó fuerte mientras el muchacho retrocedía, la mente del mortal repentinamente enfrentada con aquello que no podía comprender—. La sala de máquinas.

–Por aquí –dijo el marinero, señalando el pasillo—. No muy lejos. –No había miedo en su voz, sólo obediencia.

–Llévame allí –dijo Jan.

El muchacho era bastante dócil, como lo había sido el operario de la grúa. Jan nunca habría podido averiguar a tiempo el uso de los mandos, ni tampoco habría podido encontrar solo la sala de máquinas en su estado actual.

Mientras recorrían el pasillo, Jan intentó captar ruidos del sabueso, pero sus oídos zumbaban. No podía estar seguro si lo que escuchaba eran los gruñidos de la bestia en la cubierta superior o el sonido de las garras de la criatura mientras bajaba por la escala persiguiéndolo. ¿Estaban los ruidos en su cabeza? Con cada paso, Jan esperaba que el sabueso se abalanzara por la espalda.

Finalmente, el marinero y él llegaron a la sala de máquinas.

–¿Hay otra salida? –preguntó Jan.

El marinero asintió.

–Tres. Una en el fondo, en este nivel. Dos en la pasarela, a cada lado.

–¿Tripulantes?

El muchacho echó una ojeada a su reloj.

–No debería haber.

Jan se apoyó en el umbral cercano. *Bien*, pensó. Ya tenía bastantes vidas sobre su conciencia para una sola noche. Este muchacho seguiría sus instrucciones sin rechistar; si Jan tenía suerte, ambos sobrevivirían. Si no la tenía... bueno, al menos no tendría que preocuparse por su conciencia. Jan descansó apoyado en el umbral durante un minuto o dos. Inspeccionó personalmente la puerta y el panel de emergencia en la pared nada más entrar en la sala de máquinas.

Entonces un aullido espeluznante resonó por el pasillo... el grito de un cazador que había captado el rastro de su presa. El muchacho miró nerviosamente hacia el camino por el que habían llegado. Jan puso una mano tranquilizadora en su hombro, aunque él mismo no estuviese muy tranquilo. Esperó algunos instantes más. El aullido volvió a escucharse, más cerca. Sin duda el sabueso estaba siguiendo su rastro.

–Vamos –dijo por fin Jan. En parte iba por delante, y en parte se apoyaba en el muchacho mientras se abrían paso por la sala de máquinas. La vía principal a través de la vibrante y zumbadora maquinaria era un camino relativamente recto, pero la sala de máquinas era larga, de unos cincuenta metros. Si resultaba *demasiado* larga, o demasiado corta, en realidad, entonces Jan sabía que el muchacho y él estaban acabados. El mortal no dejaba de mirar por encima de su hombro... y entonces sus ojos se abrieron de par en par por el terror.

–¡Vamos, maldito seas! –Jan ordenó al joven que fuera más rápido, aunque era la debilidad de Jan la que les retrasaba. Miró al muchacho a los ojos, y empleó toda su energía menguante en mantener su control. Si titubeaba y el marinero huía, no habría esperanza.

La sala de máquinas parecía extenderse interminable ante ellos. Parecía que cada paso no les llevaba a ninguna parte. Finalmente, cuando Jan creyó que al menos estaban a mitad de camino, se arriesgó a mirar hacia atrás. Estaban bastante más allá de la mitad, de hecho, pero por la otra puerta entraban el sabueso y su amo. El amo de nuevo tenía la correa en la mano.

No lo sueltes, pensó Jan. No lo dejes suelto.

Jan cogió la barbilla del muchacho con su mano, le clavó su mirada y le dijo palabras que debían ser obedecidas si querían que alguno de ellos sobreviviera:

–Corre. Pulsa el código de emergencia de incendios. Espérame al otro lado de la puerta. *Ahora.*

El muchacho estaba deseoso de obedecer... deseoso de huir, al menos. Pero su carrera fue una provocación para el guardián del sabueso. Soltó la correa.

–¡Lox, mata!

Aunque la bestia no hubiera escuchado a su amo, no necesitaba órdenes. Salió disparada a través de la larga y estrecha cámara. Jan también corrió. Sólo había esperado un segundo tras la marcha del muchacho, pero parecía como si todo lo demás se estuviera moviendo a toda velocidad mientras Jan avanzaba a cámara lenta. Siguió al marinero hacia la puerta y rezó para que sus piernas no le fallaran.

El muchacho alcanzó el panel de emergencia, pulsó el código y salió por la puerta en tiempo de récord. Para cuando Jan se acercaba a la salida, la puerta de emergencia antiincendios se estaba cerrando... una cuarta parte, la mitad. Podía escuchar al sabueso acortando la distancia entre ellos, y mientras tanto el guardián no dejaba de gritar "¡Mata, Lox! ¡Mata!"

Jan imaginó la puerta cerrándose antes de que pudiera pasar. Se la imaginó no cerrándose a tiempo para atrapar al sabueso. Imaginó a la bestia derribándolo antes de llegar a la puerta. Las piernas de Jan estaban entumecidas. Debían funcionar por sí solas, porque no podía sentir las. Aún a varios metros del umbral, Jan se abalanzó y rodó. La puerta de incendios estaba más que medio cerrada. Alcanzaría el suelo en unos pocos segundos, y Jan quedaría atrapado o aplastado.

La bestia aulló y arremetió contra Jan justo cuando éste se deslizaba bajo la puerta. La criatura cogió su pierna. Sus garras se clavaron, hundiéndose en su carne mientras tiraba hacia él. Su pierna y el torso de la bestia estaban justo debajo de la puerta. Medio metro más y quedaría sellada.

Jan se dio la vuelta justo a tiempo para ver al marinero ondear en el aire un extintor. La base del contenedor de metal golpeó de lleno al sabueso en la cara. Se rompieron huesos. La bestia hizo una mueca de dolor y escupió sangre, pero no soltó la pierna de Jan. Jan dio una patada al monstruo con su pie libre sin conseguir nada. La bestia sólo pareció enfurecerse con los ataques y hundió sus colmillos en la pierna de Jan. Al mismo tiempo, el marinero volvió a ondear el extintor.

Jan y la bestia chillaron de dolor. En el suelo repiquetearon dientes. El sabueso retiró su cara destrozada. Jan apartó su tobillo roto del umbral justo mientras la puerta de incendios se cerraba completamente.

Jan cayó al suelo de espaldas. Cerró los ojos al dolor que sacudía su tobillo y su pierna y se permitió un rugido prolongado de sufrimiento. Mientras se desvanecían los ecos de su grito, advirtió el extraño silencio... extraño porque no había golpes ni arañazos procedentes del otro lado de la puerta de incendios.

–¿Están cerradas todas las salidas? –preguntó Jan para asegurarse.

El muchacho asintió. Su boca estaba ligeramente abierta, pero estaba mudo por lo que acababa de ver.

Jan se incorporó con dificultad apoyándose en sus codos para inspeccionar el daño en su tobillo, y vio las dos garras amputadas que aún se aferraban a su pierna. La sangre había empapado el dobladillo de la pernera de su pantalón. El mareo que había superado durante el momento de mayor peligro volvía con creces. Jan se tumbó de espaldas.

Su mente aún iba a toda velocidad. *Podrían anular el sistema. Podrían abrir las puertas, o encontrar otra salida, un sistema de ventilación.* No había tiempo que perder, pero sólo con mucho esfuerzo fue capaz de sentarse de nuevo. Cauteloso, arrancó las garras de su piel, su ropa, y las tiró.

–Ayúdame a levantarme. –Era necesario, pero ni agradable ni cómodo–. Llévame hasta el capitán –dijo Jan–. Ahora. Y en cuanto estemos allí, búscame una maldita muleta.

El puñado de marineros ayudaron a Jan a bajar por la plancha. No tenían ni idea de quién era este visitante maltrecho que cojeaba con su muleta. Sólo sabían que debían cumplir órdenes, y el capitán les había ordenado que acompañaran a esta persona a salir del barco. Se preguntaban si su presencia tenía algo que ver con el accidente de la grúa, o con el perro rabioso que había subido a bordo. Pero no hicieron preguntas, ni tampoco se quedaron en cubierta. Las máquinas del barco volvían a la vida con un rugido. Los hombres se dieron prisa. El barco zarpó enseguida.

Jan esquivó a la multitud reunida junto a los restos de los cajones de azúcar. Había llegado una ambulancia –aunque no era muy necesaria–, pero no policía. Nadie parecía saber con exactitud qué había pasado. Sería necesaria una investigación, se revisarían en profundidad los procedimientos de seguridad. No faltaba ningún estibador, aunque unas cuantas personas insistían en que la carga había caído sobre *alguien*. Con el tiempo, como Jan sabía, apartarían el azúcar y los sacos y la madera astillada, y la masa comprimida de miembros no identificables causarían bastante revuelo.

Garlotte también tendrá que ocuparse de esto, pensó Jan. El príncipe tendía que asegurarse de que su gente explicase el accidente. Y la limusina acribillada y los cinco cadáveres. Y el carguero que zarpó sin autorización porque el capitán creyó que un incendio en la sala de máquinas provocaría una explosión, y estaba dispuesto a sacrificarse a sí mismo y a su tripulación para asegurar la salvaguardia de incontables estibadores. Cuando las autoridades averiguaran que no había incendio alguno, el capitán, a pesar de sus intenciones heroicas, sería sancionado, y despedido. Evidentemente debía haber estado borracho o algo peor. Pero había servido a su propósito.

Debo informar al príncipe, pensó Jan. Garlotte tendría que enviar a un equipo para "fumigar" la sala de máquinas, por supuesto. Con suerte el sabueso y su amo no escaparían antes de entonces.

En conjunto, no había sido una buena noche para la Mascarada. Si Jan fuese un vástago de inferior posición, como mínimo lo azotarían. Pero como chiquillo con influencia –y, lo que era más

importante, chiquillo de Hardestadt – sus transgresiones se pasarían por alto. Se le elogiaría como destructor de asesinos del Sabbat, mientras un neonato, a pesar de la falta de opciones, habría sido castigado por imprudente.

Jan se alejó tambaleándose de los muelles entre dos almacenes grises. Cada paso provocaba temblores de dolor en su tobillo. Se alegraba de alejarse de la muchedumbre de mortales; estaba cojeando llamativamente con agujeros de bala en sus ropas, en su rostro. Y al aroma del ganado era una provocación cruel. Jan pensó en Marja, en Roel, en la sangre necesaria que se le negaba. Había otros disponibles... en Amsterdam. Una llamada de teléfono finalmente resolvería el problema, pero eso no serviría para esa noche.

Vagó por el sur de Baltimore, fijándose vagamente en los carteles de las calles por las que pasaba.

Winder, Wells, Barney, Heath.

Gira hacia el oeste, se recordó a sí mismo. No debía pasar demasiado cerca de Federal Hill, la limusina, los cuerpos. La policía ya habría llegado.

Charles, Olive, Hanover, Clarkston.

Jan pensó que había cambiado de ruta, más o menos, pero no podía concentrarse, no podía imaginar la disposición de la ciudad o la relación entre una calle y otra. Había agua no muy lejos, pero al estar en una península, eso no especificaba demasiado dónde podía encontrarse. Las naves más grandes junto a los muelles habían dado paso a edificios de almacenes más modestos, muy parecidos entre sí, bloques de cemento o apartaderos, muros blancos, grises en la oscuridad de la mañana. O tal vez la mente de Jan no pudiera captar los detalles que distinguían a una estructura de otra.

Escuchó un coche en la distancia, no muy cerca, pero Jan sintió el miedo ilógico y repentino de que alguien quería encontrarlo. Avanzó todo lo rápido que le permitían su cojera y su muleta hasta meterse entre dos edificios, y se recostó contra una pared metálica.

Descansa, se dijo a sí mismo. *Sólo unos minutos*. Aunque sabía que el descanso sin sangre era inútil, dejó que sus dedos se relajaran. La muleta se resbaló por la pared metálica, y cayó al suelo con estrépito. Lentamente, Jan se deslizó hasta quedar sentado en la

gravilla.

Sólo unos minutos.

La mente de Jan comenzó a divagar.

Los Sabbat son delincuentes revoltosos. Lo han sido desde el principio. Las palabras de Hardestadt eran tan claras como si estuviera junto a Jan en ese mismo momento. *Devuélvelos a su sitio. E intenta no tardar demasiado.*

Devuélvelos tú, viejo cabrón, murmuró Jan. En un minuto, iba a levantarse de nuevo, para seguir en su camino hacia el norte y alrededor del puerto interior hasta el hotel Lord Baltimore. No había tiempo que perder. Hardestadt estaba esperando. Pero era un alivio estar sentado en el suelo, apoyado contra el edificio. El tobillo de Jan palpitaba sólo con un dolor apagado, y no con los relámpagos de un dolor agudo. Y su cabeza le daba vueltas. No sabía si podía continuar. Pero tenía que hacerlo. En un minuto.

–Deberías haberte quedado en Europa –dijo Hardestadt. Jan asintió débilmente estando de acuerdo–. Donde los vampiros son viejos y lentos y están cansados.

Viejos y cansados y lentos. Las palabras sacaron a Jan de su neblina de dolor y cansancio. *No parece Hardestadt. Y vampiro.* El sire de Jan nunca usaba ese vulgarismo; siempre *vástago o cainita*.

Jan alzó la vista. Los alrededores inmediatos de nuevo afirmaron su realidad. Estaba en Baltimore, cerca de los muelles, y con demasiada poca sangre en su cuerpo herido. Acababa de vencer, o al menos eludir, a una manada del Sabbat. ¿Lo había hecho?

–¿Últimas palabras, Sr. Jan Pieterzoon?

La voz resultaba familiar y, cuando los ojos de Jan se enfocaron, también lo fueron el rostro y la silueta.

–Blaine.

–Te acuerdas. Qué conmovedor. –El asesino habría destacado por encima de Jan incluso si el Ventrue más bajo no estuviese en el suelo.

–Nunca me olvido de un compañero de clan –dijo Jan.

–Compañero de clan, hmph. Que te den por culo, compañero de clan.

Y, en sentido figurado, eso es exactamente lo que Blaine estaba

a punto de hacer. Apuntó una ballesta al pecho de Jan. Un dardo de madera, como el que había abatido a Hermán, serviría de estaca. Jan intentó pensar, pero su mente se arrastraba. Su única oportunidad era esquivar en el segundo exacto y encajar el dardo en el hombro en vez de en el corazón. Pero Blaine estaba demasiado cerca. Sólo dispondría de una fracción de segundo mínima. Y si Jan tenía éxito, ¿después qué? Carecía de fuerzas para escapar o para vencer a su adversario.

–No es demasiado tarde para que te redimas –dijo Jan–. Serías valioso para la Camarilla, con tu conocimiento del Sabbat.

Blaine echó una sonora risotada.

–Puedo ser una rata, pero no soy lo bastante tonto como para saltar a bordo de un barco que se hunde.

–Tus amos querrán averiguar lo que sé. –Jan se estaba agarrando a un clavo ardiendo. No le gustaba la idea de la tortura Tzimisce, pero la supervivencia a corto plazo era su preocupación inmediata. Mientras no fuera destruido, aún podría huir.

–No te preocupes –dijo Blaine–. Ya saben todo lo que tú sabes. Además, no necesitamos ayuda para acabar con...

Nunca acabó la frase. Ante la mirada de Jan, un borrón oscuro golpeó hacia abajo el extremo de la ballesta. El dardo se disparó y levantó gravilla junto a los pies de Jan. En el mismo instante, la figura oscura golpeó a Blaine en la cabeza. El Ventrue renegado chocó con la pared que quedaba detrás de él y cayó al suelo.

La mente de Jan tardó unos segundos en ponerse al día. De pie por encima de él, en vez de Blaine estaba un hombre alto con gafas de espejo. Su gruesa cazadora de cuero parecía tragarse la poca luz que había. Jan conoció al hombre alto, reconoció su rostro.

Theo Bell.

Finalmente asimiló la información. Bell sostenía una escopeta recortada, con la culata reforzada ensuciada con sangre fresca. Jan echó un vistazo al cuerpo inerte de Blaine, y observó el cráter correspondiente en su frente.

–¿Vas a lograrlo? –preguntó Bell.

Jan no podía responder. Aún estaba reconstruyendo cómo Bell había desviado de su objetivo la ballesta y después había aplastado el

cráneo de Blaine antes de que el Ventrue hubiese percibido que el guerrero Brujah estaba allí. Jan se quedó mirando el rostro ensangrentado y estrujado de Blaine. El asesino, como compañero de clan de Jan, sin duda podía soportar un tremendo castigo físico, aunque el golpe de Bell había reventado su frente como una nuez podrida. Jan volvió a mirar al imponente Brujah.

–¿Qué hay de los otros? –preguntó Bell.

–En el barco –intentó explicar Jan–. Atrapados en la sala de máquinas, o al menos lo estaban. El capitán les lleva mar adentro.

–Podrían escapar, o liberarse y tomar el barco, pero estaban fuera de juego por el momento–. Otro está aplastado en los muelles. Otro...

–Jan comenzó a señalar pero estaba completamente desorientado. Su dedo apuntaba débilmente al aire–. Estaba junto a mi coche. Acribillado. Aunque tal vez se haya recuperado.

–Yo me encargué de ése –dijo Bell sin más explicaciones–. ¿Sabes de la presencia de otros? –Jan negó con la cabeza–. De acuerdo –dijo Bell–. Yo tampoco he visto más.

Entonces Bell introdujo el cañón de su escopeta en la boca abierta de Blaine y apretó el gatillo. La explosión devolvió a Jan a la realidad.

–Vamos –dijo Bell–. Ten. –Recuperó la muleta de Jan y se la dio, después fue sigilosamente hacia la calle y dejó que Jan le siguiera cojeando.

Jan sabía que debía continuar. El disparo quizá atrajera atención, y en su estado actual no sería rival para la policía mortal, y mucho menos para cualquier otro Sabbat que estuviese acechando. Pero el olor a sangre era fuerte, casi agobiante en el área cerrada. Y no era sangre mortal, de la que Jan tenía que cuidarse. Ésta era sangre vampírica. Vitae de vástago. Transformada por la maldición de Caín en el más tentador y el más condenatorio de los néctares.

El hambre de Jan venció a su cansancio y a su dolor.

Se arrastró los pocos pasos hasta el revoltijo decapitado que había sido Blaine. Por la pared tras el cadáver goteaban hilillos de sangre. *Qué desperdicio*, pensó Jan, pero estaba más concentrado en lo que no se había desperdiciado. Agarró un brazo flácido y se rindió al hambre.

* * *

Cuando Jan llegó a la calle, se movía un poco más rápido. No había dejado el cuerpo completamente seco, se había apartado de la sabrosa libación en cuanto pudo. Su tobillo aún le dolía. La vitae curativa había reparado la lesión hasta el punto de poder soportar mejor su propio peso, pero Jan había temido que no quedara mucho más tiempo. La calle estaba completamente vacía, pero ¿durante cuánto tiempo? Alguien podía haber oído el disparo. La detonación aún resonaba en los oídos de Jan. La escopeta había estado tan cerca que podía haber sido un cañón en el estrecho espacio entre los edificios. Así que Jan había hecho acopio de voluntad y se las arregló con unos pocos y enloquecedores tragos. Incluso ahora, era todo lo que podía hacer para rechazar a su demonio interior, que se rebelaba contra la falta de vitae. Con cada paso y con el incremento de la distancia que le separaba del recipiente roto que era Blaine, el dominio de Jan sobre la voraz Bestia se reforzaba.

Bell no estaba a la vista. Mientras Jan estaba intentando recuperar la orientación para poder volver cojeando al hotel, el rugido de un motor se acercó peligrosamente. Volvió a introducirse en las sombras, pero la motocicleta chirrió a la vuelta de la esquina. Jan se quedó paralizado –no había recuperado suficiente fuerza para luchar o incluso para huir–, después vio al motorista, y afortunadamente se trataba de Bell. El Brujah se detuvo bruscamente junto a Jan.

–Sube.

Dolorosamente, Jan se subió a la motocicleta.

–Tengo que ver al príncipe –comenzó a explicar–. La policía...

–Ya está solucionado –dijo Bell. Aceleró el motor y se marcharon.

LUNES, 19 DE JULIO DE 1999, 4:36 H

SUITE PRESIDENCIAL, LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE, MARYLAND

Jan cerró las puertas dobles despacio, como si le preocupara que el leve clic del pestillo pudiese de algún modo interrumpir los gritos sordos del otro lado. Intentó olvidar que la habitación, una de las tres de la zona principal, existía. Ciertas cuestiones desagradables no podían demorarse, y actualmente no tenía tiempo para debilidades personales, físicas o morales.

La alfombra de la suite del príncipe Garlotte parecía extraordinariamente mullida. Jan temió hundirse en ella y perderse para siempre. O quizás fueran simplemente sus piernas las que amenazaban con ceder a cada paso. No recordaba haberse sentido tan débil, tan agotado, desde la noche de su Abrazo. Se había tropezado bajándose de la moto de Theo Bell. *No debería haber tirado la muleta*, había pensado Jan. La había descartado durante el viaje hasta el hotel. Recobrando los sentidos con el embriagador sabor de la vitae aún en su boca, había juzgado mal el alcance de su recuperación. La sangre de vástago era potente, pero había ingerido una cantidad relativamente pequeña. Necesitaría más sangre para que sus heridas se curasen completamente, y si su tobillo no se soldaba adecuadamente, necesitaría operarse en algún momento dentro de unos meses o años, cuando el tiempo lo permitiese. Esa posibilidad era más una inconveniencia que un peligro. Jan tenía acceso a algunos de los mejores médicos de Europa occidental. Con el tiempo sanaría.

En este momento, sin embargo, estaba teniendo dificultades para navegar entre el exquisito mobiliario de la sala de estar. Asimismo, hacía menos de una hora al entrar por la entrada trasera del hotel, había tenido dificultades para concentrarse lo suficiente para convencer al conserje nocturno mortal –el *ayudante* del conserje nocturno– de que hiciera lo que Jan le pedía que hiciera.

Pero ya estaba todo hecho. O al menos se estaba llevando a cabo. Como se había hecho incontables veces antes, aunque los preparativos actuales de Jan fueron bastante torpes y toscos. Tenía

pocas opciones. Había hecho la llamada necesaria a Amsterdam en cuanto había entrado en la suite, pero no se atrevía a demorar el rejuvenecimiento hasta que llegara su nuevo personal aquella misma noche. Lo más probable era que hubiese estado bien, que no le hubiese amenazado ningún nuevo peligro entretanto. Pero Jan estaba decidido a cerciorarse, en vez de confiar en las probabilidades. Había visto como fallaban demasiadas veces. Él mismo había logrado forzarlas.

Pensar en su nuevo personal le recordó a aquellos que ya no le servirían; Hermán, Ton y Roel. Echaría de menos sus servicios. Pero sólo la pérdida de Marja provocaba en él la más débil muestra de remordimientos... que rápidamente sofocó. Había contemplado el paso de demasiados años como para detenerse demasiado en la muerte de un mortal.

Una mesa al parecer se encontraba en el lugar al que Jan trataba de ir. Se golpeó la rodilla y blasfemó entre dientes. Se tambaleó hacia delante. Entre las varias heridas de bala y su tobillo, Jan estaba lejos de sentirse cómodo, pero tampoco estaba incapacitado. O totalmente destruido. Había salido de la emboscada por parte de la manada del Sabbat en mejor forma –o sea, con su cabeza aún unida a su torso– de lo que merecía, teniendo en cuenta sus meteduras de pata.

¡Fui tan condenadamente estúpido!

Mientras Jan cojeaba por la sala de estar hacia su dormitorio, haciendo trizas sus ropas acribilladas a balazos y dejándolas donde caían, alejó su energía restante de las invectivas y las recriminaciones hacía sí mismo y la canalizó hacia el análisis de sus errores. Había cometido dos. En primer lugar, no había considerado a Baltimore zona de guerra. La ciudad era su base de operaciones, pero no era un centro de mando alejado de las hostilidades. No quedaba ni un lugar así en la Costa Este. El Sabbat, con las incursiones que había hecho, se había asegurado de ello. Todo lo que quedaba eran unos cuantos enclaves dispersos de la resistencia de la Camarilla: Baltimore, Buffalo, zonas de la ciudad de Nueva York, la capilla Tremere en el distrito de Columbia, Hartford.

Dios mío, pensó Jan. ¡Estamos en las últimas si Hartford es una

de nuestras principales sedes!

La inmensidad de la tarea asignada comenzó, no por vez primera, a abrumar a Jan. Tenía que manejar a los elementos irritados de la Camarilla en el Nuevo Mundo y evitar que el Sabbat se hiciera con el control absoluto de la Costa Este, una empresa de la que ya habían completado las cuatro quintas partes.

Imposible.

Jan sintió su brío derrumbarse como un dique de tierra erosionado con los años y empujado por la fuerza irresistible del océano. Podía tapar un agujero o dos, o tres, pero ¿poseía suficientes dedos para marcar la diferencia? ¿Podía él, o cualquier otro, contener mucho tiempo al mar?

Debo lograrlo, pensó. No hay otra alternativa. Hardestadt no permitiría otra alternativa.

Desnudo, Jan se dirigió hacia el espacioso cuarto de baño. Ignorando la inmensa bañera, se metió en la ducha y giró la llave hasta que el agua hirvió. Los pinchazos del agua hirviendo agujijonearon las muchas heridas de bala, aunque estuvieran parcialmente curadas. Jan dio la bienvenida al dolor menor. Le ayudaba a concentrar sus pensamientos, le permitía dejar a un lado el derrotismo enfermizo que sería su perdición, y concentrarse de nuevo en sus errores... errores que se aseguraría de no repetir.

Era cierto que había subestimado el peligro en esta ciudad. No se culpaba, no obstante, del séquito reducido que había traído a los Estados Unidos. Tal y como había sospechado, la situación aquí era peliaguda. Jan creía haber llevado la delantera a Victoria, y haber obtenido la cooperación del príncipe Garlotte... por ahora, al menos. Era como mínimo discutible el que hubiese podido lograr esos objetivos con un pequeño ejército de sirvientes, si hubiese dado la imagen de una figura imperial que acudía a aceptar su coronación. Los demás tal vez se hubiesen unido en su contra, y aún podían hacerlo. Pero tras haberse establecido como líder de la resistencia de la Camarilla, Jan prefería correr ese riesgo a escatimar en asuntos de seguridad en el futuro.

El error real, comprendió, no estaba en la elección de su séquito, sino en la decisión de salir de la ciudad. El deseo de alejarse del hotel

Lord Baltimore, en concreto de apartarse de Victoria, había sido demasiado fuerte. *Y así abandoné el único lugar en la ciudad que sabía que era un refugio seguro... o relativamente seguro*, se corrigió a sí mismo, recordando los informes de la destrucción de Maria Chin, la primera representante Tremere en la "conferencia". Victoria también había estado implicada en el ataque a Chin, recordó. La Tremere había acudido para reunirse con Victoria. Jan archivó ese pensamiento para examinarlo detenidamente más tarde.

Su segundo error, que había agravado enormemente el primero, era que, consumido por las cuantiosas necesidades políticas y marciales, había desatendido sus necesidades personales. En concreto, había permitido que su fuerza menguara. Había esperado demasiado tiempo entre una comida y otra. El lapso era comprensible, pero no admisible.

¿Qué dirá Hardestadt si lo averigua?, se preguntó Jan, pero no quiso considerar esa posibilidad. Su sire fingiría indiferencia, pero comenzarían los inevitables comentarios informales aunque habilidosamente mordaces, y una palabra de censura apenas velada procedente de Hardestadt dolería más a Jan que una estaca clavada en su corazón, Y ése sólo sería el comienzo. Jan tal vez jamás sabría con seguridad si, por culpa de su incompetencia, había perdido el favor de su sire, y si esa incompetencia estaba agravada por el fracaso... Jan había visto a otros de sus hermanos caer en desgracia. Podían durar décadas, dudando, sin saber cuánto habían ofendido a su sire, pero en algún momento, la vitae –el regalo y la maldición– les era reclamada. El fin, sospechaba Jan, no era tan malo como los años precedentes de dudas. No tenía intención de averiguarlo.

Había tenido que hacer muchas cosas antes de su llegada a Baltimore y tras ella, había tenido que contactar con muchos individuos en el transcurso de unas pocas noches: Colchester, Xaviar el justicar Gangrel, los Giovanni en Boston, los distintos príncipes, agentes en Chicago. Todos aquellos preparativos, no obstante, se quedarían en nada si él, por negligencia o descuido, resultaba destruido. Casi había estado demasiado débil para vencer a los asesinos del Sabbat.

Casi no, se corrigió a sí mismo. *Estuve demasiado débil. Si no*

llega a ser por Bell, estaría destruido y Blaine estaría en pie, y no al revés.

Jan y Blaine se habían conocido, aunque sin llegar a ser amigos, tiempo atrás. Jan no sabía lo que había provocado la decisión del *antitribu* de abandonar su clan a favor del Sabbath, y a Jan no le importaba especialmente. Blaine siempre había sido de un tejido más tosco. Estaba por debajo en la sociedad incluso antes de convertirse en un traidor, y ahora estaba destruido. Caso cerrado.

Theo Bell era un enigma más oportuno. Había rescatado a Jan pero, en primer lugar, eso no explicaba por qué el Brujah estaba allí. *¿Coincidencia? Era posible, pensó Jan, pero poco probable.* Jan había llegado a aprender con los años que las coincidencias son la explicación menos probable para cualquier suceso. Siempre había planes ocultos tras las tramas evidentes, y a menudo otras fuerzas tras los planes ocultos. Jan no era ajeno a las sedes del poder de la Estirpe; su linaje se había acostumbrado a ellas. Pero entre sus propias maquinaciones, a menudo no estaba al tanto de los planes de Hardestadt, él que estaba tan cerca de las maniobras de los miembros del Círculo Interior. Y a veces, Jan había llegado a creer que otros poderes más misteriosos estaban manejando los hilos... hilos que incluso el venerable Hardestadt, aunque conociera su existencia, no podía controlar.

Cuentos de viejas, se reprendió a sí mismo Jan. *Historias casi tan fantasiosas como las de los Antediluvianos.* Los antiguos de la Camarilla habían declarado sabiamente que esas historias eran ficticias, aunque muchos vástagos no apreciaban la naturaleza mítica de las leyendas. Adán y Eva, el Jardín del Edén, Caín y Abel... aquellos mitos abordaban ciertas cuestiones metafísicas, pero entre las masas de los menos eruditos, muchos consideraban históricos a aquellos cuentos.

Jan hizo una pausa en su meditación. Algo suave se apretó contra su rostro. Una baldosa blanca. Se estaba apoyando contra la pared de la ducha embaldosada, con gran parte de su peso soportado por su cara mientras su mente vagaba. Jan se puso derecho y cerró el agua. Se había olvidado de cerrar la mampara de la ducha, y un charco de agua tibia se había extendido por el suelo. El vapor flotaba

denso en el aire, oscureciendo el otro extremo de la habitación. Jan pisó con cuidado mientras salía del agua hacia la nada.

Nubes de vapor volaron ante él cuando abrió la puerta hacia el dormitorio. Agarró una de las toallas de felpa del baño y se secó, de manera lenta y pausada. El acondicionador de aire estaba alto, y el frío penetrante hizo que su piel se tensara tras el vapor de la ducha. Desterró todos los pensamientos extraños. Su cuerpo y su mente estaban demasiado cansados. Las divagaciones eran una pérdida de tiempo y sintomáticas de falta de disciplina. Inspeccionó metódicamente cada centímetro de su cuerpo, anotó cada herida de bala y calculó cuánta sangre haría falta para curarla. Cargó su peso sobre el tobillo, sólo brevemente, antes de decidir que una cura importante tendría que esperar otra noche. Pero no seguiría en este estado exangüe. Ni una hora más.

Un gran letargo tiraba de él, por encima del cansancio causado por sus heridas. Fuera, el sol pronto saldría. En todas las ventanas de la suite había pesadas persianas cerradas, pero Jan lo sabía. Se obligó a ignorar la canción de cuna del amanecer y, con movimientos pausados, se vistió un atuendo suelto de raso gris que pronto serviría de pijama. Caminó descalzo hacia la sala de estar, donde un hombre despeinado –en la placa identificativa ponía *Jeffrey Taylor*– estaba sentado con el rostro en sus manos.

Jan se acercó, cerniéndose sobre el hombre cuyo uniforme del hotel parecía un accesorio fuera de lugar. El ayudante del conserje nocturno –cualquier empleado de este hotel, en realidad– normalmente demostraba una disposición alegre hacia los huéspedes, pero este hombre lloriqueaba y hundía las yemas de sus dedos en su rostro y su cabellera. Jan advirtió de nuevo el cómodo grosor de la elegante alfombra contra la piel de sus siempre fríos pies. Sus sentidos habían saltado al estado de hiperatención que acompañaba las expectativas de alimentación.

–Jeffrey –dijo Jan tranquilamente. El hombre alzó la vista sólo de mala gana. Sus ojos, estanques inyectados en sangre, reflejaban la angustia que atormentaba su cuerpo y su alma. La voz de Jan, no obstante, calmó algo al hombre–. Jeffrey, ¿cómo se llama ella?

Abrió la boca, pero un nuevo espasmo de sollozos le invadió

antes de que pudiese hablar. Jan esperó pacientemente, permitiendo que su presencia reconfortante domara la histeria del hombre.

–¿Jeffrey?

–Se llama... Estelle –consiguió decir en un estertor.

Estelle. Jan mantuvo el nombre en su mente. Haría que su labor fuera más sencilla, aunque saber su nombre también le intranquilizaba. *Estelle.* Ahora era más una persona. Su nombre era una faceta más de la recepcionista genérica. *Estelle.*

–Jeffrey –Jan puso su mano en la frente del hombre–, Estelle está haciendo un turno doble. No va a ir a casa. Llama a quienquiera que tenga que saberlo. –Jan hizo una pausa, esperó a que las instrucciones fueran asimiladas, pero no liberó al ayudante del conserje nocturno.

–No te sientes bien, Jeffrey. Ve a casa. No recuerdes nada de esto. ¿Entiendes?

Jeffrey asintió débilmente. Respiró hondo y se puso en pie.

–¿Pue... puedo servirle en alguna cosa más, Sr. Pieterzoon?

–No. Gracias, Jeffrey. –Jan posó su mano en la mejilla de Jeffrey–. Cuídate.

–Sí, lo... lo haré. –Volvió a respirar hondo y se movió hacia la puerta, mientras una espesa niebla se despejaba lentamente en su mente–. Gracias, Sr. Pieterzoon. –Jan permitió que los pensamientos del mortal se alejaran. Jeffrey Taylor haría la llamada telefónica y se marcharía a casa. Estaría bien para mañana por la noche, salvo que nunca más volvería a sentirse a gusto en presencia de cierta recepcionista. Alrededor de ella, experimentaría una inquietante sensación de culpa, aunque no sabría por qué. La evitaría, y cuando no pudiese evitarla, afrontaría la incomodidad. Pero viviría.

Jan se volvió y anduvo con zancadas lentas, decididas, hacia las puertas dobles que había intentado fingir que no existían hacía menos de una hora. Giró el pomo y entró en el dormitorio.

Estelle.

Yacía desplomada sobre la cama, su cuerpo menudo empequeñecido por el gran tamaño de la cama. La corbata de seda, una mordaza improvisada, estaba húmeda con su saliva y sus lágrimas. Sus manos estaban atadas a su espalda, sus ropas hechas

jirones. Lloraba en silencio sobre el cubrecama.

Estelle.

Jan se obligó a mirarla, a no apartar la vista. *Eres la causa de esto*, se dijo a sí mismo. *No cometas errores*. Estaba hablándole a ella antes de llegar a la cama, antes de que se sentase despacio a su lado.

–Estelle...

Desató sus muñecas, advirtió las abrasiones de su lucha contra las ataduras de tela.

–Estelle –hizo callar sus sollozos, mientras le quitaba la corbata de la boca. Ella tragó aire, apretó su rostro contra la rodilla de Jan. Era su protector, su salvación. Su voz era un bálsamo para su herida–. Estelle, no es por tu culpa.

Es por la mía, era consciente Jan, pero sofocó la culpa con compasión. Estiró la ropa de ella mientras se colgaba lloriqueando del brazo –volvió a poner en su sitio su falda, enganchó su sujetador, abrochó aquellos botones que no habían sido arrancados de su falda. Fingió que era su rescatador, como ella creía, en vez de la bestia inhumana que había puesto en marcha todo aquello. Sostuvo la cabeza de ella contra su pecho, acariciándole el pelo. Deseaba que los surcos de lágrimas de ella que le pegaban la camisa a la piel fueran, en vez de eso, un cuchillo que pudiese arrancar su negro corazón. En cierto modo, lo eran.

Jan prefería actuar como cómplice. A estas alturas ya se había causado casi todo el daño, y él simplemente se aprovechaba a su manera, menos importante. Pero las circunstancias podían ser crueles. No siempre se contaba con el lujo de encontrar a una Marja o a un Roel. Los refugios, muchos de los cuales Jan apoyaba económicamente, no siempre eran convenientes. A veces tenía que empezar de cero, y no podía ocultarse a sí mismo el monstruo en que se había convertido.

–Estelle –susurró de nuevo, tranquilizándola incluso mientras atravesaba la carne de su cuello. *No*, se dijo a sí mismo, mientras pensaba en los violadores, *no soy mejor que ellos*. En el mejor de los casos, él se aprovechaba de la víctima; en el peor de los casos, como esta noche, él creaba a la víctima.

Estelle se apretó contra él como una niña asustada y se durmió.

Su corazón acelerado, una acusación incesante, martilleaba en sus oídos. Jan podía sentir la influencia del sol más allá de las paredes selladas a la luz, pero fue muchas horas antes de que se rindiera al día.

*LUNES, 19 DE JULIO DE 1999, 22:16 H
SUITE DEL GOBERNADOR, LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE,
MARYLAND*

–¡De verdad, Alexander, no veo por qué me niegas esto!
–Victoria había superado los pucheros y los pataleos, y estaba enfureciéndose de veras. Un solo rizo de su perfecto cabello castaño oscuro se descolocó sobre su frente. Ella lo apartó a un lado irritada.

El príncipe Garlotte permanecía levantado y observaba la evolución de su berrinche. Su chiquillo, Isaac, también permanecía en pie; Victoria no les había ofrecido un asiento, aunque, en términos generales, fuera ella la invitada. El joven sheriff seguía mirando e intentaba no sentirse incómodo mientras la Toreador insultaba a su sire. ¿Acaso no era un insulto presentar un ultimátum al príncipe, y después desdeñar su hospitalidad cuando él se negó a acceder? Dos de los subordinados de Gainesmil se apresuraban empaquetando las pertenencias de Victoria... pertenencias que, casi hasta el último traje, eran regalos del príncipe. Un insulto añadido.

–Ya sabes lo que me duele negarte algo, amor mío –dijo Garlotte.

–Entonces no lo hagas –respondió bruscamente.

–Ah, Victoria. –El príncipe extendió una mano para tocarle el brazo, pero ella lo retiró, con elegancia pero de modo significativo, lejos de su alcance. Él vio cómo volvía a apartar el rizo de su rostro. *Qué bien lo has coreografiado todo, Victoria, pensó, hasta el último*

rizo. ¡Dios mío, está preciosa con esa pasión en sus ojos! Mientras ella le daba la espalda, Garlotte vio a Isaac avergonzándose ante el desaire, pero el príncipe estaba demasiado cautivado por la curva de la espalda de Victoria, por la llama perfecta de sus caderas, para ser insultado.

Volvió a encararse con el príncipe y comenzó a hablar, pero se calló y miró a Isaac, como había hecho antes.

–Te aseguro –dijo Garlotte– que puedes hablar con entera libertad delante de Isaac. Es un modelo de discreción. –El príncipe advirtió con orgullo como su chiquillo casi conseguía disimular un estremecimiento. *Está aprendiendo. Dale unas cuantas décadas más...*

–Mi principal deseo es protegerte, mi príncipe –dijo ella finalmente, desafilando su furia con una calma forzada.

–Claro que lo es, querida.

Victoria plantó sus puños en las caderas.

–Por eso te lo vuelvo a decir: debes alejar a Jan.

–Y yo te lo vuelvo a preguntar –dijo el príncipe–: ¿Por qué?

La breve muestra de paciencia de Victoria llegó a un abrupto fin. Lanzó una mirada furiosa a Garlotte y a Isaac que habría puesto de rodillas a un mortal. De hecho, Isaac dio un paso atrás.

–Planea tomar tu ciudad.

Garlotte dejó que su acusación permaneciera entre ellos... antes de desecharla.

–Pero Isaac y yo acabamos de volver de inspeccionar algunas de las defensas de la ciudad... guarnecidas por vástagos recién llegados desde Chicago, como favor hacia Jan.

–No como favor hacia Jan –corrigió Victoria al príncipe–. Como favor hacia su sire ávido de sangre.

–¿Quién de entre nosotros no está ávido de sangre? –preguntó Garlotte fingiendo inocencia.

Victoria, exasperada, se volvió hacia las puertas francesas abiertas y el balcón.

–No seas estúpido, Alexander. Sin duda protege la seguridad física de la ciudad. Otro pozo del Sabbath no le sirve para nada. Te alejará del poder con sus maniobras.

–¿Te lo ha contado él? –preguntó Garlotte.

Victoria ignoró la ridícula sugerencia del príncipe y descargó su ira en su lugar contra los dos Treador que sacaban todas sus mejores galas del hotel.

–¡Dejadnos! Vine a esta ciudad sin un céntimo. Puedo arreglármelas con lo que quede. Esperadme en el camión.

Mientras los dos Treador inferiores se marchaban corriendo, Garlotte no pudo negar dos consecuencias de su presencia, una por cada subordinado. El primer lugar, Gainesmil había escogido bando en esta cuestión, o como mínimo se había congraciado con Victoria. Pero *¿puedo desaprobarte su deseo de estar cerca de ella?* se preguntó Garlotte. Meditó la cuestión durante unos segundos antes de llegar a una conclusión: *Por supuesto.* Metería en cintura a Gainesmil. Garlotte se aseguraría de que el arquitecto llegara a ver el error de sus métodos.

En segundo lugar, considerando que los que ayudaron en la mudanza habían llegado casi a la vez que Garlotte e Isaac, Victoria debía tener pocas esperanzas o ninguna de convencer al príncipe. *Pero, ¿por qué provocar una ruptura patente?* Garlotte se lo preguntaba mientras acariciaba su barba morena. *¿Está jugando con mi sentido de la caballerosidad? ¿Espera que trate de recuperarla?* No tenía pruebas concluyentes, pero el príncipe estaba seguro de una cosa: incluso el antojo más caprichoso de Victoria estaba motivado por un propósito tortuoso e inescrutable. Y esta noche ese propósito la alejaba de él.

–No puedo seguir siendo tu huésped y ver cómo te destruyen –dijo Victoria.

Garlotte no dijo nada. Simplemente la miró fijamente; a las fuertes y elegantes líneas de su rostro, el tejido del suéter blanco según se ceñía sobre sus pechos, el medallón de oro que la había regalado.

Puedo dejarla marchar, se dijo a sí mismo el príncipe, y aunque era verdad, el hecho de que pudiera no significaba que quisiera hacerlo.

–La conferencia no tolerará sus modales groseros –prosiguió Victoria–. Con tiempo para un poco de reflexión antes de la siguiente

reunión, le verán como el usurpador que es.

Con un poco de reflexión y algo de persuasión... Garlotte interpretó así su comentario, pero no había pasado por alto la amenaza potencial de las masas desplazadas.

–La conferencia ya no existe.

Victoria lo miró furiosa, con el desafío patente en sus ojos.

¿De veras cree que yo permitiría que la chusma influyera en la política en cuanto se restaurara cierta apariencia de estabilidad? se preguntó Garlotte. ¿Había sobrestimado a Victoria, o era su aparente indignación simplemente otro fingimiento?

–Se han asignado tareas a la mayoría de los refugiados relacionadas con el mantenimiento de las defensas de la ciudad –explicó–. Ya no es necesario que les consultemos en materia de planificación. *Ellos*, Victoria, se dan cuenta de que una ciudad fuerte, un refugio contra el Sabbat, es lo más a lo que deben aspirar. No se les dio rienda suelta en sus antiguas ciudades. Ni tampoco deberían esperarla aquí.

–Entiendo. –La mano de Victoria subió lentamente hasta el medallón. Paseó la mirada y terminó fijándose en Isaac. Durante un largo rato lo estudió, pero después su interés en él pareció disiparse al instante.

–Pero no es necesario que te vayas –sugirió Garlotte.

Victoria dio la espalda a Garlotte. Tiró del medallón con la fuerza justa para que la fina cadena se rompiera tras su cuello. Como para remarcar su rechazo de Garlotte, puso el medallón y la cadena sobre la mesa ante él, para después marcharse sin decir una palabra más.

El príncipe Garlotte cerró sus ojos y saboreó los últimos restos de su persistente aroma. Quería grabar el recuerdo de ella en su imaginación, para que siempre estuviera a su lado. Durante un instante fugaz, el mundo retrocedió, y sólo estaban ella y él, hasta que...

–¿Debo seguirla? –la voz de Isaac hizo añicos la ilusión.

Garlotte combatió el gruñido profundo que comenzaba en su estómago.

–¿Seguirla? ¿Al refugio de Gainesmil? Creo que sé donde encontrarlo. –El tono del príncipe excluía más preguntas.

Cogió de la mesa el medallón de su esposa fallecida, esa joya que hasta hacía unos instantes descansaba sobre el pecho de Victoria. La cadena podía repararse fácilmente. Las cejas de Garlotte se alzaron con interés, no obstante, cuando abrió el medallón y encontró la lengua marchita en su interior.

Yo decido mi propio destino, se dio confianza Victoria. La limusina que Gainesmil había enviado la llevaba despacio por las calles de la ciudad y seguía al camión que transportaba sus posesiones. Su mano se perdió en el cuello, en el lugar donde ya no se encontraba la cadena. Se la había devuelto a Garlotte, y junto con ella el recuerdo de su tiempo con el demonio Elford en Atlanta.

Creen que no voy en serio. Alexander, Jan, Theo Bell, Vitel, la nueva bruja Tremere... ninguno de ellos tomaba en serio a Victoria. Elford había cometido el mismo error. Su lengua retorcida era una advertencia. *Que Garlotte lo comprenda, si tiene ojos para ver*, pensó ella, y después: *No lo entenderá. No hasta que sea demasiado tarde*.

El príncipe no se equivocaba al sospechar de Victoria, pero estaba loco si confiaba en Jan. Y sufriría las consecuencias. Jan depondría a Garlotte, o Victoria podría verse obligada a ello. Pero eso sería varias semanas o meses más adelante. Esta noche, había puesto en marcha una estratagema más inmediata. Garlotte tal vez pensara que podía arreglárselas sin su compañía, pero que lo intentara. Entonces, a eso se añadía otro factor: sin Victoria oponiéndose de manera activa a Jan, Garlotte tendría muchas menos razones para apoyar a su compañero de clan. Había plantado la semilla en la mente del príncipe de que Jan era una amenaza. Era probable que Garlotte también techara la culpa a Jan del alejamiento entre ella y el príncipe.

Ya veremos cuanto tiempo tardan en aparecer grietas en la red de colegas Ventrue, pensó.

Pero no era Garlotte, ni siquiera Jan, a quien temía Victoria. Aún no podía sacudirse la sensación de que simplemente estaba interpretando un papel asignado en el drama. Aquél era su miedo más importante y constante, y había tomado medidas, de nuevo, para asegurarse de que no se confirmaba.

Trajo a su chiquillo. El príncipe había respondido a la

convocatoria de Victoria –más bien, a su *invitación*– pero se había llevado con él a Isaac. Y Victoria se había marchado. Se había alineado, al menos hasta cierto punto, contra el príncipe. Si hubiese ido solo, ella se habría dejado convencer para quedarse. Habría enviado de vuelta a los subalternos de Gainesmil sin ella. Habría abandonado su último plan. Estaba decidida, por encima de todas las cosas, a que ningún antiguo adivinaría su estrategia. Nunca más.

Sin embargo, la sensación de que andaba sonámbula en el suelo de otro se aferraba a ella como una fiebre, como le había sucedido cada vez más desde Atlanta. Como había sucedido desde su tiempo en las garras de los infames Tzimisce. Ahora los dedos de Victoria rozaban la diminuta imperfección de su mandíbula –la imagen de una serpiente devorando su propia cola– que su maquillaje parecía capaz de ocultar sólo durante un tiempo.

Yo decido mi propio destino, se dijo a sí misma, una y otra vez, mientras la limusina se sumergía en la noche.

* * *

El príncipe Garlotte ya había enviado a Isaac a inspeccionar más defensas de la ciudad. Ahora se encontraba reclinado en el sofá y fingía que Victoria seguía allí. Era mucho más fácil sin su chiquillo chismorreando acerca de nada en particular. Garlotte imaginó que la impresión de su cuerpo seguía caliente –igual que lo había estado aquella noche en el barco– sobre los cojines debajo de él, o sobre la cama en la otra habitación. Intentó convencerse a sí mismo de que aún podía captar una pizca de su fragancia. Pensó en quedarse con las pertenencias que se había dejado –además de la lengua descompuesta en la mesita de café, por supuesto– y continuar como si residiera permanentemente en su hotel. Podía sellar la suite, para que nadie perturbara el espacio que ella había habitado.

Dios mío, suspiró. No había esperado el dolor que le había atenazado ni siquiera una hora después de su ausencia. No es que tuviera que estar con ella a todas horas. De hecho, durante las pasadas semanas había pasado relativamente poco tiempo con ella. Saber que *podía* estar con ella, que estaba a su disposición, era

suficiente; saber que no podía verla, que podía rechazarlo... eso podría sacarle de quicio.

Ah, bien, intentó resignarse, tal vez necesite algo con lo que distraerme.

–¿Qué opinas? –dijo Garlotte a la habitación vacía.

–Estaba esperando que enseñara las tetas –llegó la respuesta–. Supongo que es bastante mujer para ti y para el chaval... y yo me contento con mirar.

Garlotte se sentó y miró hacia el Nosferatu. Colchester se frotó las manos y miró fijamente a lo lejos, como si volviera a repetir en su mente lo que no había sucedido.

–Pensaba –le amonestó el príncipe– que ya te habías cansado de hacer de mirón.

Colchester resolló y... ¿sonrió? Era difícil saberlo con los colmillos sobresaliendo de su labio.

–Básicamente sí. Pero ella puede hacer que recupere las viejas costumbres.

Garlotte frunció el ceño. No le gustaba que se hablara de Victoria de ese modo. Por lo visto Colchester se dio cuenta de su error; su comportamiento se atemperó de modo bastante brusco.

Garlotte continuó.

–Y ella y Pieterzoon ¿no se *han... encontrado* desde lo que informaste hace dos noches?

–Exacto.

Tras la desaparición de la alegría perversa en Colchester, Garlotte no pudo leer nada en los ojos negros, en la cara sembrada de cráteres. *Habría sido mejor no haberle puesto en guardia*, pensó el príncipe, pero la lujuria del Nosferatu le crispaba, de manera irracional. *Algunos asuntos*, decidió Garlotte, reafirmando sus propias acciones, *no están destinadas a ser racionales.*

Calebros se movió en la silla de oficina. Era muy difícil encontrar una postura cómoda, teniendo en cuenta la peculiar curvatura de su espina dorsal. Devolvió una hoja de papel –un breve informe con sus sospechas acerca de cierto Setita; Calebros había añadido un comentario acerca de otro asesinato de un Tremere en Washington, la base de operaciones del Setita– a una de las precarias pilas de libros y carpetas sobre su maltrecho y abarrotado escritorio.

Hojeó otro informe –el último procedente de Washington– y después se giró e introdujo un trozo de bolsa de papel marrón en su máquina de escribir.

COPIA DE ARCHIVO

22 de julio de 1999

Asunto: Baltimore/Washington D.C.

Informe del mensajero: según Ravenna /Parmenides, el Sabbat no planea atacar Baltimore de manera inminente; prosigue la lenta concentración /organización /consolidación; no hay señales de movimiento de tropas al norte, es decir, en Buffalo.

Colchester mantendrá informados a Garlotte y a Pieterzoon con los datos de R/P acerca de D.C.

~ Pieterzoon no está al tanto de la relación entre Colchester y Garlotte.

Que siga siendo así.

...MARTES, 27 DE JULIO DE 1999, 3:16 H
CAPILLA DE LOS CINCO BARRIOS, CIUDAD DE NUEVA YORK

–¿Todos ellos, *Regentia*? –preguntó la abrumada novicia.

–Todos ellos –respondió Sturbridge–. Y quiero todos sus papeles: sus notas, sus cartas, sus listas de la compra. Todos estos libros que no están en sus lugares adecuados, los quiero. Si están abiertos, marca las páginas. Si no están abiertos, busca notas al margen y marca esas páginas.

»Inspecciona toda la habitación –que sea la habitación y todo lo demás hasta la Salida Tercia– y busca cualquier resonancia. También quiero cualquier cosa que encuentres. Eso debería ser suficiente para empezar. ¿Qué sabes acerca del ritual que estaba llevando a cabo cuando fue... interrumpido?

Los ojos de la novicia no dejaban de apartarse involuntariamente hacia el cuerpo seco y desplomado en el centro de la habitación.

–No lo... o sea, evidentemente es una Búsqueda, teniendo en cuenta *el diagrama hermético* pero... Sin duda Jacqueline respondería mejor a estas preguntas. Ella ayudó en la preparación de... –La novicia se interrumpió, pero se recuperó rápidamente–. La enviaré también –añadió a toda prisa, anticipándose a la siguiente orden.

Sturbridge se detuvo, después bajó el dedo que estaba alzado para dar instrucciones a Eva en esta misma cuestión. Sonrió.

–Bien. Dime, ¿cómo dirías que murió?

–Algo fue *mal*, *Regentia*. El círculo de protección ha sido borrado en algunos lugares, las velas se han caído. Tenemos suerte de que no ardiera toda la habitación...

–No puede, pero continúa –intervino Sturbridge.

Eva miró de modo interrogativo a la Regente, pero como no parecía que estuviera dispuesta a comunicar más información, continuó con su especulación.

–El ritual fue mal. Algo... se interpuso. Lo mató, se cobró su *vitae* y huyó. Por allí, hacia la Salida Tercia y hacia el exterior. Aaron intentó bloquear su huida y también murió.

Sturbridge meneó su cabeza lentamente.

–Te estás adelantando. Pero quizás no aprecies el peligro. Aquí

nos enfrentamos con la muerte... la Muerte Definitiva. ¿No lo entiendes? Cuando cazas mortales, puedes ser voraz. Si quieres luchar con la Muerte, no obstante, debes ser objetivo. Disciplinado. Paciente. La Muerte es muy... paciente.

Alargó la última palabra como una caricia. Pero no había calor en ella.

–Avanzas a partir de demasiadas suposiciones. En primer lugar, ¿por qué salió mal el ritual? Foley era un *adepto*. Era ayudado por dos aprendices, uno del tercer círculo, otro del séptimo círculo, y cualquiera de ellos podía haber llevado a cabo una Búsqueda sencilla. No tiene sentido.

Eva comenzó a protestar, pero fue interrumpida.

–Dos. No puedes "interponerte" en una Búsqueda. Tampoco puede hacerlo ninguno de los habitantes del "otro lado". Eso es un cuento de viejas, que sólo sirve para asustar a los neófitos. Una Búsqueda no es como abrir de par en par un postigo. Más bien es como mirar a través del ojo de una cerradura. Es más ver que ir. O, como un novicio *aplicado* diría, es más observar que...

–...acudir –Eva remató rápidamente, eludiendo el largo sermón implícito en la mirada furiosa de la Regente–. Pero ¿y si no sólo era una Búsqueda? ¿Y si se trataba de una Invocación en toda regla? Sé que las precauciones habituales no están presentes; no están los nombres de los arcángeles protectores, ninguna salvaguardia en los puntos cardinales, nada más eficaz que la tiza y la vela y la pluma y el pergamino. Pero tal vez no quería que nadie supiese que se trataba de una Invocación.

La Regente le dirigió una mirada de severa censura.

–Sabes perfectamente que está prohibido realizar Invocación alguna dentro del *domicilio*. Incluso ayudar en una aventura con una concepción tan mala sería una invitación a mi desagrado absoluto.

El tono de esta última declaración llevaba implícito una amenaza mucho mayor que las propias palabras. Eva, no obstante, estaba demasiado ocupada ordenando las piezas de su teoría para coger la indirecta.

–¡Por eso tendría más motivos para ocultar la verdadera naturaleza del ritual! Cualquiera de los *diagramas* protectores le

habrían delatado. Sus ayudantes habrían adivinado su propósito y...
–se detuvo triunfante, y de repente recuperó el hilo– le habrían disuadido de hacer algo tan desobediente –finalizó sin mucha convicción.

–Sí, los ayudantes –resumió el relato Sturbridge–. ¿Para qué había decidido Foley incluirlos en este ritual "secreto"? Me parece que ni siquiera los Druidas, los Satanistas o los Templarios se esfuerzan tanto en asegurarse de estar tan bien acompañados en sus rituales secretos.

–Si me permite hablar con franqueza, Regentia –comenzó dócilmente Eva– en nuestra capilla hay quienes no se sienten tan obligados por el *interdicto* como usted y yo.

Sturbridge se puso en pie todo lo alta que era y por un momento pareció que iba a golpear a la novicia. Eva, por su parte, escudriñó algún detalle del complejo dibujo de las baldosas del suelo, su cabeza inclinada como gesto de sumisión.

Sturbridge exhaló de forma audible.

–El *interdicto* existe precisamente para evitar que los novicios imprudentes llevaran su estupidez hacia la autodestrucción. Aunque no te des cuenta –prosiguió la regente– estamos asediados. ¿Sabes lo que hay más allá de estos muros?

Una ligera sonrisa se deslizó por los rasgos de Eva antes de que pudiese reprimirla. Estaba pensando en el campus relativamente conventual del Barnard College sobre el que se encontraba la capilla. Inteligentemente no expresó sus pensamientos.

–Más allá de estos muros –continuó Sturbridge– hay territorio enemigo. Nueva York es una fortaleza del Sabbat. *La fortaleza del Sabbat*. Por ahora, habéis sido cuidadosamente protegidos de esta realidad cruel e inflexible. Pero sin duda, incluso desde dentro de la seguridad de esta capilla, os dais cuenta de lo que nos jugamos aquí.

–Sí, Regentia. –El tono de Eva era sumiso.

Sturbridge alzó el rostro abatido de la novicia.

–Podemos mantener a raya al voraz Sabbat. Les mantendremos a raya. Pero lo haremos de la manera adecuada. No recurriremos a rituales de alto riesgo –especialmente aquellos que prescinden de las protecciones adecuadas– dentro de los confines de la capilla. No

pondremos en peligro a nuestras hermanas en nuestra búsqueda de mejores armas que esgrimir contra nuestros enemigos. No implicaremos a otros poderes –especialmente a aquellos de más allá de esta esfera terrestre– en nuestra lucha. Lo más importante al combatir monstruos es asegurarse de que uno no...

–Se convierte en uno de ellos –acabó Eva con la cita del filósofo. Nietzsche era compatriota suyo, parte de la compleja tradición intelectual y mística que formaba parte de su herencia. Eva no podía evitar recordar, no obstante, que las palabras del filósofo también formaban parte de la herencia del Reich. ¿Con cuánta frecuencia se usaron sus aforismos para defender y exponer un pogromo genocida que humilla incluso a los peores excesos de los no muertos?

Parecía que las palabras también podían convertirse en desesperadas y monstruosas.

Sturbridge posó una mano sobre el hombro de la novicia y la dirigió hacia el umbral.

–Pero parece cansada. Ve al refectorio. Haz que tu sistema reciba algo de sustento. Vuelve sólo entonces para reunir las cosas que he pedido.

Mientras Sturbridge cerraba la puerta de la cámara tras ellas, Eva decayó visiblemente, como si la cercanía del cadáver fuese lo único que la había mantenido erguida. Recorrió tambaleándose el pasillo hacia el refectorio. Una sonámbula. Sturbridge observó la figura que se alejaba hasta que alcanzó la esquina en el pasillo, como para asegurarse de que no tropezara y cayera antes de entonces.

Satisfecha, la llamó.

–Eva...

La figura se dio la vuelta con evidente esfuerzo.

–Ten cuidado. No todos los monstruos vienen de más allá de estos muros.

Sturbridge caminó con decisión hacia su lugar privado. Los pocos novicios con los que se cruzó, al ver el porte de su Regente, se metieron en umbrales y pasillos laterales para dejarla pasar.

Sturbridge manoteó distraídamente algo ante su rostro como si intentara quitar una telaraña o un insecto pertinaz. Disparó a propósito no menos de tres sistemas defensivos (dos silenciosos y uno muy

audible) que dejó que desactivara el equipo de seguridad a su paso. No estaba nada contenta con la demostración de sus evidentes defectos dos noches antes y no se sentía inclinada a hacer que su trabajo fuese más agradable esta noche.

Incluso llegó hasta el punto de controlar a un espíritu guardián particularmente perverso y enviarlo para convencer a las defensas autónomas de la capilla de que el *domicilio* estaba ardiendo. Aquella imposibilidad en concreto les mantendría ocupados durante algún tiempo. Probablemente tendría que desconectar el sistema "defectuoso", desmantelando la compleja serie de protecciones místicas, electrónicas, bioquímicas y geomecánicas una a una.

Era, quizá, una pequeña crueldad. Pero Sturbridge no se arrepentía de ella. El castigo era, en todo caso, bastante indulgente comparado con el precio en sangre que podía haberse cobrado por el fallo de hacía dos noches; un fallo que había causado el asesinato de su número dos en el santuario de su propio taller.

Mientras entraba en su propio santuario, advirtió con satisfacción que la puerta se sellaba tras ella con el siseo de los sistemas hidráulicos y el silbido de los pernos de acero introduciéndose en su sitio. Pidió el estado de las salidas de la capilla y las encontró aseguradas a todas. Fue hacia el panel y pulsó una palanca de anulación, franqueando una de las salidas (la Salida Tercia, para tocarles un poco las narices). Unos cuantos gestos rápidos y activó una protección –una alarma sonora, bastante ruidosa– para que se apagara cuando se volviese a asegurar la puerta, y gritara el tiempo de respuesta exacto.

Sólo entonces se dejó caer en el mullido sillón del rincón más alejado de la habitación. El sillón era la única concesión al confort en el austero estudio. A pesar de todo, estaba rodeado por un halo imponente, como el de un trono.

El sillón parecía alzarse desde un estrado de libros apilados. Pilas desordenadas de tomos llegaban en ciertos lugares a la altura de los hombros, balanceándose de manera precaria. No era raro que toda un ala del edificio se derrumbara y cayera en cascada al suelo en una avalancha de manuscritos iluminados, revistas de moda, pergaminos de papiro, folletos publicitarios, manuscritos a lápiz, tablas de arcilla y

hojas sueltas.

Acomodada de manera segura, Sturbridge finalmente pudo ignorar las siluetas negras que revoloteaban en su visión periférica y le exigían su atención. En lugar de eso, se concentró en los pensamientos de Eva y, más específicamente, en la defectuosa teoría que la chica había elaborado a toda prisa. Johnston Foley no había acudido a su Muerte Final por el capricho de una bestia espiritual; los preparativos para su ritual estaban completamente equivocados. En lugar de eso, había encontrado su muerte por la mano (y la espada) de una bestia de carne, una carne no muerta. En efecto, el asesino se había cobrado la *vitae* de Foley, pero también se había llevado algo más, cierta gema que había sido el objeto del ritual de Foley. Aquí era donde Sturbridge contaba con una clara ventaja con respecto a la pobre Eva. La regente tenía acceso a muchos más datos. Estaba al tanto de más cosas... como de la inquietante serie de asesinatos perpetrada contra el clan Tremere, una serie en la que encajaba perfectamente el fallecimiento de Foley.

Agobiada por pensamientos morbosos y por el revoloteo negro que de nuevo se acercaba a ella, Sturbridge se hundió aún más en su voluminoso sillón. Se envolvió con el muro de libros que la rodeaba, cerrándolo alrededor de ella. Sintió su tranquilizadora proximidad, su calor, su protección. Lentamente, las alas oscuras que abofeteaban su rostro comenzaron a retirarse.

Estaba más que familiarizada con su tacto sombrío; la ráfaga de golpes que no cortaban ni magullaban, sino que parecían asfixiar. Sus oídos zumbaban con el grito de las aves carroñeras. Podía sentir su peso por encima de ella, flotando opresivamente como el sol de mediodía, esperando. Una de ellas, más audaz que sus compañeras, tiró de forma experimental del dobladillo de una manga.

Ella retiró su mano hacia el interior del refugio del capullo de libros. Su primer impulso fue arremeter, golpear, chillar, asustar y dispersar a la bandada de cuervos. Con esfuerzo, reprimió esta respuesta animal instintiva.

Ella era más juiciosa. No tenía sentido vengarse de los simples mensajeros, de estos heraldos del fin. Contuvo su desprecio, lo reservó para su amo, la única y verdadera némesis.

Así que una vez más estaba entre ellos. Sturbridge se descubrió a sí misma acumulando inconscientemente sus defensas alrededor de ella, abocetando los perfiles de ingeniosas protecciones, llamando a aliados invisibles. No se hacía ilusiones acerca del resultado final de esa confrontación de toda la vida. Incluso sus poderes (que no eran insignificantes) servirían de poco contra su inoportuno huésped. Sturbridge no era una belleza legendaria, que hiciera que tanto pretendientes como rivales superaran océanos y generaciones. Su pretendiente, no obstante, poseía una paciencia y perseverancia inhumanas.

No era la primera vez que la Muerte había acudido a por ella. Sólo esperaba que, aquella vez, no quisiese quedarse.

**MIÉRCOLES, 28 DE JULIO DE 1999, 23:09 H
SUITE PRESIDENCIAL, LORD BALTIMORE INN,
BALTIMORE, MARYLAND**

—¿Alguna otra incursión del Sabbat cerca de la ciudad?
—preguntó Jan.

—No —respondió Hans van Pel, el nuevo ayudante de Jan, en un inglés directo y entrecortado. Como siempre, llevaba una pequeña libreta y un bolígrafo, pero Jan nunca le había visto tomar notas. Lo que le parecía bien, pues las notas escritas eran más vulnerables a la destrucción o al robo. Hans almacenaba una cantidad ingente de datos en su mente y los recordaba de manera infalible—. Ha habido sondeos menores, pero ninguno ha superado el perímetro exterior que el Sr. Bell ha establecido cerca de Fort Meade.

Jan asintió. La eficacia del perímetro de Bell estaba sumamente ayudada por la repentina avalancha de obras en enormes tramos de la I-95 hacia el norte, la avenida Gladys Spellman, y otras importantes arterias de tráfico procedentes de Washington. Garlotte, mediante

varios funcionarios del gobierno dentro de su considerable esfera de influencia, no había tenido problema para concertar los proyectos excesivamente ambiciosos del Departamento de Transportes. Era fácil vigilar el tráfico atascado por un carril, y desde el punto de vista de los mortales, no era raro que el Departamento de Transportes cerrara y levantara kilómetros y kilómetros de carretera, más de lo que podía reparar de una sola vez.

–¿Están listas las líneas interiores?

–Sí. La segunda línea en el aeropuerto internacional Baltimore-Washington, la tercera a lo largo de la autopista de circunvalación, y la cuarta en los límites de la ciudad son todo lo seguras que es posible.

Jan comenzó a pasar sus dedos por dos de las balas que habían estado alojadas en su cuerpo y que habían salido cuando las heridas curaron. Su ayudante hizo todo lo que pudo por ignorar el sonido chirriante de los proyectiles de metal.

–Hablando del Sr. Bell –prosiguió van Pel–, la creciente resistencia que se encontró en su última incursión en Washington sugiere que las fuerzas del Sabbat se están consolidando.

–Lo que parece corroborar la información de nuestra fuente dentro del alto mando del Sabbat sobre que se están congregando para un ataque a gran escala sobre Baltimore. –Jan acarició la superficie lisa de las balas, pasándolas por encima de un dedo, por debajo del siguiente.

Han frunció ligeramente el ceño ante la mención del informador misterioso.

–¿Confía usted en la veracidad de su fuente, señor?

La mirada de Jan se centró en su ayudante.

–No.

Colchester, en la primera noche que se habían reunido, había informado acerca del falso ghoul asesino que servía a Lady Sascha Vykos pero seguía informando a sus señores Assamitas a través de los Nosferatu. Jan sospechaba de la cadena de información; no es que Colchester le engañara, pero había demasiados eslabones, demasiados motivos ocultos. Si la información de esa fuente, no obstante, se confirmaba mediante otros informes...

–Las pérdidas de Bell en la incursión fueron relativamente bajas –dijo van Pel–. Y todos fueron Brujah, al menos.

–Necesitaremos a todos esos Brujah cuando llegue la hora. –A Jan le asombraba que Bell consiguiese retirarse de Washington siquiera con *parte* de sus tropas. En varias ocasiones se había adentrado en el Beltway y después se había abierto camino por la fuerza. Era inevitable que sufriera bajas, y Jan sabía que era más fácil embotellar a un huracán que controlar al arconte Brujah.

–¿Y los cuerpos de refugiados? –preguntó Jan.

–Como decretó el príncipe Garlotte, se ha alistado obligatoriamente a la mayoría de los vástagos refugiados en Baltimore, el precio del santuario. El sheriff y Gainesmil les han distribuido en unidades, y guarnecen los controles de los perímetros interiores. Los Brujah y nuestros amigos de Chicago han sido asignados a las zonas más delicadas y vitales.

–Bien. –Mientras las balas chasqueaban entre sus dedos, Jan no pudo apartar un molesto pensamiento de su mente–. ¿Por qué atacar en primer lugar a Baltimore? –murmuró para sí.

–¿Señor?

–¿Por qué atacar en primer lugar a Baltimore cuando aún tienen que preocuparse por otros sitios, como Buffalo, la ciudad de Nueva York y Hartford? –repitió Jan, su mirada centrada en algún punto indeterminado a media distancia–. Nueva York es demasiado fuerte, por supuesto, pero ¿por qué no hacerse con el resto, para después llevar todas sus fuerzas a Baltimore, y a continuación a Nueva York? Eso es lo que yo haría.

–Hasta ahora no han tenido muchas dificultades siguiendo la costa –sugirió van Pel.

–Pero ninguno de los príncipes estaba esperando ataques tan masivos. Hemos tenido tiempo de fortalecernos, mientras el Sabbat consolidaba sus conquistas.

–Quizás –dijo Hans– prefieran atacar aquí las defensas a enfrentarse a los Gangrel en Buffalo.

–Es posible. –Jan se quitó las gafas y frotó las pequeñas marcas rojas de su nariz–. Y Xavier podría estar lo bastante cerca para apoyar a Hartford si fuese atacada.

Mencionar a Hartford suscitó otras preocupaciones en la mente de Jan. Sus propuestas a los Giovanni en Boston se habían encontrado con una acogida tibia. Los representantes de aquel clan incestuoso se mostraron dispuestos a hablar con él, pero como el resultado de la guerra en la Costa Este estaba en el aire, no quisieron apoyar a la Camarilla. De acuerdo, las negativas de los Giovanni estaban expresadas con un lenguaje tan diplomático que prácticamente parecían aceptaciones de las peticiones de Jan, pero no se pondrían en peligro por la Camarilla. No habían sobrevivido como clan independiente durante tanto tiempo gracias a escoger un bando. *Si llega el caso, pensó Jan, tal vez tenga que señalarles que, con el tiempo, no escoger a la Camarilla significa escoger al Sabbat. Si no están con nosotros...*

–Señor, ¿se le ofrece algo más?

Jan despidió con la mano a su ayudante.

–Dile a Baas que no quiero que me molesten el resto de la noche, a menos que llame el príncipe o el arconte Bell.

Con eso, Hans van Pel, eficaz en exceso, se fue. Todo el peso de la siniestra responsabilidad volvía a recaer en Jan, y no tenía ganas de comentar más detalles hasta que no fuese absolutamente necesario. Baas, el jefe de seguridad ahora que Hermán y Ton habían muerto, cuidaría de la intimidad de Jan. El séquito de reemplazo llevaba allí más de una semana. Además de van Pel, había otros cuatro empleados; los cinco satisfacían las necesidades alimenticias de Jan. Y, por supuesto, estaba Antón Baas y los quince miembros de su equipo de seguridad. El príncipe Garlotte no había llegado a decir nada acerca de aquella presencia armada añadida. ¿Cómo podría, después de que Jan le informase con detalle acerca del intento de asesinato? Pero la cantidad de guardias del príncipe en el edificio del hotel había aumentado de forma llamativa como... ¿respuesta al ataque de Jan, o al refuerzo en el personal de Jan?

Sin duda Garlotte no se cree que yo suponga una amenaza para él, o que quiera tomar su ciudad, pensó Jan. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más melancólico se volvía. Las dificultades de un príncipe, del gobierno de una ciudad, serían un juego de niños comparado con la carga que Hardestadt había puesto sobre los

hombros de Jan: tratar con varios príncipes, cada uno habitualmente consumido por sus propias necesidades y deseos; intentar mantenerse al corriente de las actividades secretas del clan Tremere, que había parecido extrañamente pasivo durante la crisis hasta ese momento; desentrañar los motivos que movían a ciertos balas perdidas, como Theo Bell y Victoria.

El simple recuerdo de Victoria hizo que el pecho de Jan se contrajera involuntariamente. No pudo evitar imaginarse sus manos en la esbelta cintura de ella. Vio dolor y miedo en los ojos de ella cuando advirtió la marca en su mandíbula.

Está marcada por los Tzimisce, pensó. ¿Es su títere? No podía estar seguro –Colchester la había vigilado unas cuantas noches, pero había muchas otras cosas que hacer en otros lugares– pero la mera sospecha era excusa suficiente para apartarse de ella, para mantener suficiente distancia entre ellos con el fin de que no tuviese que luchar con deseos que no había sentido desde... desde muchos años atrás en su turbulenta relación con Lucita.

Lucita. Era un nombre contra el que Jan había endurecido su corazón. Victoria era infinitamente más vulnerable que Lucita. Además de *desear* a Victoria, quería protegerla, cuidarla. Las emociones que evocaba Victoria eran diferentes a las que había sentido por Lucita, pero semejantes en que Jan no quería sentir ninguna de ellas. La existencia eterna ya estaba llena de suficiente dolor y desilusión sin el inconveniente añadido de dichas debilidades sentimentales, que eran más propias de mortales.

La sospecha de Jan con respecto a Victoria, el hecho de que pudiese, a sabiendas o no, estar de algún modo bajo la influencia del Sabbat, era justificación más que suficiente para evitarla por competo. La marcha de Victoria del hotel había facilitado mucho la tarea de evitarla. Desde el ataque, Jan se había quedado en el hotel bajo la mirada atenta de Baas y su brigada de seguridad. Jan odiaba pensar lo difícil que podía haber sido el confinamiento, lo desconcertante que hubiese sido saber que Victoria estaba en el otro extremo del largo pasillo. Pero, por fortuna, se había marchado. Ella y Garlotte habían discutido por algo, y ella había marchado hecha una furia a la casa de Robert Gainesmil. Jan no sabía si sentirse agradecido hacia el

arquitecto Toreador que había heredado la cercanía de Victoria o si debía envidiarle.

Más trascendentes, no obstante, eran las implicaciones del momento escogido para su marcha. Se había marchado la noche siguiente al intento de asesinato contra Jan. *¿Existe una relación?*, se preguntaba. Sus sospechas aumentaron hasta llenar cualquier grieta de dudas, pero ¿estaba justificado, o meramente intentaba desplazar cualquier otro sentimiento que abrigara hacia Victoria? No podía estar seguro. En lo relacionado con esta mujer, parecía incapaz de pensar de manera totalmente racional.

Mejor no pensar en ella.

Jan se puso en pie y en cierto modo le alivió que la rigidez y el dolor irregular de su tobillo ocuparan repentinamente sus pensamientos. Se había alimentado repetidas veces desde que había llegado su nuevo séquito de Amsterdam, pero no era factible que consumiera la cantidad de sangre necesaria para curarse del todo. Además, no había tiempo para la operación necesaria –a la que aún tendría que someterse en algún momento– para alinear sus huesos fracturados. Por ahora, cojeaba. Los primeros pasos siempre eran los peores, o si se quedaba de pie durante un buen rato el dolor se volvía desagradable. En momentos como éste, sin embargo, cuando ciertos pensamientos le acosaban, pensamientos que no quería afrontar, Jan encontraba útil la distracción.

Cojeó hasta la puerta del dormitorio más pequeño adyacente a la suite.

–Estelle –dijo en voz baja mientras entraba.

Ella no levantó la cabeza, pero él sabía que lo había escuchado. Su cabello moreno que le llegaba hasta los hombros brillaba en la escasa luz. Jan había lavado su cabello, la había bañado, con agua caliente y jabonosa y una manopla suave, la noche anterior. Había acariciado su cuerpo con lociones caras. Sus fragancias sutiles aún permanecían en la habitación. Y aunque sus atenciones la habían tranquilizado, Hans le dijo que no había hecho otra cosa más que tumbarse en la cama y sollozar todo el día. Otra vez.

–Mi Estelle –dijo Jan. Apartó el pelo de delante de su cara, retirando suavemente los mechones que se pegaban a los surcos

dejados por sus lágrimas. Nunca se había permitido esta intimidad con Marja—. Te protegeré —le susurró. Sus labios estaban a unos centímetros de su oído, por encima de su delicado cuello, su piel cada vez más pálida.

¿Por qué hago esto?, se preguntó a sí mismo. Hans y los demás eran más que suficientes para alimentarse, pero Jan volvía una y otra vez a por esta pobre chica asustada. Al príncipe Garlotte no le había gustado nada; se había ideado una elaborada historia de unas vacaciones de premio en un sorteo de la empresa. Pero el príncipe había complacido a Jan. *Es algo insignificante*, sabía Jan, *pero algo que Garlotte podía echarme en cara.*

¿Por qué hago esto?

En vez de responder la pregunta, Jan hundió su rostro en el cabello sedoso de ella. Podía oler la sal de sus lágrimas y escuchar, más alto que un trueno, el palpar de su corazón.

DOMINGO, 1 DE AGOSTO DE 1999, 1:21 H
PENDULUM AVENUE, BALTIMORE, MARYLAND

Gainesmil lo había mencionado con indiferencia.

—La Srta. Ash, mi invitada, me pide que te invite. No ha tenido el placer de conocerte.

—¿Victoria Ash quiere conocerme? —había preguntado Fin.

Gainesmil le había asegurado que era cierto, y por eso Fin estaba en la mansión. Ningún vástago de la ciudad salvo Gainesmil o el príncipe Garlotte, el sire de Fin, se atrevería a ser tan ostentoso, pero la lealtad del arquitecto con los años no estuvo exenta de compensaciones. Por primera vez, Fin se sentía desaliñado con su lustrosa cazadora de cuero y sus botas negras. Siguió a un criado vestido formalmente al atrio mientras el ayuda de cámara aparcaba el Cámaro de Fin.

–Por aquí, señor. –El mayordomo o sirviente o lo que demonios fuera subió a Fin por una enorme escalera curva y le llevó por una sala espaciosa adornada con retratos y espejos que ocupaban toda la pared. Unas cuantas lámparas de cobre proporcionaban bastante alumbrado, que se reflejaba en la infinita regresión de los espejos. Fin se sintió incómodo al advertir el chillido de sus botas a cada paso por el pulidísimo suelo de baldosas.

Finalmente el hombre abrió una puerta que daba a una salón relativamente pequeño e íntimo, y allí se sentaba Victoria Ash. Mientras el sirviente se marchaba, ella se levantó para recibir a Fin y cogerle de las manos.

–Venga. Siéntese conmigo. –Lo llevó a través de la habitación hasta un par de cómodos sillones–. Me alegro mucho de su visita –dijo, mientras se acomodaba en su asiento.

–Supongo que ha estado usted muy ocupada desde que llegó a la ciudad –propuso Fin. No estaba seguro de qué decir. Al fin y al cabo, ella era la que le había pedido que fuera. El talante tranquilo de Victoria le desarmaba, aunque había algo que Fin no podía identificar, cierta tensión, simplemente por sentarse tan cerca de ella. Vestía una blusa de satén suelta, y una falda larga que se plegaba a lo largo de sus piernas hasta los tobillos. Fin no pudo evitar ver que sus labios eran carnosos y rojos, la envidia de cualquier modelo. Le recordaban un poco a Morena, pero se vio incapaz de evocar en su mente la imagen de su amada.

–Alexander habla con afecto de usted –dijo Victoria.

Tardó un momento en asimilarlo. *Alexander*. El príncipe Garlotte. Su *sire*.

–¿De verdad? ¿De mí? –Fin encontró aquello difícil de creer y nunca había oído a nadie referirse al príncipe con el nombre de Alexander.

–Claro que lo hace –dijo Victoria, y la sinceridad tranquilizadora de sus palabras era innegable–. En cuanto a mi ajetreo –prosiguió– aquí ya me queda poco que hacer. Ya sabe usted cómo son los hombres... todos quieren protegerme de la penosa y peligrosa labor de defender una ciudad.

–Bueno, no hay que tontear con el Sabbath –dijo Fin–. ¿Alguna

vez usted ha...?

–Ha sido usted muy atento al venir a verme –lo interrumpió Victoria y empujó suavemente la conversación en una dirección diferente–. Ya sabe –dijo ella, situando un dedo sobre sus tentadores labios–, Alexander no ha llegado a decirlo, pero creo que usted es el que espera que le suceda como príncipe alguna noche.

Fin no pudo evitar reírse de aquello.

–Usted me debe haber confundido con Isaac.

Victoria dio una palmadita en la rodilla de él para anticiparse a su protesta.

–No. Isaac es un sheriff competente, pero creo que Alexander tiene planes más importantes para usted.

Sus palabras, tan absurdas hacía un momento, pensándolo bien parecían adquirir valía. Fin comparó la impresión de Victoria con su reciente decisión de tomar un papel más activo en los asuntos de la población de vástagos de Baltimore.

–No pretendo desairar a su hermano de sangre –dijo Victoria. Se estiró y puso en su sitio un rizo del cabello de Fin–. Pero hay cualidades que veo en usted y no en Isaac.

Fin titubeó un instante. No es que no estuviera de acuerdo con Victoria. Muy al contrario. Nunca antes había escuchado a nadie pronunciar pensamientos tan similares a los suyos.

–He... he estado intentando... desde hace un tiempo, tomar más... ser más firme. He... he intentado hablar con Katrina de ello...

–Katrina. Hmph. –Un ceño fruncido oscureció el semblante de Victoria. Fin repentinamente quiso masajear las arrugas de su frente.

–¿Conoce usted a Katrina?

El ceño de Victoria se hizo más profundo.

–Sí. Hablamos, pero la conversación fue... breve. Y no especialmente gratificante.

–Suele ser así.

–Sospecho que está demasiado ocupada con sus chiquillos.

Fin se quedó de nuevo fuera de juego, y después se dio cuenta de lo que Victoria debía haber querido decir.

–Vive con Jazz y Tarika, pero no son... –negó con la cabeza–. El príncipe Garlotte nunca nos dio permiso para abrazar a nadie.

–Oh, claro que son sus chiquillos –explicó Victoria pacientemente. De nuevo sonreía con dulzura, y eso hizo sentirse mejor a Fin–. Alexander tal vez no le haya dado *permiso públicamente*. Ya sabes... el favoritismo y esas cosas.

Fin cayó en la cuenta poco a poco que Victoria podía tener razón. En el pasado se lo había preguntado, pero nunca había llegado a preguntárselo a nadie. Simplemente había asumido que las compañeras de Katrina eran... bueno, sólo eso... compañeras, no chiquillas. Fin pensó en Morena, en cómo su corazón ansiaba que se uniera a él por toda la eternidad, pero no lograba imaginar su rostro. Sólo estaba Victoria, sentada tan cerca, apoyándose y tan preocupada por él.

–Katrina –dijo Fin con su incredulidad desmoronándose–. Ella las Abrazó. ¿Cree usted que es así?

–Sí. Creo que su vena obstinada es lo que le granjea el cariño de Alexander. Él prefiere a los chiquillos enérgicos. –Las palabras de Victoria fluían como la miel. Elevaban a Fin y le ayudaban a ver las cotas que podía aspirar a lograr–. Y déjeme usted que le cuente qué más pienso...

DOMINGO, 1 DE AGOSTO DE 1999, 22:15 H

HEMPERHILL ROAD, BALTIMORE, MARYLAND

Jan se sentó pacientemente. No podía hacer mucho más. No podía obligar al príncipe Vitel a que hablara. Habían pasado muchos minutos desde que Jan había hecho la pregunta, pero Vitel seguía meditando. Seguía sin contestar.

Un enorme espejo con marco de oro dominaba el estudio. La pieza cubría la mayor parte de una pared, desde el rodapié hasta el techo, y reflejaba a los dos vástagos que se sentaban delante. Ambos iban vestidos con trajes modernos de ejecutivo; el de Jan cortado

según la última moda europea, propio de su contacto más frecuente con el mundo mortal; el de Vitel contaba con líneas más clásicas, eterno en su estilo y artesanía.

Jan había hablado con Marcus Vitel en numerosas ocasiones durante las pasadas dos semanas, pero esta era la primera visita de Jan al príncipe depuesto en su "hogar lejos del hogar", su santuario en una ciudad forastera.

Un santuario entre muchos, sospecho, pensó Jan, a pesar de que sus ayudantes no habían logrado vincular ningún título de propiedad con Vitel, incluido el de esa casa solariega. Los vástagos de la posición de Vitel –sin duda era uno de los Ventrue más influyentes del continente, aunque apenas se había implicado en asuntos ajenos a su ciudad– por lo general contaban con múltiples refugios diseminados por un puñado de ciudades. Al estar Baltimore tan cerca de Washington, Jan imaginaba que Vitel tendría listos varios refugios.

Un príncipe se enfrentaba a muchos desafíos: Anarquistas rebeldes, chiquillos vengativos, primogénitos ambiciosos, manadas errantes del Sabbat, por mencionar unos pocos. El príncipe inteligente no debía resistirse a recurrir al exilio forzoso cuando lo dictaban las circunstancias. Para un príncipe exiliado, siempre existía la posibilidad, independientemente de los años que pasaran, de que regresara y recuperar su ciudad.

Tal era la intención declarada de Marcus Vitel.

Era un objetivo en el que Jan deseaba suerte a Vitel, pero podía ofrecerle poca esperanza o ayuda. La Camarilla con suerte conservaría Baltimore, con suerte no sería expulsada de toda la Costa Este... y la recuperación de Washington parecía imposible. Pero cuanto más éxito tuviera Jan en el logro de sus objetivos, más probable era que Vitel pudiera alcanzar los suyos alguna noche. El príncipe en el exilio había demostrado ser relativamente útil en el intento desesperado de la Camarilla por frustrar el avance del Sabbat. Vitel, a diferencia de cierta Toreador, no había intentado utilizar la defensa de Baltimore como vehículo para su engrandecimiento personal. Él había puesto en marcha el toque de queda en Washington, y después había desaparecido en segundo plano. *Como resulta apropiado para un príncipe depuesto*, pensó Jan. Lo que trajo a

Jan aquí esta noche era concretamente el asunto del toque de queda.

–Es imposible –dijo Vitel.

El sonido de la voz del príncipe estuvo a punto de asustar a Jan, de tanto que se había acostumbrado al silencio. La respuesta no era la que Jan había estado esperando.

–¡Debe haber algún modo para extender el toque de queda más allá de treinta días! –insistió Jan.

De nuevo, Vitel no respondió enseguida. No era de los que comentaban sus ideas, de los que hacían planes pensando en voz alta o junto a otros. Él pensaba. Meditaba. Sopesaba opciones. Y cuando estaba listo, hablaba.

Su delgado rostro anguloso, macilento pero congelado en el tiempo antes de envejecer con muchas arrugas, era difícil de interpretar. Los ojos del príncipe, no obstante, revelaban el alma de un hombre vencido. Durante las pasadas semanas, Jan había observado como Vitel se había apartado más y más de la gente. Quizás el príncipe cada vez fuera más consciente de que las probabilidades estaban muy en contra de la Camarilla, en contra de que volviera alguna vez a su ciudad, salvo como prisionero de guerra para ser torturado por los demonios Tzimisce y después eliminado de algún modo inconcebible.

Eran los ojos, decidió Jan –los ojos junto con las canas grises que surcaban el cabello de Vitel– los que le hacían parecer viejo y cansado.

–Es imposible –repitió finalmente Vitel.

–El gobernador de Maryland está dispuesto a mantener la Guardia Nacional en la ciudad... si el comité de supervisión del Congreso lo solicita. –Jan recibió esa noticia de Garlotte–. Sé que las tropas no hacen nuestro trabajo; no combaten o persiguen al Sabbat. Pero hacen que al Sabbat le resulte más difícil llevar a cabo sus planes.

Vitel asintió expresando su acuerdo, pero con entusiasmo.

–Sí. Las tropas y el toque de queda son obstáculos añadidos para ellos –¿Cómo pueden hacer nada los vampiros cuando se supone que nadie puede estar en la calle tras el anochecer? – pero en su mayor parte, el orden ha sido restaurado en Washington. El comité

de supervisión devolverá la autoridad al alcalde y al ayuntamiento. Si no, habría una reacción violenta por parte de la opinión pública. La crisis ha pasado. Las tropas volverán a casa.

–La crisis, *tal y como ellos la ven*, ha pasado –dijo Jan–. Nuestra crisis acaba de empezar.

Vitel no discutió el asunto, y Jan sabía que debía someterse al conocimiento superior del funcionamiento interno de la capital que tenía el príncipe.

Los dos se quedaron sentados en silencio durante varios minutos. Jan se quitó las gafas y las metió en el bolsillo de su pecho. Se preguntó distraídamente si Vitel tendría whisky en la casa, pero preguntar le habría parecido demasiado estúpido.

En vez de eso, Jan se quedó mirando al pequeño alfiler que brillaba en la solapa del príncipe. Un águila de oro. Los vástagos de educación inferior pensarían que el símbolo era el del pueblo estadounidense, pero Jan sabía que las raíces de Vitel se encontraban entre la chusma del Imperio Romano, y que en el príncipe había más de legionario conquistador que de demócrata del Nuevo Mundo.

Jan empezó a preguntar de nuevo, para insistir en el tema: *¿Está usted completamente seguro? No me abandone porque haya perdido su maldita ciudad. ¡Aquí hay más cosas en juego!* Pero él era más juicioso. Gracias a quien era su sire, a Jan se le concedían muchas libertades entre los vástagos de la Camarilla, pero podía pasarse de la raya. Hacerlo sólo serviría para perjudicar su causa. Y la causa lo era todo. La misión asignada por Hardestadt debía tener prioridad máxima.

–En cuanto se suspenda la ley marcial en Washington –dijo Jan, cayendo víctima de la solemnidad de su anfitrión–, el Sabbat tendrá carta blanca.

Vitel asintió en silencio.

No habrá nada que les detenga, prosiguió Jan en su mente. *Han tenido tiempo de reagruparse tras sus victorias. Podrán presionar con todas sus fuerzas.*

Jan se puso en pie. Miró fijamente al príncipe y a sí mismo en el enorme espejo. *Al menos también hemos tenido tiempo para prepararnos*, pensó, pero no le consoló mucho.

Vitel parecía perdido en sus propias ideas. Jan no lo molestó, sino que se escabulló del estudio y se marchó.

LUNES, 2 DE AGOSTO DE 1999, 22:47 H
SPRING STREET, LAUREL, MARYLAND

Morena vio algo con el rabillo del ojo, pero seguía sin esperarse que hubiera nadie cuando se giró hacia la ventana.

–¡Ah!

Su grito atravesó la noche como un disparo. Se asustó tanto que casi da un traspie con una silla.

–¡Fin! ¡Subnormal! ¿Por qué siempre tienes que hacer eso?

–No siempre lo hago.

–*Casi* siempre. *Casi*... –Morena se esforzó en encontrar una expresión adecuada de su disgusto – ¡maldita sea! ¡Para ya! Ni se te ocurra reírte de mí.

Fin la ofreció esa mirada inocente que se le daba tan bien, la que se suponía que decía *No me estoy riendo*, o bien *No puedo evitarlo*. Dos caras de la misma mentira. Seguía en cuclillas sobre el alféizar de la ventana como un mono chupador de sangre grande y sigiloso.

–¿Sabes lo que pienso? –dijo ella finalmente–. Creo que estás demasiado impresionado contigo mismo. Puedes subir por el garaje, y puedes moverte sin que la gente normal te oiga, así que te acercas a hurtadillas. Porque *puedes*. Es una cuestión de poder.

La expresión de Fin se volvió burlonamente seria.

–¿Tiene algo que ver con la hegemonía patriarcal?

–Eso también. Y no creas que no sé que te estás cachondeando de mí.

–Creo que lees demasiado.

Morena se cruzó de brazos, y después fue hacia él a la ventana.

–Me dijiste que alguien podía dispararte y no te heriría, que eres

prácticamente indestructible. ¿Es eso cierto?

–Sí. –Fin ladeó su cabeza y la miró divertido.

–Bien. –Morena le dio un rápido empujón, y de repente la ventana quedó vacía. Volvió a la mesa y se sentó con un suspiro.

En un minuto, Fin volvía a estar en la ventana. Esta vez, no intentó ocultar su sonrisa burlona.

–Eso estuvo muy bien.

–Sabías que iba a hacerlo. ¿No? –casi lo acusaba. A pesar de su pequeño espectáculo de desafío, se sentía vencida. Sospechaba firmemente que fuera cual fuese la insignificante cantidad de control que ejercía en esta relación, sólo era porque Fin se lo permitía. Él la complacía.

–No. En realidad no lo sabía. –Subió a su pequeño apartamento sobre el garaje, cogió la otra silla, y se sentó al otro lado de la mesa frente a ella.

–Pero aunque te sorprendiera, podías haberte cogido, o haber agarrado mis manos antes de que pudiese empujarte. ¿Verdad?

Pareció calmarse con la seriedad de su tono.

–Sí –dijo–. Podía haber hecho cualquiera de esas dos cosas, o quitarme de en medio antes de que me tocaras.

Morena asintió pero no dijo nada durante un largo rato. Se sentía como si estuviese en la cúspide de una nueva interpretación. Muchas de las sensaciones borrosas y los pensamientos formados de modo incompleto que la asaltaban siempre que Fin estaba a su lado, siempre que se preguntaba por él y por su existencia, estaban empezando a cobrar cierta forma. Con Fin acucillado en su ventana, ella se encontraba entre dos mundos: uno brillantemente iluminado y familiar; el otro oscuro y peligroso, a un paso del olvido.

Fin quería que ella diera ese paso, que dejara atrás el mundo luminoso y familiar y lo siguiera al lugar donde él lo sabía todo, y ella nada. *Donde tendría el control absoluto*, pensó Morena.

–Tienes que venir conmigo –dijo él.

Morena lo miró curiosa. *¿También me puedes leer la mente?*, se preguntó, pero la expresión de él no era tan sagaz. Sus palabras imitaron los pensamientos de ella, pero estaba hablando de otra cosa.

–No... para siempre –explicó–. Este lugar no es seguro. Toda la

zona entre Washington y Baltimore. Te he hablado de algunos de los otros... parecidos a mí.

Morena asintió. Había mencionado que existían otros, pero eso es todo lo que había dicho.

Fin parecía incómodo hablando de... de lo que estuviese hablando. Apretaba sus palmas contra la mesa, se movía inquieto en la silla, pasaba los dedos por su cabello moreno, volvía a poner las manos sobre la mesa.

–Hay una guerra entre los míos. Podría llegar aquí. Probablemente pase justo por aquí.

–Y tengo que ir contigo –dijo Morena–. ¿Y mis padres?

–También puedo conseguirles un lugar. No tiene que ser para siempre, ni muy lejos. Aunque unas vacaciones tal vez fueran una buena idea. ¿Dónde has querido ir siempre con tus padres? Puedo conseguir el dinero. –Hizo una pausa, después consiguió sonreír de manera nerviosa–. Incluso cuidaré a tus jerbos.

Durante un instante, Morena estuvo a punto de acceder. Esta noche parecía diferente. No estaba del todo segura. Sentía que quizá esta vez fuera sincero acerca de lo que creía que era mejor para ella, no necesariamente acerca de lo que él quería. Pero ella no podía confiar en sus propios sentimientos. ¿Era real lo que sentía por él, o formaba parte de alguna influencia que tuviera sobre ella? Nunca podría estar segura.

–No voy a ningún sitio.

Sus palabras provocaron horas de debates, discusiones, lágrimas y acusaciones. Pero Morena había tomado una decisión.

–Y sí, príncipe Vitel, los ataques sobre la línea de Fort Meade

–en realidad no llegan al nivel de *ataques*–, esas incursiones han sido el único reto directo para nuestras defensas. Pero claro, el estado de excepción en Washington –el toque de queda, las tropas de la Guardia Nacional– se ha acabado. –El informe de Isaac para los vástagos reunidos fue conciso e informativo. No mostró indicio alguno de que le intimidara hablar ante dos príncipes y un igual número de oficiales de la Camarilla, si se contaba a Jan entre ellos. Su papel era considerablemente menos formal que el del arconte Theo Bell.

Isaac había demostrado cierto talento organizativo, al igual que Robert Gainesmil, y los dos estaban muy familiarizados con Baltimore y las zonas circundantes, pero fue la mano de Jan la que había dirigido la estrategia defensiva. Había dirigido sutilmente al sheriff y al Toreador a donde les quería llevar, y ellos habían respondido hábilmente.

Como ningún dato transmitido por Isaac era novedoso para Jan, el holandés se retiró en cierto modo del debate. Escuchaba menos a las palabras reales de los doce vástagos presentes, y más al contexto en que se pronunciaban. Como un objetivo cambiando el foco del primer plano detallado a un paisaje más amplio, Jan se abrió a las impresiones generales, y la más notable era el desequilibrio catedralicio entre el espacio circundante del auditorio y el número de personas en su interior. En lugar de la turba revoltosa de las conferencias anteriores, sólo había presente una docena de individuos. Se sentaban en sillas de oficina alrededor de una mesa cuadrada e impasible, con las esquinas distribuidas para que existiesen cuatro lugares de honor equidistantes. Las cinco filas de asientos del anfiteatro estaban vacías. La vista de las sillas vacantes provocó que Jan mirara a Victoria, quien, exactamente en ese momento, interrumpía la explicación en curso de Isaac del despliegue de tropas.

–En primer lugar –dijo– debo manifestar mi ofensa por el término *refugiado*. Evoca a sucios africanos o kosovares y sencillamente no es tolerable. Luego, dice usted que la mayoría de los vástagos desplazados, entre los que me encuentro, gracias, han sido ubicados entre el tercer y cuarto perímetro, aquellos más cercanos al margen de la ciudad.

–Exacto. –Isaac estaba listo para aclararle cualquier detalle–. Muchos de los... uh... huéspedes de nuestra ciudad no necesariamente tienen tendencias militares, así que les hemos situado en las últimas líneas defensivas. Si es necesario que se enfrenten a atacantes del Sabbat, significaría que las fuerzas de las dos primeras líneas –los Brujah, junto con las fuerzas del príncipe... la fuerza de seguridad del príncipe Garlotte, esto es, y los elementos procedentes de Chicago– habrían retrocedido, con lo que la línea sería lo bastante fuerte para...

–Eso está muy bien –lo interrumpió Victoria–. Entonces, ¿es de suponer que si estos huéspedes, tal y como usted lo explica, fueran necesarios, habría algún aviso?

Isaac no respondió al instante.

–¿Se nos avisaría? –le instó–. Habría un ataque a gran escala. Probablemente tendrían varias horas para ocupar sus puestos.

Isaac asintió lentamente.

–Eso parece probable. Sí.

–Entonces, ¿por qué es necesario que estén en sus puestos esta noche?

De nuevo, Isaac hizo una pausa. Jan podía ver que el sheriff no percibía adónde quería llegar Victoria con su pregunta, aunque debía haber sido terriblemente evidente.

–¿Por qué se les niega la posibilidad de tener algo que decir en su propio destino? –insistió Victoria.

–Podría haber un ataque en cualquier momento –trató de explicar Isaac–. Las fuerzas del Sabbat...

–Pero usted acaba de decir que habría varias horas para prepararse antes de que un ataque pudiese alcanzar las líneas interiores.

–Sería posible ocupar las posiciones defensivas con poca antelación –concedió Isaac–, pero eso no significa que queramos...

Victoria dio un puñetazo en la mesa.

–Éste es un intento deliberado de manipular a estos vástagos. No existe una razón militar sólida...

–Srta. Ash. –Jan había estado a punto de acudir en ayuda del joven Isaac pero, desde el primero de los asientos de honor, el sire del

sheriff habló un instante antes. Sin elevar la voz, sus palabras abreviaron el griterío de Victoria. El auditorio de repente pareció inmensamente grande y silencioso.

El príncipe Garlotte pronunció palabras sosegadas y tristes.

–Mis planificadores militares –señaló a los individuos que rodeaban la mesa–, el sheriff, el Sr. Gainesmil, el Sr. Bell y el Señor Pieterzoon, han hecho los preparativos que consideraban necesarios.

Gainesmil, a la izquierda de Garlotte, se movió intranquilo en su asiento. Jan sospechaba que el arquitecto estaba cambiando de opinión con respecto a la información que había filtrado a su huésped Toreador, información que ahora podía causar una confrontación pública con su príncipe.

–No se obliga a ningún huésped a que se quede en mi ciudad –dijo Garlotte.

Victoria se puso algo tensa. Aunque el príncipe hablaba al auditorio vacío y, aparentemente, acerca de los refugiados que guarnecían las defensas, para ella estaba clara la inferencia de su afirmación.

–En cuanto al asunto sobre que los vástagos decidan su propio destino –prosiguió el príncipe– la costumbre quizá sea diferente a la del príncipe Benison en Atlanta antes del ataque, pero en Baltimore el príncipe consulta con su consejo de primogénitos cuando lo considera apropiado. Teniendo en cuenta las peculiares circunstancias del momento, este organismo –abrió sus manos para señalar a todos los que rodeaban la mesa– cumple la función consejera de primogenitura ad hoc. Si decidiéramos actuar mediante plebiscitos, no seríamos mejores que el Sabbat, nuestros enemigos, quienes siguen a la voz más sonora y a la espada más afilada.

Garlotte, con los codos ante él encima de la mesa, unió sus manos y después posó sus labios sobre los nudillos.

–¿No está de acuerdo, Sr. Gainesmil?

Las palabras del príncipe, aunque su boca estaba obstruida, parecieron resonar por toda la cámara. No se volvió para mirar hacia su lugarteniente. No era necesario.

El rostro de Gainesmil, ya blanco, palideció aún más.

–Por supuesto, mi príncipe.

Jan contuvo una sonrisa. Gainesmil podía jugar con su lealtad, pero si se apartaba demasiado, se le llamaría a capítulo. Jan esperó la respuesta de Victoria. El príncipe había marcado un gol retórico, pero ella aún discutiría los datos concretos de la situación a mano. O eso esperaba Jan. En vez de eso, Victoria se quedó callada. El príncipe no se mostraba tan amistoso hacia ella como lo había sido antes. Su jugada de liderazgo populista se truncaba, y su principal aliado era acobardado en público. ¿Bastaría todo esto para disuadirla de buscar más influencia indebida?

Lo dudo, pensó Jan.

Desde su llegada a Baltimore, la había encontrado dispuesta a emplear estratagemas pobres (fracasando) en lugar de esperar al momento oportuno. Sus acciones estaban rodeadas de cierta desesperación... o quizá fuera simplemente la afición de los Toreador por la satisfacción instantánea y corta de miras. El clan carecía de paciencia. Estaban predispuestos hacia la precipitación, a diferencia de los Ventrue, quienes prosperaban con planes metódicos y estudiados.

Victoria no se mantuvo callada –eso habría sido esperar demasiado– pero para sorpresa de Jan, adoptó una postura más conciliadora.

–Por supuesto, me someto a sus deseos, príncipe Garlotte. Aunque me atrevería a sugerir que las circunstancias extraordinarias son más apropiadas para un cónclave que para un consejo de primogénitos, usted ha decidido lo contrario. –Inclinó su cabeza respetuosamente.

–Bien –dijo Jan, con la esperanza de hacer progresar el debate. Estaba sentado enfrente del príncipe Garlotte, en otro de los cuatro lugares de honor. El príncipe Vitel de Washington y Theo Bell ocupaban los otros dos asientos de las "esquinas", por encima de Jan en sentido figurado pero por debajo de Garlotte –. Theo, sus incursiones han llegado hasta...

–Antes de escuchar a nuestro estimado arconte –dijo Garlotte, interrumpiendo inesperadamente a Jan–, debo hacer un comentario. Sr. Pieterzoon, que quede bien claro mi agradecimiento hacia los caballeros de Chicago que están contribuyendo a la defensa de esta

ciudad. Debo mi gratitud eterna a los distintos clanes representados entre ellos. Sin embargo –el príncipe, que hasta entonces miraba al auditorio vacío, fijó la vista en Jan–, se ha puesto en mi conocimiento que algunos de ellos no se están limitando a los cotos de caza que yo he reservado para ellos.

Jan, cogido con la guardia baja por esta reprimenda, comenzó a responder, pero incluso sus garantías más deferentes eran recibidas por la hostil mirada de acero del príncipe.

–Si contenemos a las hordas enemigas –dijo Garlotte–, sólo para sucumbir al caos interno, entonces el Sabbat habrá triunfado.

Jan esperó respetuosamente algunos instantes hasta que no hubiese duda alguna de que el príncipe Garlotte había acabado de dar su opinión.

–Me ocuparé de ello, mi príncipe.

Tras las palabras apaciguadoras, la mente de Jan corrió a toda velocidad. Había organizado la presencia de los defensores de Chicago, casi cincuenta de ellos, pero no les comandaba en persona. Garlotte, sin embargo, había visto apropiado castigar a Jan... y públicamente, nada menos. La expresión de desagrado era más significativa que la naturaleza específica de la reprimenda: era una señal para todos los presentes de que este Ventrue europeo no gobernaba la ciudad, que no había recibido carta blanca del príncipe.

Otro aspecto de las palabras de Garlotte preocupó a Jan. El príncipe se quejaba de que los vástagos de Chicago ignoraran las restricciones de caza. Sin duda también conocía la transgresión de Jan. *Estelle*. La alimentación inicial podía calificarse de emergencia, pero al quedarse con la chica tras superar la crisis, en vez de nublar su memoria y liberarla, Jan había ignorado flagrantemente la proscripción de Garlotte. ¿Contenía la reprimenda del príncipe una advertencia privada, además de la pública?

Jan echó la cuenta del resultado en su mente: *Victoria, Gainesmil, yo*. Con unas cuantas frases, el príncipe Garlotte había puesto a cada uno en su sitio. Aunque Jan no estaba por encima de un poco de humildad pública, si eso hacía sentirse mejor al príncipe, la implicación de que Garlotte, hasta cierto punto, equiparara a Jan con los dos Toreador, de que el príncipe considerara a Jan una amenaza,

era una señal peligrosa. *¿Se piensa que quiero su dichosa ciudad?*, se preguntó Jan. *Quizás el refuerzo en la seguridad fuera un error. Pudo pensar que preparé el intento de asesinato como excusa para reforzar mi posición.*

Jan reflexionaba sobre la aparentemente interminable ristra de posibilidades mientras Theo describía con escaso detalle sus últimas incursiones alrededor de Washington. Ya no se adentraba demasiado en la ciudad; el Sabbat era muy numeroso y estaba mejor organizado. Jan pensó al principio que el Brujah parecía más relajado de lo habitual al hablar, pero entonces el Ventrue castigado se corrigió a sí mismo. Bell tenía el mismo aspecto de siempre –adusto, inescrutable–, pero se había quitado su gorra y sus gafas de sol. Probablemente eso fuera todo lo afable que podría llegar a ser. Lydia, la compañera de Bell, a quien a veces dejaba al mando cuando salía de la ciudad, era sorprendentemente atenta y educada para un Brujah.

De nuevo, Jan se apartó ligeramente de la discusión. En su lugar se concentró en lo que podía recabarse de las preguntas hechas desde las diferentes posiciones. Marcus Vitel seguía haciendo preguntas agudas a Bell e Isaac acerca de las defensas de Baltimore y las tácticas del Sabbat. El príncipe de Washington junto a Victoria, quienes preguntaban a los demás con entera libertad, evidentemente eran los halcones entre la multitud. Vitel llegó incluso a preguntar por una posible fecha de la recuperación de Washington, y cuando se le aseguró que dicha empresa era claramente irrealizable, se quedó callado y hosco.

Las víctimas siempre son las más deseosas de contraatacar, pensó Jan. Vitel había perdido su ciudad. Victoria había sufrido –Jan no sabía con seguridad cómo– a manos del Sabbat. Entonces los pensamientos de Jan se dirigieron de repente a otras víctimas. *¿Habrían contraatacado Marja y Roel? Si pudiera, ¿devolvería el golpe Estelle, que se encogía en el piso de arriba incluso cuando se reunía con su amigo no muerto? ¿O he destruido hasta tal punto su voluntad como para que no pueda hacerlo?*

Jan cerró sus ojos con fuerza hasta que consiguió hundir aquellos pensamientos en el fondo de su mente. No era el momento... y puede que nunca lo fuera. El debate proseguía a su alrededor.

Cuando abrió los ojos, nadie parecía haber advertido su desliz, salvo tal vez Matón que lo estaba mirando. Pero el Malkavian, al igual que su amigo el Cuáquero, era propenso a quedarse mirando fijamente a alguien sin motivo alguno. Jan también pensó, durante un instante, que Colchester lo estaba mirando, pero cuando Jan echaba un vistazo hacia él, el Nosferatu parecía atento a lo que decían Bell o Isaac o Vitel.

Si es que se trata de Colchester, pensó Jan. El Nosferatu presentaba una imagen que era inquietantemente... *normal*. No era imposible para un Nosferatu –de hecho, era habitual– que se le viera de manera distinta a como era en realidad. Pero este hombre negro de modales dulces y bien aseado con traje de ejecutivo no se parecía en nada a la monstruosidad asquerosa y desgredada con quien Jan tenía trato. Al principio de la reunión, Colchester se había disculpado por su ausencia en las anteriores conferencias –no le gustaban las multitudes, había dicho– aunque Jan sabía que el Nosferatu había estado presente.

La reunión del consejo –el término *conferencia* ya no estaba de moda, ahora que las masas estaban, por fortuna, excluidas– proseguía cuando las puertas dobles al fondo del auditorio se abrieron de golpe. Malachi, el azote Gangrel y también el único de los doce vástagos presentes que no estaba sentado a la mesa, estaba atento en su puesto vigilando la puerta. Todos sus músculos se tensaron, como si estuviese preparado para saltar, pero entonces su rostro se vio surcado por el asombro del reconocimiento. De repente Malachi hincó una rodilla y bajó la cabeza.

Tras pasar junto al centinela arrodillado, a la sala entró una figura imponente; más alta que cualquiera de la sala exceptuando posiblemente a Bell, de cabello pelirrojo con entradas pero colgando por su espalda, piernas musculosas enfundadas en cuero negro sobresaliendo de una capa gris sujeta a la altura del pecho por dedos largos y similares a garras. Lo más llamativo era el ceño fruncido con furia apenas contenida que surcaba el rostro del recién llegado. Jan se había reunido con Xaviar tres semanas atrás, cuando el justicar Gangrel había accedido a reunir un pequeño ejército de sus compañeros de clan y vigilar Buffalo y el interior de Nueva York de las

depredaciones del Sabbat.

El justicar fue recibido con silencio mientras caminaba con paso majestuoso por el pasillo hasta la mesa de reuniones. La impresión de la agitación de Xaviar se hacía más patente con cada paso.

Las nauseas hicieron presa en el estómago de Jan. *Han tomado Buffalo*, pensó. *El Sabbat ha tomado Buffalo*, Si aquel punto periférico ya no estaba en manos de la Camarilla, entonces la sogá se estaba cerrando alrededor de sus cuellos.

–Justicar Xaviar –dijo el príncipe Garlotte, cuando el Gangrel estuvo lo bastante cerca –, ¿en qué podemos servirle? –El príncipe, a pesar de la llegada sin aviso previo de un justicar a su ciudad, parecía totalmente sereno.

Con los últimos pasos de Xaviar, los dos Malkavian sentados a la derecha de Jan abandonaron sus puestos y pusieron cierta distancia entre ellos y el justicar. Xaviar se quedó solo a ese lado de la mesa, a medio metro escaso de Jan a un lado, y de Theo Bell al otro. El Gangrel se tomó un instante para observar a los demás vástagos presentes. Parecía un tanto tranquilo, pero la tensión en su mano derecha, que aún aferraba la capa plegada sobre sus hombros, era bastante visible.

–Debemos abandonar la ciudad –dijo Xaviar sin preámbulos. Sus palabras barrieron la mesa como las primeras ráfagas de un vendaval, pero en vez de caos, reinó el silencio.

–¿Ha caído Buffalo? –preguntó finalmente Jan, incapaz de esperar a que hablara Garlotte, como habría sido lo adecuado, y en cualquier caso, Garlotte no habría hecho esa importante pregunta. Se negaba a ver la importancia estratégica de *aquella otra ciudad*, como la llamaba, y que si las fuerzas dispersas del Sabbat en el noreste podían unirse a las de Washington para formar un cerco mortal alrededor de Baltimore, todo estaría perdido.

Garlotte de repente pareció menos importante mientras Jan se daba cuenta de que Xaviar lo miraba fijamente como si la pregunta no tuviese absolutamente ningún sentido.

–Buffalo –intentó de nuevo Jan–. ¿La ha conquistado el Sabbat?

Xaviar se permitió una risa triste.

–El Sabbat no es nada. –Su mirada pasó de Jan a Theo, y finalmente al príncipe Garlotte–. Debemos abandonar la ciudad. Son necesarios todos los vástagos.

Los que rodeaban la mesa le observaron con distintos grados de aturdimiento, curiosidad y miedo. Jan creyó ver algo de locura en los ojos del Gangrel.

El Sabbat no es nada.

–Me temo que no le entendemos, justicar –dijo Garlotte–. ¿Necesarios para qué? –El príncipe no podría haberse alegrado de la sugerencia de que se abandonara su ciudad, pero se andaba con pies de plomo con el justicar.

Xaviar tuvo poca paciencia incluso para Garlotte. El Gangrel comenzó a gruñir, pensó Jan, pero después sólo parecía que se estaba contrayendo un músculo en la comisura del labio de Xaviar.

–Las Noches Finales están cerca –dijo el Gangrel.

La cruda nota profética sacudió a Jan. Las palabras, teñidas con la mezcolanza de acentos de cientos de años en el Viejo País, de labios del justicar alcanzaron un lugar dentro de Jan tan hondo como su necesidad de víctimas, un lugar tan fundamental como el hambre para aquello en que se había convertido. La Bestia se retorció en su interior.

Las Noches Finales están cerca.

A veces los ignorantes pronunciaban despreocupadamente esas palabras, o con falsedad aquellos que esperaban provocar terror en los corazones de los oyentes, pero Xaviar no era estúpido ni demagogo. Era uno de los siete justicar, escogidos por la Camarilla para supervisar sus mandatos. Era Gangrel, de todos los clanes el más cercano a la Bestia y el más sensible a sus emanaciones.

Otras palabras proféticas, palabras más recientes, aparecieron espontáneamente en la mente de Jan:

El Gangrel fue consumido por la Bestia. Carne de su carne. Alma de su alma. Y en la Torre del Santo sobre la isla de los Ángeles, se completó la Tríada Impía. Matapariantes. Traidor. Bestia. La Bestia recorre la tierra. El Final de los Hijos de Caín está cerca.

Las palabras se atribuían al Culto del Vagabundo, un grupo de lunáticos poco conocido que había surgido de las cenizas de la

Maldición de la Sangre. Las palabras hablaban del fin de los tiempos. Hablaban de la Gehena.

–¿Qué está usted diciendo? –preguntó bruscamente Garlotte al justicar, el último en una sucesión de vástagos que decían al príncipe lo que debía hacer con su ciudad.

Xaviar, si es que eso era posible, estaba aún menos acostumbrado ante la oposición y más irritado por ella que el príncipe. Esta vez, el Gangrel gruñó de verdad.

–Las Noches Finales están cerca –dijo de nuevo, como si eso lo explicara todo, pero siguió encontrándose con miradas incomprensivas–. ¡Las profecías se están cumpliendo! –ladró al fin–. Ha surgido un poder más antiguo. ¡Debemos destruirlo o estamos condenados!

Jan luchó con la creciente disonancia cognitiva. Su marco de referencia tenía poco espacio para poderes antiguos, para las Noches Finales. En vano, trató de reconciliar el mundo que conocía –la política de la Estirpe, el Sabbat, príncipes y clanes– con supersticiones infantiles a las cuales daba crédito la pasión de un justicar. No sólo pasión, advirtió Jan. *Miedo*.

–¿Un poder más antiguo? –el príncipe Garlotte ahora estaba en pie, su paciencia forzada hasta el punto de ruptura. Ondeó su mano de modo desdeñoso–. Si algún Gangrel decrepito anda suelto por el bosque...

–¡Ningún Gangrel hizo esto! –rugió Xaviar, y retiró su capa para empujar un brazo imposiblemente mutilado. Su antebrazo izquierdo no estaba roto, sino *retorcido*, deformado en curvas y dobleces antinaturales. Al final del miembro inútil colgaban los familiares dedos en forma de garra.

Jan había estado alejando poco a poco su silla del Gangrel. La tensión entre el príncipe y el justicar se había disparado, y Jan había temido que hubiese violencia.

No era bueno interponerse en una lucha entre dos antiguos. Pero ahora, con la conmoción de Xaviar blandiendo su brazo lisiado, se había evitado la crisis, al menos por el momento. Garlotte, y los demás, se quedaron boquiabiertos ante la desfiguración de Xaviar. Victoria apartó la mirada. Uno de los Malkavian, el Cuáquero, se había

tirado bajo la mesa y estaba gimoteando.

Theo Bell fue el primero en recuperarse.

–¿Qué sucedió?

Los ojos de Xaviar estaban alicaídos. Miraba fijamente al centro de la mesa.

–Destruyó a todos lo que llevé a la batalla. Otro huyó, quizá dos... No lo sé.

–¿Cuántos Gangrel? –preguntó Bell. Su profunda voz de barítono parecía mantener a raya el terror para todos los vástagos.

–Todos los que defendían Buffalo.

Bell asintió de manera inexorable.

Jan intentó en vano comprender qué clase de criatura podía destruir a un grupo así de Gangrel.

–Un antediluviano –dijo Xaviar.

–Antedi... –gritó sorprendida Victoria. El nombre de leyenda pareció atrancarse en su garganta. Puso una mano sobre la boca y empezó a sacudir la cabeza.

–La tercera generación se está alzando –dijo Xaviar–. El Padre Oscuro no tardará mucho.

La mano de Victoria se deslizó hacia abajo para agarrarse el cuello, como si le hubiesen cortado la garganta.

–No existe... –susurró más para sí que para cualquier otro, pero las palabras exactas la eludieron–. No existe...

Pero Xaviar la escuchó, y su duda lo enfureció.

–¡Convocó en nuestra contra fuego del vientre de la tierra! ¡El mismo suelo que pisábamos le obedeció! –Sus ojos se hincharon. Mostró sus colmillos y alzó su brazo deforme–. ¡Con sus manos fundía carne y hueso! Y su ojo... latiendo, palpitando. –Mantuvo abierta su mano como si sujetara un orbe gigante–. Mirarlo, a ese ojo... –la boca de Xaviar volvió a retorcerse; intentó reprimir un escalofrío– era mirar a la Muerte Definitiva.

Aun así escapaste, quiso decir Jan; pero hacerlo habría sido una invitación al desmembramiento, pues no se podía tontear con un justicar Gangrel aunque sólo tuviese un brazo.

En frases apresuradas, Xaviar describió la escena de la matanza que había contemplado en las laderas de los Adirondacks, al este de

Buffalo –fuentes de lava y fuego, agujas surgiendo de la tierra para empalar, pedazos de rocas aplastando a los Gangrel, lagos de sangre y fuego. Pero siempre volvía al ojo; brillante, palpitante, esclavizando a los vástagos mientras el Antediluviano alzado destrozaba sus cuerpos un miembro tras otro.

–Xaviar –dijo Garlotte, tras haber recuperado la calma– seguramente algo atacó a tu gente. No ponemos eso en duda. Pero, ¿abandonar la ciudad...?

–*¿Qué diferencia existe entre la Camarilla y el Sabbat si todos acabamos destruidos?* –gritó Xaviar–. ¡El Sabbat combatirá a nuestro lado contra el Antediluviano!

–¡Traición! –Vitel se había levantado y apuntaba con un dedo acusador a Xaviar–. ¡Los Sabbat no son mejores que animales! ¡No me someteré a ellos!

Xaviar dio un paso adelante, como si fuera a cargar a través de la mesa. Situó una garra ante él. Su rostro de repente se asemejó más al de un animal enseñando los dientes.

A pesar del peligro, Jan estaba buscando en su memoria algún dato acerca de los Antediluvianos, pero sin tener en cuenta las leyendas o profecías recordadas, sabía lo que diría su sire, lo que él había dicho centenares de veces.

–Los Antediluvianos no existen –dijo Jan–. Sabemos que ésa es la verdad, y el Sabbat, sea cual sea la propaganda que sus líderes vomiten para controlar a la chusma, también lo sabe.

Las palabras golpearon a Xaviar como un puñetazo en la cara. Giró su cabeza con una sacudida para mirar a Jan y acercarse peligrosamente.

–*¿Sabemos que ésa es la verdad?* –bramó, imitando a Jan–. ¡Ésta! –puso su brazo deforme en el rostro de Jan–. ¡Ésta es la verdad! ¡He visto la verdad! ¡He estado ante ese ojo y he *sentido* la verdad mientras jugaba con mi cuerpo como si estuviese hecho de blanda cera!

Xaviar dio la espalda a Jan y comenzó a ir de un lado a otro, moviendo su mano sana con furia e incredulidad.

–*Nosotros existimos, a pesar de lo que piensen los humanos. ¿Necesitan los Antediluvianos que creamos en ellos? ¿O preferirían*

cogernos desprevenidos?

–Leyendas –dijo Jan–. Cuentos populares, mitos. Nada más.
–Hardestadt siempre había insistido en este particular, y Jan podía no ser otra cosa, pero estaba bien enseñado y era obediente–. Debe haber alguna otra explicación.

–¡Bah! –Xaviar giró su cabeza con tanta violencia que echó espumarajos por la comisura de sus labios–. ¡Que se pudran los Ventrue! –Lanzó una mirada desafiante al príncipe Garlotte, pero el príncipe se cruzó de brazos y mantuvo el orden.

–Theo –dijo Xaviar– trae a tus Brujah. Yo reuniré más Gangrel. Traeremos hechiceros Tremere de la capilla de Nueva York. ¡No necesitamos al resto de debiluchos y cobardes!

Todos las miradas se volvieron hacia el arconte Brujah. Estaba sentado completamente inmóvil, guardando silencio como siempre. Las instrucciones del justicar Pascek son que haga todo lo que pueda para detener al Sabbat.

–¿Pones en duda lo que digo? –inquirió Xaviar, siendo la pregunta en parte ruego, y en parte amenaza.

–No. –Theo no dudó esta vez–. Pero Pascek se cabrearía bastante si dejo lo que estaba haciendo, igual que usted lo estaría si alguno de sus arcontes le ignorara, igual que Hardestadt lo estaría si Pieterzoon se marchara. Joder, Hardestadt probablemente tenga más influencia que mi jefe y el suyo juntos.

A través de sus ojos entornados, Xaviar fue paseando la mirada por la mesa. Sólo los cuatro vástagos en los lugares de honor le devolvieron la mirada impávidos: Garlotte, Theo, Vitel, Jan. Isaac y Gainesmil echaban ojeadas nerviosas a su príncipe y procuraban evitar mirar a los ojos a Xaviar. Lydia, la Brujah, hacía lo mismo, sólo que miraba a Theo en busca de inexistentes señales de reacción. Colchester estaba haciendo aquello que se les daba mejor a los Nosferatu –no atraer la atención sobre sí mismo– mientras que Matón y el Cuáquero estaban respectivamente, recorriendo la sala murmurando y debajo de la mesa. Victoria, desde la primera mención del Antediluviano, se había refugiado en su interior. Estaba absorbida por sus pensamientos y recuerdos, sin hablar con nadie, quizás no fuera del todo consciente de lo que sucedía a su alrededor.

Cuando Xaviar se volvió hacia Jan, el Ventrue sostuvo su mirada durante un largo rato. El Gangrel era una criatura temible, pero Jan había estudiado con un maestro, uno de los más antiguos de la Camarilla. Ningún tajo de una garra Gangrel podía hacer pedazos la lealtad que Hardestadt había construido a lo largo de siglos... la lealtad y el miedo al fracaso. En el interior de los ojos bestiales de Xaviar, lo que Jan al principio había tomado por locura ahora se cristalizaba y se convertía en algo más, algo más duro, menos misericordioso.

Xaviar, con gran esfuerzo, se tomó un instante para recuperar la compostura. Su mano sana frotaba la incipiente barba pelirroja de su mentón. Lamió el dorso de su mano y, como un gato, se alisó el pelo por encima de su oreja derecha. Mientras tanto, el pequeño músculo de su labio saltaba, y sus ojos refulgían de disgusto. Su rostro, aún mostrando señales de cansancio, parecía de nuevo más humano.

Alzó su brazo lisiado, pero esta vez no lo blandió con la misma violencia.

–Esto sucedió hace doce noches. Lloré durante tres noches. Vagué por las montañas ciego de furia. Cacé durante seis noches. Tenía muchas heridas y poca fuerza. Cacé animales, después mortales. Cuando me había movido al oeste hasta llegar a Buffalo, encontré una manada del Sabbat y bebí su sangre diluida. Después, viajé hasta aquí durante tres noches, buscando mientras tanto a un vidente Gangrel que había hablado a mi gente antes de la matanza... fue él quien nos habló de las Noches Finales. Pero no le encontré. Cada una de estas noches, desde el crepúsculo al amanecer, combatí el deseo de regresar a aquel lugar, para luchar contra la criatura y su ojo, para morir como lo hicieron mis compañeros de clan. Pero no lo hice. Debía avisar a la Camarilla, me dije a mí mismo. Después juntos... *juntos...* volveremos a ese lugar. Y habrá sangre y venganza.

De nuevo el justicar Gangrel paseó la mirada desde Garlotte a Bell, a Vitel y a Jan.

–Como justicar del clan Gangrel –dijo Xaviar–, de la Camarilla, tomo el mando de todos los vástagos de esa ciudad. *Destruiremos al Antediluviano.*

El silencio pasmado era interrumpido únicamente por los rezongos aterrorizados del Cuáquero debajo de la mesa.

–Dios mío... Dios mío...

Entonces poco a poco, pausadamente, el príncipe Garlotte se puso de pie.

–Con el debido respeto, justicar –dijo, con el peso de su decisión patente en cada sílaba–, la conservación de esta ciudad es el interés más vital de la Camarilla en estos momentos. No cuestionamos su autoridad. Sin embargo, teniendo en cuenta la terrible importancia de su petición, para *todos* los vástagos, exigimos un cónclave.

Jan observó detenidamente a Xaviar. Aunque el Gangrel parecía haber estado a punto de enfrentarse físicamente con ambos príncipes anteriormente, esta estratagema de Garlotte, a pesar de lo que dijera, y aunque técnicamente era sensata, era una afrenta tremenda para el justicar. Xaviar, nervioso como estaba, podría perder los estribos. Maldita política. Entonces la única cuestión sería quién apoyaría a Garlotte hasta la Muerte Definitiva, y quién se quedaría quieto y observaría.

Xaviar flexionó las garras de su mano derecha, estirando los largos dedos y curvándolos, una y otra vez, sin que al parecer se diera cuenta de que lo estaba haciendo. Su mirada atravesó a Garlotte.

–¿Quién se pondrá en mi contra? –gruño por fin–. Que no haya confusiones.

Transcurrió un largo silencio, roto finalmente por Jan.

–Los Antediluvianos no existen. –Había unido su suerte a la de Garlotte, aunque, teniendo en cuenta la inflexible posición del sire de Jan, tenía pocas opciones reales.

–Así habla el esclavo de Hardestadt. –Xaviar se volvió hacia Theo.

Bell negó con la cabeza lentamente.

–Tengo que hacer mi trabajo aquí. Hasta que sepamos más...

–Así habla el esclavo de Pascek.

–Ayúdenos contra el Sabbat –dijo el príncipe Garlotte, intentando ofrecer al justicar una salida de esta confrontación sin quedar mal–, y después nos ocuparemos de este... de este otro asunto.

–Así habla el esclavo de su ciudad –dijo Xaviar, volviéndose del príncipe al príncipe depuesto–. ¿Vitel?

–Existen otros peligros en el mundo –dijo Marcus Vitel–, pero recuperaré mi ciudad y veré destruido al Sabbat. O moriré en el intento.

Jan se sentaba perfectamente quieto. Aunque había pasado la amenaza de violencia, ahora estaba pendiente de un hilo algo monumental. Estaba claro que Xaviar no podía aspirar a vencer mediante un cónclave. Su respuesta tal vez cambiara el curso de la historia de la Estirpe.

Un gruñido que desnudaba su alma comenzó a formarse en lo más hondo de la garganta del justicar, apenas adoptando la forma de palabras para cuando salió por su boca.

–Entonces, malditos seáis todos, esclavos de los Antediluvianos. –Se tomó un largo rato y contempló uno tras otro a cada vástago, como si marcara al fuego el semblante de ellos en su memoria–. Malditos seáis todos. Os juro que mataré a esa criatura, y que convertiré en polvo su ojo. Y si antes tengo que beber un océano de sangre para sanar del todo mi cuerpo, será la sangre de *vuestros* compañeros de clan. –Lanzó un dedo hacia Garlotte–. Y de los vuestros –hacia Bell.

Después se giró hacia Jan:

–Y quizá la sangre de tu sire.

A pesar de los esfuerzos de Jan, la amenaza lo enfureció, no por miedo a que Xaviar la llevara a cabo, sino por la falta de respeto demostrada hacia Hardestadt. Jan se medio incorporó de su asiento. Sólo un esfuerzo supremo de su voluntad evitó que lanzara un puñetazo a la mandíbula del Gangrel... una perspectiva suicida, y sin duda lo que estaba esperando Xaviar.

Jan volvió a sentarse en la silla.

–Le aseguro, honorable justicar, que no rechazamos su petición a la ligera ni con gusto.

Xaviar sonrió de modo burlón. Se apoyó con su mano sana en la mesa.

–Ahórrate tus palabras para los que quieran escucharlas. –Echó un vistazo significativo a Theo–. Aunque habría esperado de los Brujah algo mejor que venderse a sus amos Ventrue.

Bell no respondió en absoluto al cebo del justicar.

–Muy bien, entonces. –Xaviar hundió sus garras en lo alto de la mesa–. Las Noches Finales están cerca. Dejo que los ciegos guíen a los ciegos. Ésta no es la primera vez que los clanes de la Camarilla han mostrado su desdén por los sacrificios del Gangrel. Pero será la última. –Con un rápido movimiento como si rastrillara, arrancó un puñado de madera y lo hizo astillas en su mano. Después, lentamente, dejó que los restos se cribaran a través de sus dedos–. A ver cómo encontráis el camino sin nosotros. Decídselo a vuestros amos si queréis. Pronto se lo diré en persona. Que la unión se disuelva.

Jan no se dio cuenta del todo del momento en que Xaviar salió con paso majestuoso de la silenciosa cámara. Victoria seguía atrapada en su propia mente, rozándose distraídamente la mandíbula casi perfecta con un dedo. Jan no vio a la estatua de ébano que era Theo Bell, ni al Malkavian que se cogía los hombros en un lejano rincón, ni al otro loco acurrucado en posición fetal en el suelo, ni a los demás observando estupefactos la marcha del justicar.

En vez de eso, Jan vio el pórtico de un antiguo templo, un templo que era la única esperanza de la civilización; siete columnas descomunales soportando la estructura que protegía el saber y la ley y el orden. En ese momento uno de los siete pilares se había agrietado y había caído al suelo, donde yacía hecho pedazos más allá de toda reparación. Y Jan lo había empujado.

TERCERA PARTE :

«PROGENIE»

Una seria asamblea de vástagos se había reunido alrededor de la maltrecha mesa de reuniones. Jan, como todos los demás, hacía todo lo posible por no mirar al cráter arrancado en la madera a unos centímetros de él, pero vio que su mirada se sentía atraída hacia allí una y otra vez.

–El clan al completo no abandonará la Camarilla, sin duda –dijo Gainesmil–, independientemente de lo que diga Xaviar.

Jan siguió la ojeada nerviosa del Toreador al fondo del auditorio, donde Malachi hacía guardia junto a las puertas que, hacía sólo unas horas, había atravesado airadamente Xaviar. El azote de Garlotte no se había marchado con el justicar –aún no– pero la mayoría de los Gangrel, a diferencia de Malachi, no estaban tan vinculados a un príncipe en concreto o a la jerarquía de la Camarilla.

–Si alguien habla en nombre de todos los Gangrel –dijo Jan taciturno, sus ojos ahora centrados en las pruebas de la violencia ejercida sobre la mesa–, ése es Xaviar. Se correrá la voz. Habrá un éxodo en masa.

–Ya se ha corrido la voz –replicó bruscamente el príncipe Garlotte.

Todos habían acordado la noche anterior mantener en secreto las amenazas y el arrebato de Xaviar todo el tiempo que fuese posible. Para disgusto de Garlotte, sólo habían sido unas pocas horas. Miró furioso alrededor de la mesa.

Esta noche eran menos. Isaac y Lydia estaban supervisando parte de las defensas. El Cuáquero aparentemente se había asustado tanto con las declaraciones apocalípticas de Xaviar que el Malkavian se había aletargado, y Colchester no estaba a la vista.

Eso no quiere decir que no esté, meditó enfermizamente Jan. El peso de la responsabilidad que había sentido durante tantas semanas había sido sustituido por un fatalismo consternado, o quizá se hubiese sumado a él. Los Gangrel se marcharían. Las ciudades de la Camarilla caerían una tras otra. Jan fracasaría en su misión y, si sobrevivía, volvería para afrontar a Hardestadt.

–¿Qué hay de Buffalo? –preguntó Theo Bell.

¿Qué hay de Buffalo?, pensó Jan. *Caerá. Sin los Gangrel, caerá.*

Casi lo dijo en voz alta –más profecías apocalípticas; *el Final de los Hijos de Caín está cerca*– pero se contuvo. La concentración de Bell en los detalles, su resistente pragmatismo y su voluntad inquebrantable, devolvieron a Jan a un desafío que aún no era del todo desesperado. Aún no. Se irguió un tanto en su silla mientras sus pensamientos tomaban un camino más productivo. No podía evitar escapar mediante la locura y el letargo, como había hecho el Cuáquero. Ni tampoco podía retirarse en su interior, como Victoria. De nuevo se sentaba a la mesa esta noche, con una expresión de dolor en su rostro, y sólo hablaba cuando alguien se dirigía a ella directamente. No era la misma persona. El parloteo mesiánico de Xaviar la había afectado quizás incluso más profundamente que al inestable Cuáquero.

Pero había asuntos más importantes que requerían la atención de Jan.

–Buffalo está completamente indefensa sin los Gangrel –dijo–. Si trasladamos fuerzas desde aquí... quizá los elementos de Chicago...

–No puedo aceptar el debilitamiento de esta ciudad –intervino Garlotte. Sus palabras eran claras, inequívocas.

Jan intentó explicarse.

–Si creamos un pequeño contingente móvil, entonces podría regresar si...

–Baltimore debe resistir –insistió Garlotte–. Si dividimos nuestras fuerzas, ninguna ciudad será lo bastante fuerte para resistir.

–Estoy de acuerdo –añadió Marcus Vitel–. Nos reforzaremos aquí y avanzaremos hacia el sur cuando podamos.

Jan reconoció en el tono de Garlotte que el príncipe no negociaría ese punto, y aunque a Jan le habían concedido mucha libertad al coordinar las defensas de la Camarilla, aún era, en el fondo, un invitado en la ciudad de Garlotte. Por añadidura, con los dos príncipes de acuerdo y Theo sin sentirse obligado a ofrecer su opinión, Jan tenía pocas esperanzas de influir en aquellos para quienes, técnicamente, sólo era un consejero.

–Abandonemos Buffalo –dijo Gainesmil.

–No. –Jan se quitó las gafas y comenzó a frotarse el puente de su nariz. A pesar de su posición desesperada, se sentía obligado a

hacerles ver la importancia de mantener de algún modo Buffalo—. Baltimore es más fuerte —explicó— si existe la amenaza de otra ciudad de la Camarilla a tiro de piedra si el Sabbat nos atacara... o si al menos se *cree* que existe esa amenaza.

Garlotte lo observó escéptico pero no dijo nada.

Jan abrió la boca para hablar, pero, sorprendentemente, fue Bell quien expresó su plan.

—Si el Sabbat *cree* que hay un ejército que puede venir a ayudarnos, eso es tan bueno como disponer de un ejército. Les engañamos.

—Sí —estuvo de acuerdo Jan.

Garlotte estaba negando con la cabeza.

—Pero averiguarán lo de los Gangrel, y si no enviamos tropas desde aquí, ¿cómo vamos a hacer que piensen que...?

—Crearemos un ejército —dijo Jan. Dejó las gafas sobre la mesa, después se levantó y comenzó a ir de un lado a otro por detrás de los asientos vacíos, donde Xavier había estado la noche antes. *Maldito sea su orgullo*, pensó Jan, viendo de nuevo la marca del Gangrel sobre la mesa. *Y maldito sea el de Garlotte. Y el mío*. Pero no había habido más remedio que desafiar al justicar.

Ahora era Vitel el que negaba con la cabeza.

—No estará usted sugiriendo que Abracemos suficientes mortales para defender una ciudad.

Jan se detuvo en su deambular.

—Eso es exactamente lo que estoy sugiriendo. Theo... ¿qué?

—Jan pudo ver que al arconte no le hacía gracia la idea.

El rostro oscuro del Brujah se arrugó al fruncir el ceño.

—No creo que Pascek lo permitiera.

—¿Preferiría perder toda la Costa Este?

—Tal vez —dijo Bell—. Todo lo que sé es que él y algunos otros peces gordos no quisieron que el Príncipe Michaela abrazara a un ejército en Nueva York. No es exactamente por el Abrazo, más bien por el montón de cabronazos Ventrue. Sin ánimo de ofender.

Pero Jan no estaba dispuesto a rendirse.

—¿De qué sirve el equilibrio de poder entre nuestros clanes si el Sabbat se queda con todo?

Bell se encogió de hombros.

–No me lo pregunte usted a mí. Pregúntele a Pascek.

Pregúntele a Hardestadt.

Jan comprendió enseguida el punto de vista de Theo. Su sire no aprobaría el plan. Bell tenía razón. Estaba en juego algo más que la Costa Este. ¿De qué serviría salvar la Costa Este si al hacerlo enfrentaban entre sí a los clanes de la Camarilla? Los Gangrel ya habían abandonado la secta. Nadie estaría de acuerdo con un ejército de Ventrue o –que Dios no lo permita– Tremere, porque aquellos clanes ya eran considerados los más poderosos por todos los demás. Pero eso aún dejaba otras opciones.

Jan se volvió para mirar a Bell.

–¿Qué tal un pequeño ejército de Nosferatu... y algunos Brujah entre ellos?

–Serían demasiado jóvenes –dijo Vitel–. Incluso si fueran de sangre fuerte, lleva tiempo ajustarse a nuestra existencia, dominar los talentos de los no muertos.

–Pero es un engaño. –Bell comenzó a asentir lentamente–. No tienen que dominar nada.

–Exacto –dijo Jan–. No tienen que rechazar un ataque. Si hay suficiente actividad de vástagos, eso podría confundir a los espías del Sabbat y evitará un ataque. Al menos nos comprará tiempo, y con Buffalo en manos de la Camarilla, Baltimore es más fuerte. –Jan cerró su mano en un puño. Miró modestamente a Garlotte, quien parecía menos reafirmado en su oposición. *Estará de acuerdo siempre que no le quitemos nada de aquí*, pensó Jan.

Vitel, sin embargo, no estaba convencido.

–Tal vez a los clanes no les importen todos esos nuevos cainitas, pero no le harán gracia al príncipe Lladislas de Buffalo. La superpoblación no favorece la estabilidad.

–Ni tampoco lo hace una horda del Sabbat recorriendo las calles asesinando mortales y acabando con el príncipe –señaló Bell. Se encogió de hombros–. Pero usted tiene razón. A Lladislas no le hará gracia.

Jan regresó a su asiento.

–Es la mejor oportunidad que tiene de conservar su ciudad.

–Pero Jan sabía que tenían razón. Lladislas era un Brujah terco –como si hubiera algún príncipe que no fuera obstinado– y pasaría años discutiendo en busca de refuerzos en vez de aceptar un plan que le dejaría cargado con una manada de neonatos hambrientos e indisciplinados para arruinar la Mascarada en Buffalo–. ¿Y si le decimos que nuestros espías informan que el ataque es inminente? –sugirió Jan–. Le decimos que llega un ataque. No podemos reforzarle... lo que es cierto. De este modo, podemos al menos dejarle un ejército de neonatos para que se lleven por delante a algunos Sabbat. Sin recriminaciones por parte de la Camarilla.

–Eso le gustaría –accedió Bell.

–Lladislas evacua la ciudad –prosiguió Jan–. Con la creciente actividad de vástagos, el Sabbat cree que hay un ejército real y formidable. Desisten de su ataque... o si envían un ejército lo bastante numeroso para encargarse de lo que creen que hay allí, tendrán que destacar personal desde Washington, y aquí tenemos una oportunidad de atacarlos.

Esta última línea de razonamiento llegó hasta Vitel. Estaba de acuerdo con cualquier cosa que diera a la Camarilla una oportunidad de recuperar su ciudad. Garlotte, también, estaba dispuesto a aceptar –lo que significaba que Gainesmil se apuntaba– puesto que no se debilitaba a Baltimore. Matón no puso muchos problemas aunque se opusiera por algún motivo. En la práctica, aún había un veto potencial.

–Lladislas lo hará... si usted le dice que lo haga –dijo Jan a Theo. Pedir a un arconte Brujah que engañara a un príncipe Brujah era peliagudo, y Jan no podía insistir demasiado. Era una llamada que tenía que hacer Theo. Jan sólo esperaba que el arconte se diera cuenta de que no había motivos ocultos en el intento de sacar de su ciudad al príncipe Brujah–. Es lo que más le conviene, y no lo aceptará de otro modo.

Theo se sentó con el rostro pétreo. Había contribuido al plan, pero gran parte de su ejecución recaía necesariamente en sus hombros. Finalmente, Bell asintió, aunque no con entusiasmo.

–Es su mejor opción –coincidió–, y la mejor opción de la Camarilla.

–No somos mejores que el Sabbat.

Todas las cabezas se giraron para mirar a Victoria, que inesperadamente había ofrecido su primera opinión de la noche.

–No somos mejores que el Sabbat –volvió a decir en voz baja. Sus ojos verdes parecían haber perdido su brillo. Aunque nunca tenía un aspecto tan malo como para estar macilenta, parecía cansada, y sólo ligeramente preocupada por los acontecimientos que la rodeaban.

Jan no la entendía del todo. No creía que ella pudiese cambiar la opinión de los demás, pero daba muestras de influencia sobre el príncipe Garlotte de vez en cuando, así que Jan trató de aplacarla.

–Tenemos que convencer al príncipe Lladislas de que actúe como más le conviene, de lo contrario...

–¡Mentid al maldito Brujah todo lo que os dé la gana! –espetó de repente–. Todos lo hacemos. Nunca se enteran.

Si Bell se ofendió bajo su máscara imposible de leer, no dio muestra de ello.

–Pero ¿Abrazar a veinte... cincuenta, a cien mortales?

–continuó–. ¿Para soltarlos en las calles? Eso no hace ningún bien a la Mascarada... ningún bien. No nos hace mejores que el Sabbat.

¿Merece la pena vivir para convertirnos en aquello que despreciamos?

–Si es la única manera de poder sobrevivir –replicó Jan.

Estaba algo desconcertado por el repentino ataque de escrúpulos de Victoria. Ley, moralidad... no eran términos absolutos, como ella parecía pensar de repente. Como los modales, eran preferencias inventadas para gobernar la interacción de las masas. Pero a veces aquellos individuos que ocupaban puestos de responsabilidad, aquellos vástagos encomendados con el cuidado de toda la raza –de la humanidad, puesto que era frágil– debían superar esos límites si lo dictaba la necesidad.

Jan comenzó a decir eso, pero la atención de todos los que rodeaban la mesa se distrajo por algún movimiento al fondo del auditorio. Malachi se había acercado a las puertas dobles y estaba preparado para quienquiera que entrase. Jan tenía visiones de Xaviar abriendo las puertas de golpe y atravesando majestuoso el pasillo, pero Malachi no había escuchado aproximarse al justicar Gangrel hasta que las puertas se abrieron de par en par.

Cuando las puertas se abrieron, el chiquillo más joven del

príncipe Garlotte, Fin, entró en el auditorio. Por un momento pareció avergonzarse que todo el mundo lo mirara, pero rápidamente se controló y siguió hasta la mesa.

–Hemos acabado –dijo el príncipe Garlotte–. Sr. Pieterzoon, Sr. Bell, procedan con su plan. –Entonces, tras haber descartado la objeción de Victoria, dirigió su atención hacia Fin.

Por su parte, el joven Ventrue, además de una breve ojeada a Victoria, que no pareció advertir que él estaba allí, sostuvo con decisión la mirada de su príncipe.

–Príncipe Garlotte –dijo formalmente–, debo discutir algo con usted, y como es algo que usted tiene que decidir en calidad de príncipe, y no sólo como mi sire, acudo ante usted aquí.

–Ya veo que lo haces –dijo con calma Garlotte.

Fin hizo una pausa y se humedeció los labios. Jan se sintió comprensivo con la situación grave del muchacho al dirigirse a un sire distante y aparentemente omnipotente. Aunque el consejo había concluido, los demás vástagos esperaban en sus asientos por respeto hacia Garlotte y su chiquillo. Fin parecía haber esperado más resistencia por parte de su sire. Al no encontrarla, siguió avanzando.

–Quiero abrazar a una mortal. Nunca le he pedido esto antes. –Dudo brevemente, y siguió: – Creo que tengo derecho.

–Derecho. –El príncipe Garlotte no se rió ni se enfureció. Se quedó completamente impasible.

–Sí. Katrina ha abrazado dos veces. Creo que no es pedir demasiado.

Jan no pudo evitar advertir la decisión del muchacho... y su absoluta falta de sentido común. Por lo visto, todos los vástagos de Baltimore estaban al tanto de la chiquilla problemática del príncipe y su cuadrilla no autorizada, pero llamar la atención del príncipe sobre hechos que evidentemente *no* quería conocer –al menos oficialmente– no era nada inteligente.

–¿Eres consciente de todo lo que sucede? –preguntó el príncipe Garlotte–. ¿De todo lo que consume mi tiempo: las hordas del Sabbat avanzando a las puertas de la ciudad; la locura de un justicar? Sin duda te has enterado.

–Así es. –Fin tragó con dificultad. Hizo una pausa, pero después

prosiguió—. Quiero abrazar a Morena antes de que suceda algo. Con el Sabbat. Antes de que sea demasiado tarde.

Garlotte posó el mentón sobre su puño. La asamblea, que ya se sentía incómoda, no obstante esperaba pacientemente a que resolviera el asunto.

—Ven conmigo, mi chiquillo.

Pasaron varios segundos antes de que Fin diera el primer paso. Cada pisada resonó por el auditorio por lo demás silencioso mientras caminaba alrededor de la mesa. Fin se arrodilló ante su sire, el príncipe, e inclinó la cabeza.

Garlotte alzó la barbilla de su chiquillo.

—Debes aprender a ser paciente. Un año y una noche... antes de que acabe ese plazo, resolveremos esto. No me vuelvas a hablar de ello.

Fin asintió y se levantó. En su rostro era visible una mezcla de alivio y decepción, pero Jan no podía evitar pensar que el joven Ventrue había tenido suerte.

DOMINGO 8 DE AGOSTO DE 1999, 1:42 H

SUITE PRESIDENCIAL, LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE, MARYLAND

—¿Estás seguro de que no hay ninguna señal de un ataque sobre Buffalo? —preguntó Jan.

Colchester había esperado a que van Pel se fuera para mostrarse. Vestía su monstruoso semblante colmilludo y no se parecía en nada al cortés ejecutivo que se había sentado la noche anterior en el consejo.

—Ningún movimiento a gran escala desde Washington, ni desde Montreal o la ciudad de Nueva York —dijo—. Y el ghoul de Vykos sólo habla del refuerzo continuado para un posible ataque sobre Baltimore.

–El Assamita que se hace pasar por el ghoul de Vykos.

–Sí. Parmenides, ahora Ravenna.

–Y este otro asunto con los Assamitas...

–Bueno. –Colchester se estiró y crujió sus nudillos tan alto que Jan pensó que los dedos del Nosferatu iban a saltar–. Desde que comenzó la Guerra del Sabbat han sido asesinados cuatro Tremere: en Atlanta, aquí en Baltimore, después en Calcuta y posteriormente en Nueva York. En los cuatro casos se ha confirmado la implicación de un Assamita o se sospecha de ella. Joder, ¿quién más va por ahí cargándose brujos?

–Pero, ¿para quién trabajan? –se preguntó Jan en voz alta–. Los Assamitas no se ensucian las manos gratis.

–No solían hacerlo, al menos –dijo Colchester–. Se rumorea que tal vez hayan cambiado.

Jan sólo escuchaba parcialmente mientras intentaba desenmarañar ciertos hechos.

–Y Vykos tiene un Assamita particular. Se ha aliado él... ella... lo que sea., ¿se ha aliado Vykos con ellos?

–Es posible. También hay un Setita. –Colchester comenzó a contar con los dedos–. Actúa desde Baltimore, tenía un lacayo en Atlanta, y estaba en Calcuta *reunido* con ése cuando se le cepillaron. Tres de cuatro.

–Hm. –Jan comparó esta información con sus propias sospechas–. ¿Conoce el príncipe Garlotte a este Setita?

Colchester asintió.

–Claro. Hessa no llama la atención. No merece la pena comenzar una guerra para librarse de él.

–¿Hessa Ruhadze? No sabía que se encontrara en Baltimore.

–No lo anuncia.

–Entiendo. También está Victoria –señaló Jan–, quien estaba en Atlanta, y reunida con Maria Chin cuando fue asesinada.

–Tal vez los Assamitas repartieron cupones Tremere...

Jan estaba pensando de nuevo en voz alta y prestando poca atención a la cháchara de Colchester.

–Eso explicaría por qué Aisling Sturbridge pasa el tiempo en la capilla de Nueva York en vez de aquí.

–...Tal vez fuera un descuento Tremere. Mata uno y llévate otro gratis. ¿Una deducción de impuestos?

Los pensamientos de Jan, a pesar de todos sus esfuerzos, se apartaban de los Tremere asesinados y volvían a Victoria. Parte de él sentía repugnancia al pensar que ella fuera responsable o incluso cómplice en aquella brutalidad. Maria Chin había sido decapitada con un garrote. Jan imaginó a Victoria, no como una cómplice atrayendo a la Tremere a su destrucción, sino como una víctima, horrorizada, encogiéndose de miedo. La imagen se fundió con cómo la había visto aquella noche... prácticamente catatónica. Parecía tan frágil.

Pero Jan sabía que aquella no era toda la verdad. Resultaba irónico que fuese la letanía absurda de Colchester la que ayudase a Jan a despejar su mente y concentrarse de nuevo en el asunto en cuestión.

–Da igual. –Jan pidió silencio a Colchester con un gesto–. Ahora mismo lo más importante no es saber quién está detrás.

–*Podemos apañarnos con algunos Tremere menos, pensó, pero después se lo pensó mejor. Los Tremere podían ser un arma devastadora cuando se les desata contra un enemigo. Pero harían bien en empezar a poner de su parte.*

–Bueno –dijo Jan a Colchester–, esto es lo que vamos a hacer...

Durante los últimos cuarenta y cinco minutos, Calebros había mirado fijamente los oscuros recovecos de su guarida y había tratado de calmarse. No obstante, sus manos no estaban del todo libres de los temblores. Al recibir la noticia, había conseguido teclear los datos

relevantes en su máquina de escribir antes de sucumbir al ataque de nervios. La lectura de los eufemismos escritos con tinta no servían para tranquilizarle.

La solución a un rompecabezas que le había perseguido durante semanas podría estar revelándosele, *¿pero a qué precio?*

COPIA DE ARCHIVO

8 de agosto de 1999

Asunto: Gangrel

Baltimore, informe de Colchester.

Xaviar afirma que los Gangrel abandonan la Camarilla; el justicar no es propenso a las amenazas vacías; afirma que un Antediluviano destruyó a todos los Gangrel del interior de NY; hizo referencia a profecías apocalípticas, "Las Noches Finales están cerca".

~ Que Jeremiah comience a vigilar a Anatole. Por si acaso.

Xaviar mencionó repetidas veces el ojo de un Antediluviano... ¿relacionado con el Ojo de Hazimel?

~Actualización del archivo: Fin de la historia

DOMINGO, 8 DE AGOSTO DE 1999, 23:59 H
PENDULUM AVENUE, BALTIMORE, MARYLAND

–¿Puedo hacer algo por usted, Srta. Ash?

–Sí, Langford. Puedes largarte.

Normalmente el mayordomo de Gainesmil salía de la habitación

en silencio, pero esta noche con cada paso aplastaba trozos de cristal bajo las suelas de sus minuciosamente limpios zapatos. Victoria abrió los ojos sólo cuando oyó cerrarse la puerta. No podía ver a nadie. Esta noche no. No podía soportar pensar que alguien la mirara. Y no tendría que hacerlo. Ahora no. Cada espejo, cada jarrón con una superficie reflectante, cada cristal de los cuadros de la pared se encontraba hecho pedazos en el suelo. Las cortinas estaban echadas, las luces destrozadas.

Su mano derecha trazó la línea de su mandíbula, y rozó la pequeña cicatriz con forma de serpiente mordiéndose la cola. Entonces sus dedos se extraviaron hasta su cuello, donde ya no descansaban el medallón ni la cadena de oro. Se los había devuelto a Garlotte, y con ellos el recuerdo de su tiempo con Elford, el demonio Tzimisce. Menos la serpiente, las heridas de su cuerpo se habían curado.

Menos la serpiente.

Había consumido cantidades ingentes de sangre desde su llegada a Baltimore, y los achaques físicos –las protuberancias óseas, la piel estirada y fundida– se habían convertido en cosas del pasado. Pero al mismo tiempo que las atroces degradaciones de los demonios habían retrocedido, algo mucho peor –¡mucho peor que su belleza echada a perder!– se había apoderado de ella. Se había lanzado imprudentemente a las mezquinas maniobras de la política, un intento vano por mantener a raya sus demonios, pero después de las palabras de Xaviar de dos noches atrás, ya no podía negar su pánico. No menos de tres de sus planes habían estado a punto de llegar a buen término en las noches pasadas, y había perdido su oportunidad con los tres. Se había empezado a formar un cisma entre el príncipe Garlotte y Jan, aunque ella no había logrado culminar el golpe. Después, ironías del destino, el propio Garlotte había exigido un cónclave, y ella había dejado pasar la oportunidad. Y finalmente el pobre y crédulo Fin se había atrevido a desafiar a su sire. El príncipe había pasado vergüenza, sin duda, pero si Victoria hubiese respaldado las exigencias del chiquillo, simplemente hablando en su favor –*Alexander, ¿es cierto que la muchacha ha Abrazado, no una sino dos veces?*– la ocasión podía haber sido mucho mejor.

Pero se había acurrucado de miedo. Paralizada por palabras que aún la obsesionaban.

Esclavos de los Antediluvianos.

Victoria sintió una mano aferrando su corazón. Elford la había violado. Vykos la había marcado. Pero esto era mucho más penetrante, más insidioso. Puso la mano sobre su pecho, sintiendo el corazón que ya no latía. Los dedos de su otra mano recorrieron el dibujo del diván finamente bordado sobre el que estaba, e intentó en vano no temblar.

–No soy dueña de mi destino –susurró a la oscuridad.

A pesar de su manía fanática por examinar cada una de sus acciones, sentía la horrible certeza de que toda la libertad era ilusoria, nada más que ignorancia. Como la sangre dentro de su cuerpo no muerto, su alma no era suya.

Esclavos de los Antediluvianos.

Las Noches Finales están cerca.

MARTES, 10 DE AGOSTO DE 1999, 3:55 H

SUITE PRESIDENCIAL, LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE, MARYLAND

La llamada de esta mano en concreto contra la puerta era un sonido que Jan no había escuchado antes pero, no obstante, conocía la identidad de quien llamaba antes de que Hans van Pel anunciase al invitado.

–El Sr. Bell viene a verle, señor.

–Hazle entrar, por supuesto.

Un instante después, Bell llenó el umbral. Para el Sabbat, era un ángel negro de la muerte; para Jan, el Brujah podría convertirse en el aliado más incondicional. Jan podía superar estratégicamente a Victoria, y Garlotte habitualmente iba en la dirección que Jan le marcaba, pero al Brujah tenía que tratarlo con franqueza. Por fortuna,

aquello encajaba con los planes de Jan, porque Bell y él tenían una lealtad inquebrantable hacia sus señores –aunque todo el mundo sabía que el arconte despreciaba al justicar Pascek– y a ambos se les había asignado la misma tarea: contener la marea del Sabbat.

–Malas noticias –dijo Bell sin preámbulos–. Hemos perdido Buffalo.

Jan encajó el golpe en silencio.

–Lladislas estaba de acuerdo con el plan. Encargó el Abrazo a unos cuantos donnadies y cogió el último tren que salía de la ciudad. Me sorprendió más que a él que el Sabbat atacara.

Hundido en sus meditaciones, Jan se sentaba junto a la cercana mesa de cerezo. Hizo una señal a Theo para que se uniera a él. Aunque era un hombre grande, el Brujah tenía movimientos sorprendentemente gráciles. Parecía el toro de una tienda de porcelana mientras se acomodaba en un asiento entre la exquisita parafernalia de la suite personal de Garlotte.

Jan había estado haciendo planes para esta eventualidad... que Buffalo cayera. Pero había sucedido demasiado pronto. Había estado pensando en semanas, no en noches.

–No enviaron tropas desde Washington –comentó Jan.

–No les fue necesario. Se enfrentaban a bebés con colmillos.

–Pero no debían haberlo sabido.

–Lo sé.

Las duras miradas del Ventrue y el Brujah se encontraron y se mantuvieron durante varios segundos.

–¿Podría haber sido una incursión afortunada? –preguntó Jan.

–Demasiado grande para una incursión. Demasiado pequeño para un ataque a gran escala... a menos que supieran lo que les esperaba. –Bell se quitó su gorra de béisbol y la lanzó sobre la mesa. Su chaqueta crujió con el movimiento de su brazo–. Debería haberme quedado. Yo podía haberlo parado.

–No podías saberlo. Y aquí te necesitamos más. –El comentario de Jan, aunque calculado para causar buena impresión, era cierto–. Si hubiese convencido a Garlotte para que nos dejara enviar al menos unos cuantos escuadrones...

–No iba a dejar que nos lleváramos nada de aquí –dijo Bell–. Si

le hubieras dado un ultimátum, te habría mandado a paseo. Sabía que estabas maniatado. No podías volver a Hardestadt con las manos vacías.

Jan tuvo que aceptarlo. Hardestadt habría estado... disgustado, como mínimo. Jan también se había sorprendido de la perspicacia de Bell. *Quizá le haya estado subestimando*, pensó Jan. Y quizá esa perspicacia pudiese aprovecharse en otros asuntos.

–Demasiado grande para una incursión –repitió Jan las palabras de Theo de un minuto antes–. Demasiado pequeño para un ataque a gran escala... a menos que supieran lo que les esperaba.

–Eso es lo que me parece. –Theo se cruzó de brazos. Se sentó erguido como un roble.

–Lo que significa...

–Lo sabían. –Aquellas dos palabras de Theo eran portadoras del efecto de la certeza. Evidentemente había estado meditando aquella cuestión desde que salió de Buffalo.

La convicción del Brujah reforzó la sospecha que Jan había estado albergando desde hacía un tiempo, desde la noche del ataque contra su vida. Algo que Blaine había dicho aquella noche, un comentario que no tuvo mucho sentido en aquel momento en que Jan había estado demasiado ocupado intentando sobrevivir como para pensar en él: *Saben lo que tú sabes*. El recuerdo aquellas palabras, y escuchar a Theo expresar lo que Jan ya estaba pensando, lo hacían mucho más fácil de creer. Sólo faltaba una pregunta.

–¿Quién?

Theo se tomó su tiempo pensando en ello.

–¿Podría haber sido alguien de Buffalo? –preguntó Jan.

–Tal vez. Pero tuvimos mucho cuidado con el transporte del mensaje –dijo Theo– Nadie estaba enterado de todo, salvo Lladislas y yo. Creo que alguien ha podido deducirlo.

–Es posible –dijo Jan–. ¿Quién más... por aquí?

–Cualquiera de los presentes la noche que nos decidimos –respondió esta vez Theo de inmediato.

Jan se imaginó la destrozada mesa de reuniones y comenzó a enumerar los participantes de aquella noche:

–Garlotte, Gainesmil, Matón, tú, yo, Victoria, Vitel, Colchester y

Malachi.

–Colchester no estuvo allí aquella noche –le corrigió Theo. Jan enarcó una ceja. Theo suspiró–. Tienes razón –dijo el Brujah–. No estuvo a la mesa, ¿y qué? Vale. Colchester. Fin también vino. Pudo haberlo escuchado.

–Menuda lista.

–Espera –dijo Theo–. Aún no has acabado. Añade a continuación a cualquiera que pudo haber hablado con ellos. Eso nos da... ¿qué? ¿quizá un centenar de posibles espías?

–Gainesmil ha demostrado ser oportunista –sugirió Jan.

Theo se encogió de hombros.

–¿Y? Matón está loco y Victoria es una zorra. No demuestra nada.

Jan no conocía demasiado a Matón, pero no se podía descartar a Victoria tan a la ligera.

–Victoria fue capturada por el Sabbat en Atlanta. Tal vez la hayan... manipulado. Pudo haber organizado el asesinato de Maria Chin y habernos vendido en Buffalo. Garlotte podía haber estado tratando de asegurarse de que no había competencia para los recursos de la Camarilla –prosiguió Jan–. Ha dejado claro que quiere disponer de todo lo que pueda conseguir para proteger su ciudad.

¿Vitel?

Theo parecía reacio a lanzar una conjetura, incluso después de escuchar a Jan especular con la posible traición de un compañero Ventrue. El arconte Brujah finalmente se encogió de hombros.

–¿Trata de hacerse con Baltimore? –Negó con la cabeza–.

Pero no veo en qué le beneficiaría la pérdida de Buffalo. Quizá le pase lo mismo que a Garlotte, sólo que en vez de querer que todo el mundo proteja Baltimore, Vitel quiere que un ejército reconquiste Washington.

Jan no pudo encontrar defectos en aquella sugerencia.

–Eso nos deja a Malachi... ¿Venganza en nombre de los Gangrel?

–Y quizá Colchester –añadió Theo–. ¿Quién coño sabe?

–Estaba claramente frustrado por el amplio abanico de posibilidades.

Y tú, pensó Jan. Al fin y al cabo, Theo estaba enterado de lo de Buffalo, y había estado en los muelles la noche del intento de

asesinato sobre Jan. *¿Coincidencia? Pero ¿por qué me habría salvado de Blaine...? A menos que tuviera más que ganar obteniendo mi confianza.* En este momento, no había modo de saberlo con seguridad. Pero Jan tendría que averiguarlo, por lo que se insensibilizó para las cosas que había que hacer.

–Tenía que suceder –dijo, dirigiendo de nuevo la conversación hacia Buffalo–, pero unas cuantas semanas más habrían venido de perlas. –Jan hizo una pausa y observó al Brujah durante varios segundos. El rostro de Theo volvía a mostrarse inexpresivo, inescrutable como siempre–. Tengo varias ideas acerca de qué debemos hacer –dijo Jan–. Me gustaría que me dieras tu opinión.

Theo se encogió de hombros.

–No tengo otro sitio adonde ir.

**MARTES, 24 DE AGOSTO DE 1999, 23:48 H
CHERRY HILL BALTIMORE, MARYLAND**

–¿Dónde coño está Katrina? –gritó Jazz.

Tarika contestó desde abajo.

–¡Tenía que ir a hablar con su papá!

–Hmph. –Su papá, el alto y poderoso príncipe de los vampiros–. Debería decir a ese viejo que se besara el culo a sí mismo, en vez de obligar a que ella lo haga continuamente –murmuró Jazz para sí. Suspiró mientras se ponía los pantalones. La parte de arriba de la casa estaba demasiado cargada –no era de extrañar con las persianas clavadas y cubiertas con papel alquitranado. Katrina había estado hablando de entablar también las ventanas de abajo. Jazz no sabía exactamente el motivo. Los barrotes mantenían alejados a los intrusos –los curiosos, los delincuentes y los estúpidos– y como ni ella, ni Katrina ni Tarika estaban abajo durante el día, la luz del sol no importaba demasiado.

–Lo que sea.

Katrina haría lo que quisiese, les gustase o no a Jazz y a Tarika. Jazz pensó brevemente en hacer la enorme cama donde las tres pasaban los días, y estaba a punto de decidir que sería molestarse demasiado, cuando escuchó un estrépito procedente de abajo.

–¿Tarika? –Jazz comenzó a bajar para ver qué era aquel ruido–. Chica, ¿qué ostias haces ahí abajo?

La sala de estar y el sofá Naugahyde estaban vacíos, pero a través de la puerta de la cocina Jazz pudo ver balancearse la bombilla desnuda que colgaba sobre la mesa. Entró a la cocina y tropezó.

En la mente de Jazz se grabaron varios detalles al mismo tiempo: la cabeza de Tarika, con la que Jazz había tropezado y que ahora rodaba por el suelo: la ventana abierta y las barras dobladas; el reconocible rostro peludo de Malachi, uno de los matones del príncipe; y el machete ensangrentado que balanceaba ante ella.

MIÉRCOLES, 25 DE AGOSTO DE 1999, 00:05 H

U.S.S. APOLLO, PUERTO INTERIOR, BALTIMORE, MARYLAND

Garlotte estaba sentado y meditaba. Sus tres chiquillos se encontraban delante de él. La lámpara que oscilaba suavemente y normalmente le tranquilizaba era, esta noche, otra fuente de exasperación. Tamborileó sus dedos sobre el brazo de su silla de madera de respaldo alto; la acción era en parte un vicio de la costumbre, y en parte estaba calculada para irritar a su audiencia. Les conocía bien, aunque a menudo les veía más como deseaba que fueran que como eran en realidad. Nunca más.

–¿Quieres algo? –preguntó finalmente Katrina, después de sólo una hora y media de espera.

Garlotte sonrió. Sabía que sería la primera en desafiarlo, pero había confiado en que esperase un poco más.

–Ah, Katrina, ¿por qué tienes prisa cuando tienes ante ti toda la eternidad? –El príncipe hizo un gesto hacia Isaac–. Deberías ser como tu hermano mayor.

Katrina sonrió de modo burlón.

–¿Qué, un maricón?

El sheriff, dicho sea en su honor, no respondió a la provocación. De mala gana. Garlotte se levantó de su asiento y acercó de un tirón su flotante túnica regia. Era el tipo de atuendo que era útil cuando quería enfatizar su autoridad. Avanzó hacia sus chiquillos y se puso directamente frente a Katrina, quien estaba en el centro, pero cuando alzó su mano, acabó posándose en el hombro izquierdo de Isaac.

Mirando atentamente a la chica pero apretando el hombro de Isaac, Garlotte dijo:

–Éste es mi hijo, el que me tiene satisfecho. –*Satisfecho* era algo exagerado, pero el príncipe ya había dejado la palabra *amado*, y odiaba llevar demasiado lejos las licencias poéticas. Isaac era de fiar, aunque nada inspirador, y seguiría mejorando en su papel de sheriff con los años.

Garlotte soltó a Isaac.

–Y tú, Fin –dijo, mirando fijamente a Katrina–. La última vez que hablamos solicitaste el derecho de Abrazar a tu novia mortal. Aunque me alegré de verte actuar con firmeza, tu elección del escenario para aquella conversación fue... imprudente. ¿Quién te empujó a tomar esta decisión?

Fin dudó, pero sólo brevemente.

–La Srta. Ash. Sugirió que... –Sus palabras se apagaron rápidamente.

–¿Ves ahora que tenía otros motivos distintos a lo que más te convenía? –preguntó Garlotte–. Aunque no dudo que fuera persuasiva. ¿Lo ves?

Fin asintió mansamente. Su voz apenas era audible.

–Sí.

–Bien.

Con velocidad cegadora, la mano derecha de Garlotte soltó su túnica y clavó una estaca en el pecho de su chiquillo más joven. Antes de que alguno de los otros reaccionara, Fin se tambaleó y se

desplomó al suelo.

–Reclamo esta sangre –dijo Garlotte. No había apartado sus ojos ni una vez del rostro de Katrina. Ella estaba esforzándose por no bajar la vista hasta la túnica de Garlotte, para intentar ver si entre los pliegues acechaba otra arma, quizá una estaca para ella.

Pero el príncipe le dio la espalda, finalmente, y dio tres pasos pausados de regreso hacia su trono. Se acomodó de nuevo antes de volver a fijarse en sus otros dos chiquillos. Garlotte hizo un ademán hacia Fin.

–Su mujer mortal está muerta. Ordené a Malachi que se asegurara de que no sintiera dolor. –El príncipe apretó las yemas de sus dedos entre sí, haciendo la figura de un campanario–. No le di las mismas instrucciones para que se encargara de tus... juguetes, Katrina.

Los ojos de ella se abrieron de par en par por la sorpresa y el miedo.

Se odiará por aquel descuido, pensó Garlotte. Y me odiará.

–Ve con ellas –dijo, y como si sus palabras la liberaran de un hechizo, Katrina salió corriendo hacia la puerta en una carrera infructuosa. Unos cuantos segundos, y sus pasos se desvanecieron en la nada.

VIERNES, 27 DE AGOSTO DE 1999, 23:53 H

AUDITORIO MCHENRY, LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE, MARYLAND

–*¿En qué demonios estás pensando?* –El príncipe Lladislas y su séquito, procedentes de Buffalo, llevaban en Baltimore una semana. Durante parte de ese tiempo, el príncipe depuesto había sido un huésped cortés, pero no siempre. Esa noche no lo era–. Como Abrazar a un puñado de neonatos estúpidos funcionó tan bien en

Buffalo, ¿vas a volver a hacerlo en Hartford? ¿Qué pasa contigo, Garlotte? ¿Dejas que estos chicos hagan lo que les dé la gana...? Y Theo...

El arconte Brujah situó una mano de contención de modo tranquilo y amable sobre la muñeca de Lladislas. El príncipe Brujah abandonó su invectiva. Parecía apreciar muchísimo a Theo.

Gracias a Dios, pensó Jan. Si no, Lladislas sería insoportable.

La intervención de Theo calmó pero no pudo intimidar a Lladislas.

–Estoy seguro de que quieres quedarte con todos los vástagos sin hogar para tener una ciudad fuerte –dijo a Garlotte–. No me habría importado hacer eso... en vez de abandonar mi ciudad.

Jan quiso taparse los ojos. Rezaba para que Garlotte se contuviera y no dijera algo como *No podemos desperdiciar nuestros recursos en ciudades inferiores, príncipe Lladislas*.

Esta vez, la oración de Jan fue escuchada.

–La decisión está tomada, príncipe Lladislas. Si usted quisiera discutir el asunto con el Sr. Pieterzoon, el Sr. Bell y el Sr. Gainesmil... más adelante...

Lladislas agitó sus manos hacia arriba. Jan sabía que aún estaba acostumbrándose al papel de príncipe en el exilio. Era un asunto peliagudo; juzgar lo que se debía insistir en la causa de uno mismo cuando se era huésped en un dominio de otro príncipe, especialmente si no había ningún lugar al que regresar. Por molesto que pudiese ser, el disgusto de Lladislas era prometedor en un sentido; significaba que Theo no había informado a su compañero Brujah del plan cuyo comienzo era la defensa de Hartford. Gainesmil tampoco sabía más, aunque había participado en la preparación de la estrategia. La discreción era fundamental en esta fase.

–...Y nos habéis traído información, regente Sturbridge –estaba diciendo el príncipe Garlotte.

Sturbridge se puso en pie rápidamente, casi sin que Jan advirtiera que se estaba moviendo. Saludó con la cabeza a los dignatarios del consejo.

–Príncipe Garlotte, arconte Bell, príncipe Vitel, príncipe Lladislas, Sr. Pieterzoon.

La regente Tremere había pasado la mayor parte de las pasadas semanas en su capilla en la ciudad de Nueva York, donde por lo visto sentía que su presencia era más necesaria. La parte de la Camarilla de aquella ciudad sufría el asedio constante del Sabbat, con lo que quizá tuviera razón.

Después del asesinato de Maria Chin en Baltimore, en este mismo hotel, Sturbridge tal vez se sintiera más segura, y más necesaria, en Nueva York, aunque si la información de Colchester era correcta, la capilla no era exactamente un refugio seguro.

Algo... sobrenatural –sin duda no era angelical, aunque no necesariamente demoniaco– en la mujer llamó la atención de Jan. Algo independiente, distante. Aparte de saludar a aquellos sentados en los lugares de honor, sus palabras eran tan desapasionadas que podía haber estado dando clase a un grupo de niños, o indicando unas señas a un motorista perdido.

–El príncipe Garlotte me informó hace tres semanas –comenzó– de las afirmaciones que el justicar Xaviar del clan Gangrel hizo a este organismo. Hablando oficialmente, en nombre del clan Tremere, no podemos dar crédito a sus aseveraciones acerca de lo que él identificaba como un Antediluviano. Sin embargo, me he enterado de cierta información que puede estar relacionada con los sucesos que describió el justicar. –Puso un maletín de piel sobre la mesa y sacó un pergamino, que pasó a Jan.

Jan se encontró con la mirada de un ojo enorme, o más bien con un retrato de un hombre abocetado apresuradamente, nada llamativo salvo por su ojo izquierdo, que era demasiado grande y sobresalía de la órbita.

–¿Quién se supone que es? –preguntó Jan, y después pasó el pergamino a los dos Malkavian a su derecha.

–No lo sabemos, Sr. Pieterzoon –respondió Sturbridge–. El dibujo se realizó en circunstancias que no están del todo claras en este momento, pero su creación coincide casi exactamente con la... situación descrita por el justicar Xaviar.

A pesar del modo de hablar discreto de Sturbridge, Jan estaba asombrado por sus palabras. ¡La Tremere –una regente del clan más reservado y receloso– estaba admitiendo en público que no sabían

algo y que estaban dispuestos incluso a pedir opinión a los demás clanes! Algunos podrían haberlo considerado un signo esperanzador de cooperación. Para Jan, era un poste indicador de los aprietos de la Camarilla. Si los brujos Tremere no vieran el fin cerca, Sturbridge no estaría aquí.

El pergamino pasó de los Malkavian a Theo y Lladislas, a Gainesmil, a Garlotte.

–¿Es esta criatura un vástago o una res... o algo distinto?

–Una pregunta razonable –dijo Sturbridge–. De nuevo, lo ignoramos.

El dibujo pasó del príncipe de Baltimore a Isaac, a Colchester el ejecutivo.

–No sé quién es, pero puedo averiguarlo –dijo el Nosferatu.

Sturbridge asintió.

–Teníamos la esperanza de que se podría recurrir a múltiples recursos para esta cuestión.

Jan seguía maravillado por la franca admisión de ignorancia en la materia. La frase que, en todos los años de no muerte, jamás había escuchado pronunciar a un Tremere resonaba en sus oídos: *No lo sabemos*.

Colchester pasó el pergamino a Vitel, quien lo estudió y después lo entregó a Victoria, sentada enfrente de Sturbridge. Victoria, aún extraordinariamente retraída, se irguió ligeramente en su asiento. Miró detenidamente el dibujo.

¿Qué esperan ganar con esto los Tremere?, se preguntó Jan.

¿Creen que pueden desviar las sospechas de los demás clanes pareciendo torpes? No, decidió, no podía ser eso. El clan había sobrevivido tanto tiempo gracias a su fuerza. Los demás vástagos sabían pocas cosas de los brujos, y lo que era de dominio público –real o ficticio– era inquietante, no reconfortante. Jan no podía creer que los Tremere intentarían mimar a los demás clanes y quedar bien.

–Leopold.

La única palabra de Victoria llamó la atención de toda la mesa.

–Éste es Leopold –dijo tranquilamente, sin creer del todo lo que veía, o lo que creía que veía, en el pergamino.

–Lo conoce –dijo Sturbridge.

–¿Su ojo siempre tiene ese aspecto? –preguntó Matón, muy preocupado.

–¿Quién es Leopold? –preguntó el príncipe Garlotte.

Victoria miró fijamente la foto sin responder al príncipe. Jan no podía creer que fuera la misma mujer que había causado tanta... confusión en él, y quien había sido una espina que tenía clavada. Parecía empequeñecerse y debilitarse ante sus ojos.

–¿Quién es Leopold? –volvió a preguntar Garlotte.

–Nadie –dijo Victoria con un gesto de su mano, sin apartar la mirada del dibujo–. Un escultor... un Toreador, de Atlanta.

De Atlanta. Según creía Jan, había demasiadas cosas relacionadas con aquella ciudad para que fueran una coincidencia: Victoria huyó de allí después del primer ataque del Sabbat; probablemente fuese asesinado un Tremere; y ahora este boceto que pudiera ser la criatura que destruyó un ejército de Gangrel...

De repente, a Jan le sorprendió lo disparatado de aquel razonamiento.

–¡No estará usted sugiriendo que un Toreador destruyó a treinta o cuarenta Gangrel!

Victoria alzó la vista en aquel instante. Miró fijamente, exasperada, a Jan.

–Sólo digo que es Leopold –volvió a echar una ojeada al pergamino. Deslizó la hoja sobre la mesa hacia Sturbridge.

–¿Está usted segura? –preguntó la Tremere–. ¿Segura del todo con sólo un boceto?

Victoria pensó un instante, después comenzó a asentir, lentamente al principio, luego con más confianza.

–Presiento que es Leopold. No puedo explicarlo exactamente. Pero estoy segura.

Sturbridge también asintió, como si entendiera algo que se les escapaba a los demás.

–Entonces debemos averiguar qué pasa con este tal Leopold –intervino Garlotte–. Si está relacionado con lo que les sucediera a los Gangrel, puede ser responsable de la caída de Buffalo. Tal vez sea un peón del Sabbat.

–Está claro que no es un Antediluviano –dijo Theo Bell,

provocando unas cuantas risitas siniestras.

–Dudo que encontremos a Xaviar –prosiguió Garlotte–, e incluso si lo logramos, dudo aún más que sea útil a estas alturas. Si el rastro comienza en Atlanta, entonces necesitamos a alguien allí.

Jan saltó a por la oportunidad por instinto. Las palabras salieron de su boca casi antes de darse cuenta de que él había hablado.

–Victoria, usted conoce la ciudad; conoce a Leopold. Sería lógico que fuera usted. –Inmediatamente sintió una imprecisa sensación de culpabilidad, pero la lástima que había sentido por la trastornada Toreador había dado paso al instante a su instinto asesino de ejecutivo. Ésta era su oportunidad para librarse de esta mujer que lo había desafiado, esta mujer que no podía tener cerca sin que quisiera poseerla.

El príncipe Garlotte, aunque últimamente había sido duro con Victoria, parecía tener reservas sobre aquella idea.

–Tal vez el Nosferatu esté más capacitado para...

–El Nosferatu conoce Atlanta, es cierto. Pero Victoria también conoce a Leopold –reiteró Jan–. Ella tiene un presentimiento sobre esto. Confío en la intuición de la Srta. Ash.

Victoria no parecía consciente del debate acerca de su futuro. Buscaba con la mirada el boceto que ahora se encontraba cerca de Sturbridge. Garlotte era, evidentemente, el que más pegas ponía. Durante un largo rato titubeó. Jan temía que el príncipe vetara la sugerencia.

–Mi príncipe –intervino Gainesmil, también preocupado por los acontecimientos–, debo sugerir...

–¿Que no vaya sola? –Garlotte puso las palabras en boca de su lugarteniente–. ¿Te presentas voluntario para acompañarla, Robert?

Gainesmil se quedó boquiabierto varios segundos.

–Yo... uh... yo creo... con el debido respeto, mi príncipe... que quizás mis talentos específicos son necesarios aquí. –Evidentemente no había pretendido expresar su sugerencia como una pregunta, pero su voz traicionó su estado cercano al pánico y la palabra final subió al menos una octava.

El príncipe Garlotte meditó la cuestión durante unos instantes durante los cuales Gainesmil se quedó totalmente quieto en su

asiento.

–Creo que tienes razón, Robert.

Gainesmil intentó no suspirar de manera excesivamente audible. Parecía haber recuperado su lugar al lado del príncipe, por ahora. Jan admiraba el diestro manejo de la situación por parte del príncipe... casi tan diestro como el suyo. Garlotte podía haber estado de acuerdo con la sugerencia de Jan, pero el príncipe había estado esforzándose por poner freno a la influencia de Jan, por ejemplo insistiendo en que Gainesmil participara en la planificación estratégica. A la inversa, proteger a Victoria después de que ella hubiese caído en desgracia de manera evidente y despreciara la hospitalidad de Garlotte habría sido visto por muchos como una señal de debilidad.

Gainesmil había salvado de modo involuntario al príncipe. Su interferencia permitió a Garlotte cambiar el centro de la decisión –por supuesto, Victoria iría– hacia su propia generosidad y clemencia a la hora de castigar a un súbdito rebelde.

El plan de Jan era aceptado. Garlotte metía en cintura al príncipe. Gainesmil no sería enviado a una misión suicida. Resultados positivos, para todos menos para...

–Iré yo –dijo Victoria, que no había expresado su opinión en el asunto hasta ahora–. Iré yo. Encontraré a Leopold.

Jan sintió otra punzada de culpabilidad. Si el comportamiento de esta noche de los Tremere había sido desconcertante, la actitud reciente de Victoria era pasmosa. Desde la aparición de Xaviar, había abandonado por completo sus numerosas tentativas por influir en el consejo. Se había retirado del mundo que la rodeaba... *como Estelle*, comprendió Jan. Como una víctima que rechazaba aquello que no podía afrontar. De repente, vio a Victoria bajo otro aspecto... y Jan quiso cuidarla, protegerla. Vio su belleza y recordó su fuerza de voluntad previa, un fuego que aún podía encenderse de nuevo.

Pero –a instancias suyas– iba a ser enviada a la ciudad de la que había huido, de regreso al Sabbat.

–Muy bien –dijo Garlotte, manteniendo el control de la situación–. Encuentra a este tal Leopold. Averigua qué sucede con este... este *ojo*.

Jan volvió a sentarse silenciosamente en su silla. Victoria ya no

era problema suyo. Aún tenía que luchar con el Sabbat. El príncipe Garlotte era un aliado necesario, aunque no constante. Jan guiaría al príncipe donde pudiera, y le sortearía el resto de las ocasiones. El peso del mundo descansaba en los hombros de Jan. Sin embargo, su mente volvía a Victoria y a las cartas crueles que le había repartido. Estaba seguro de una cosa... Hardestadt estaría satisfecho.

{Final vol.05}